



HÁBLAME DE TUS FUENTES

Aprendizajes de veinte reporteros
de investigación iberoamericanos

Luisa García Tellez



HÁBLAME DE TUS FUENTES

Aprendizajes de veinte reporteros
de investigación iberoamericanos

LUISA GARCÍA TELLEZ

DEPARTAMENTO
ACADÉMICO DE
COMUNICACIONES



100 años
PUCP

Háblame de tus fuentes. Aprendizajes de veinte reporteros de investigación iberoamericanos

© Luisa García Tellez, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017

Departamento Académico de Comunicaciones
Av. Universitaria 1801
San Miguel - Lima 32
Perú

Teléfono: (51-1) 626-2000 anexo 5438

dptocomunica@pucp.edu.pe

<http://departamento.pucp.edu.pe/comunicaciones/>

Derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Diseño carátula:

Carolina Arredondo

Diagramación:

Luisa García / Practicante: Bárbara Baca

Área de Diseño FCAC-PUCP

Ilustraciones:

Johny Polanco

Corrección de texto:

Javier Ágreda

Impreso en GRAMBS Corporación Gráfica

Av. Augusto Salazar Bondy 1317-1321

Kilómetro 14, Panamericana Sur - Lima 29

Perú

Primera edición: diciembre del 2017

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-47099-1-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

Nº 201716535

Impreso en el Perú - Printed in Peru

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
LOS ENTREVISTADOS	17
CAPÍTULO 1: LAS DUDAS NO SON MALAS	29
UNA UTOPIA QUE GUÍA	31
Ética y técnica en el periodismo investigativo	
LAS FUENTES HUMANAS	45
Sus derechos / Dos tipologías / Cultivar fuentes: un camino de largo aliento	
CAPÍTULO 2: RELATOS QUE COMBATEN LAS DUDAS	53
LA GENERACIÓN DE CONFIANZA	55
Cuestión de empatía y personalidad / El estilo confrontativo y su capacidad para allanar el camino / El caso de los expertos / Volver con avances / Víctimas de la violencia: Colombia y México / Polarización política: Venezuela / ¿Qué significa salir en medios?	
EXPECTATIVAS SOBRE EL IMPACTO MEDIÁTICO	74
No somos superhéroes / Subsistir a los intereses de las fuentes / Mejor fuera que dentro del ámbito periodístico	
EL MANEJO DEL <i>OFF THE RECORD</i>	82
Contextos en que se vuelve un pedido recurrente / Cuando el reportero lo propone / Posibles usos engañosos	
EL LUGAR DE REUNIÓN	87
Cuando se prioriza la comodidad del entrevistado / Cuestión de seguridad	
CUANDO OCULTAS QUE ERES PERIODISTA	91
Las razones a evaluar / Permiso para publicar lo registrado	
PROTECCIÓN DE LA INTEGRIDAD DE LA FUENTE	99
Dilemas y decisiones rápidas / El caso de las víctimas de la violencia / Cuidado en las redes sociales	

AMISTAD Y FUENTES	103
Cómo evitar este terreno pantanoso / Qué hacer cuando los roles se cruzan	
EL PAGO POR INFORMACIÓN	107
El trasfondo del rechazo / Comparación: el pago y el no pago	
LA CONTRASTACIÓN CON LOS INVESTIGADOS	113
Claridad y cabeza fría / La entrevista como performance / Tener buenos reflejos / Por qué no prescindir de esta etapa ni hacerla a la ligera / Cómo consignamos la voz de los investigados	
LA RELACIÓN DESPUÉS DE LA PUBLICACIÓN	126
El caso del investigado / La decisión de volver / Publicado pero sin repercusiones	
CAPÍTULO 3: TU EDITOR, TU PRINCIPAL ESCUCHA	135
VOCACIÓN DE EDITOR	137
TRABAJO EN EQUIPO	141
AIRES DE FAMILIA (EN LA REDACCIÓN)	144
EL MEJOR REGALO DE UN EDITOR	147
ERRORES DE EQUIPO: CASO ROLLING STONE	150
EL PRIVILEGIO DE SER EDITOR	155
EPÍLOGO: IDEAS FINALES PARA SUBSISTIR A LAS DUDAS	159
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	165

PRÓLOGO

Incluso antes de nuestro primer día como reporteros, la mayoría de nosotros ya ha fantaseado decenas de veces con una escena: la de la entrevista confidencial en que se nos confía información valiosa y secreta. Cuando la fantasía termina y la calle nos exige, intentamos planear al detalle la forma del encuentro, y a veces, ¿casi siempre?, termina siendo muy diferente a lo previsto. La inexperiencia hace que llevemos el proceso casi por inercia o guiados por cómo suponemos que los demás lo hacen. Con los nervios inquietos y la adrenalina circulando, nos olvidamos –o elegimos dejar de lado– que este tipo de conversaciones implica una secuencia de decisiones éticas y técnicas, complejas y delicadas, y que el equilibrio entre ambas marcará la calidad de nuestro trabajo.

El libro que ahora sostiene entre sus manos es probablemente el abordaje más útil para cualquiera que empiece a tratar con la materia prima y corazón de nuestra profesión: las fuentes. Mucho se ha escrito sobre este tema: los conflictos de interés, las definiciones, la deontología, su clasificación y también –nunca falta– sobre las legendarias historias de periodistas inmortales que dejaron su piel protegiendo a sus fuentes. Pero, ¿y el otro lado del proceso? ¿La humanidad de esas historias? ¿Los problemas que enfrentamos con las fuentes los demás periodistas mortales? ¿Los dilemas éticos del "detrás de cámaras" de la investigación? ¿O acaso solo nosotros, los

reporteros de veintitantos años, que cada vez nos infiltramos más dentro de experimentadas redacciones, tenemos dolores de cabeza al dudar de cómo proceder con las fuentes?

La autora enfrenta estas y otras preguntas; como el pago por información, la seguridad de los informantes, la dignidad del investigado, la confrontación de versiones, la amistad con las fuentes, el compromiso con la verdad, el *off the record*, los derechos y deberes de la fuente, la locación de las entrevistas, etc. Y lo hace a través de selectas y profundas conversaciones con las voces más autorizadas sobre periodismo de investigación en Iberoamérica.

Los que empezamos a conocer esta profesión desde las aulas le hemos dedicado años al estudio de sus métodos de trabajo, las tecnologías y sus diferentes formatos. Sin embargo, poco hemos profundizado en el trato justo con nuestras fuentes, y la repercusión que este tiene sobre ellas y sobre nuestro propio producto. Usualmente la discusión sobre la moralidad de las acciones de un reportero cae en el pantano del relativismo. Además, gracias al duro panorama que propone el mercado para el periodismo, terminamos creyendo desde muy jóvenes que idealismo y futilidad son sinónimos. Desechamos caminos con desprecio, debido a lo “irreales” que suenan, o a lo “utópicos” que parecen. Cuando justamente esos horizontes son los que debiéramos intentar alcanzar, y que veremos en este texto como guías de grandes investigadores.

Los errores y aprendizajes de periodistas de México, Venezuela, España, Colombia, Perú, Argentina y Chile – que investigan temas tan urgentes y arriesgados como minería ilegal, crimen organizado, tráfico de armas,

narcotráfico, corrupción estatal y corporativa— interpe-
larán a nuestros conceptos y métodos para que, cuando
nos toque lidiar con este tipo de conflictos, sepamos los
peligros y virtudes de los caminos que escogemos.

Hernán P. Floríndez

INTRODUCCIÓN

Cuando pisé por primera vez un salón con alumnos a mi cargo, además del susto, tenía 22 años. Han pasado cuatro años desde entonces, y si de algo tengo absoluta certeza es de que necesitamos discutir más las dudas que nos surgen al relacionarnos con aquellas personas que se convierten en nuestras fuentes durante un trabajo periodístico. Con más urgencia aun si estamos en nuestros primeros años de ejercicio. Suelen ser muchas las dudas y pocas las veces que llegamos a compartirlas.

Hace unos meses una exalumna¹ me ayudó a reafirmar esta idea. En un mensaje me explicaba que necesitaba consultar con alguien un «cuestionamiento periodístico». Habían pasado casi dos años desde la última clase en que la vi, así que agradecí mucho su confianza.

Me contó que, ese mismo día, había ido junto a un camarógrafo a un mercado mayorista de frutas, en Lima, para verificar el alza de algunos precios y averiguar las posibles razones. Al terminar el reporte, ambos se dirigían a la camioneta del canal de televisión, cuando uno de los comerciantes se acercó y les preguntó qué fruta les gustaba, puesto que quería hacerles un regalo como muestra de agradecimiento. Ellos le dijeron que

1 A ella le agradezco su generosidad por permitirme compartir esta experiencia.

no era necesario, pero el comerciante insistió y tras unos momentos volvió cargando cuatro cajones de frutas, con la ayuda de unos compañeros. Los reporteros quedaron sorprendidos y no atinaron a reaccionar. Mientras tanto, los comerciantes subieron las cajas a la camioneta.

«Recién me enfrento a estas cosas y a veces no sé cómo reaccionar», me explicó ella. Dudaba de haber actuado acertadamente, se sentía incómoda con la situación y esa sensación no la abandonaba. Me contó que había imaginado toparse con situaciones en que le tocara rechazar dinero u objetos como un celular o un reloj (ejemplos de objetos más cotidianos para ella); «pero no pensé toparme con cuatro cajas de frutas», comentó. ¿Cómo debió actuar?, era en el fondo su pregunta más latente y que abordaremos páginas adelante (p. 79). Ella afirmaba tener claro que su manera de ponderar la información no cambiaría, pero le preocupaba no tener certeza sobre las intenciones de la otra parte.

Creo que lo más complejo de ejercer el periodismo es el trato con las fuentes humanas. Y es que las decisiones que ello involucra no solo ponen a prueba nuestros criterios, sino también nuestro valor para actuar de acuerdo a ellos. La experiencia es un factor determinante en este camino, pues trae consigo aprendizajes capaces de allanar las dudas. Pero al inicio no contamos con ella, y somos más vulnerables a tomar decisiones equivocadas. Eso sí, una vasta experiencia tampoco nos hará infalibles.

En cualquier caso, hay algo que nos será de ayuda en cualquier parte del recorrido, con o sin experiencia, y es el ser idealistas. Recuerdo siempre cómo lo explicó un alumno de 19 años en medio de una clase: «Yo creo que hay que ser idealistas para hacer periodismo, porque

si no ¿cómo sabemos hacia dónde ir? Necesitamos ser idealistas para seguir caminando».

Guardo este recuerdo con cariño y vuelvo a él cada tanto. La mejor resistencia ante las dudas y los errores es no dejar de ser idealistas. Perseguir ese horizonte nos ayudará a lograr constancia en el trato ético de nuestras fuentes.

Pero no es la única vía. Conocer los criterios con que otros resolvieron dudas o situaciones parecidas a las que afrontamos es un buen complemento. Y esa es la propuesta de este libro. Aquí no hay instrucciones sobre cómo proceder, sino una vía para aligerar el peso de las dudas y forjar criterios. Ese es el primer objetivo al que apuntamos.

Suman veinte los reporteros de investigación que comparten sus experiencias en estas páginas, desde siete países de Iberoamérica; todos de amplia y reconocida trayectoria. Conforme transcurrían las conversaciones, me hice más consciente de cómo la dimensión ética de estos reporteros aparecía como guía ante la mayoría de sus dudas. Sus voces no resultan valiosas porque den cuenta de procederes perfectos, sino por los aprendizajes que testimonian.

El segundo objetivo es convencerlos de incorporar algo nuevo a su metodología de trabajo: compartir las dudas y discutir las. Aprender a hacerlo contra el tiempo, antes de ir al terreno, en el propio terreno, en la premura de un cierre y luego de este. Aun cuando a lo largo de varias décadas, el afán por el rótulo de secreto o confidencial ha marcado un estilo de trabajo solitario de parte del periodista de investigación. Un estilo que, además de anacrónico, puede derivar en angustia al

toparse con las dudas.

En este camino, idealmente, nuestros editores tendrán un rol clave. Serán nuestros escuchas y quienes siempre nos devuelvan la pelota de una manera diferente, retándonos a pensar más para evitar que esta resuene en el piso. Lo complicado es que escasean los editores con vocación de maestros. Nosotros tampoco nos esforzamos para encontrarlos, ni suele ser un factor que evaluemos al aceptar un trabajo. Vale la pena aproximarnos a esta relación, y aquí damos un primer paso a partir de experiencias concretas.

LOS ENTREVISTADOS

Esta investigación no hubiera sido posible sin la ayuda de varias personas que aceptaron dar algo que a cada una le era escaso: su tiempo. Pero no solo eso, también aceptaron compartir sus aprendizajes, y con ellos sus convicciones éticas y lo mejor de su técnica de investigación periodística. Lo valoro y lo agradezco. Los entrevistados fueron veinte periodistas de investigación de siete países de Iberoamérica: Argentina (2), Chile (2), Colombia (5), España (2), México (4), Perú (3) y Venezuela (2). A continuación una presentación de cada uno de ellos.

ALEJANDRA XANIC

[MÉXICO]

50 años. Es capaz de buscar un documento por más de seis meses en medio de un laberinto de registros. Lo hizo durante el caso Walmart, que le valió un premio Pulitzer en la categoría de periodismo investigativo. Buscaba un mapa y lo encontró en una caja de zapatos en una dependencia pública. Inició su carrera en Guadalajara como locutora radial, y luego ingresó al diario local *Siglo 21*. Poco después ya había ganado el Premio Nacional de Periodismo por la nota que escribió el 22



de abril de 1992, y que alertó del nivel de explosividad previo a los trágicos incendios a lo largo del Sector Reforma. Es cofundadora de Quinto Elemento Lab, una plataforma que impulsa el periodismo de investigación en México.



CARLOS EDUARDO HUERTAS
[COLOMBIA]

43 años. Sostiene que un verdadero dilema ético no es el que te exige decidir entre algo bueno y algo malo, sino entre dos cosas buenas. Es fundador y director de Connectas, una plataforma que apuesta por el periodismo transnacional. Hasta 2012 fue editor de investigaciones de la revista *Semana*, donde trabajó por una década. En ese tiempo, su equipo ganó, en 2007 y 2009, el Premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación que otorga el Instituto de Prensa y Sociedad y Transparencia Internacional, y el Premio Rey de España en 2008. En 2012, Huertas fue Nieman Fellow por la Universidad de Harvard.

CAROLA FUENTES
[CHILE]

47 años. Ha hecho investigaciones de gran impacto desde los más variados tópicos: minería, *retail* financiero, industria farmacéutica y un largo etcétera. Lucía Newman, avezada corresponsal de CNN, fue su primera maestra de reportería. Como corresponsal de Canal 13 (Chile)



en Nueva York, cubrió el atentado a las Torres Gemelas en 2001. Dirigió la investigación que dio con el paradero del criminal más buscado por la policía chilena, Paul Schaefer, prófugo en Argentina por ocho años. En 2006 ganó la Knight Fellowship for Professional Journalists y dos años después fundó La Ventana Cine, una productora audiovisual con la que ha realizado innovadores trabajos periodísticos como el documental *Chicago Boys* (2015) y los programas ¿Qué comes? (2015) y Misión Encubierta (2017).

DANIEL LIZÁRRAGA
[MÉXICO]



53 años. Tenía dos meses de vacaciones en su trabajo como profesor y decidió experimentar qué se sentía ser un reportero. Han sido los dos meses más largos de su vida, como él mismo dice.

Hoy aplica técnicas docentes y de análisis en el desarrollo de las investigaciones que lidera, y es editor de investigaciones de Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad (ONG). Ha trabajado en medios como el diario *Reforma*, las revistas *Proceso* y *Emeequis* y el medio digital Animal Político. Asumió, luego, como coordinador de investigaciones especiales del programa que conducía Carmen Aristegui en MVS Radio. Desde allí dirigió la investigación La Casa Blanca de Enrique Peña Nieto, con la que ganaría luego el Premio Gabriel García Márquez y el Premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación en 2015; pero que fue censurada por la radiodifusora y publicada por Aristegui Noticias.

DANIEL SANTORO
[ARGENTINA]

59 años. Investigó el tráfico de armas de Argentina a Ecuador y Croacia, que llevó a prisión al expresidente Carlos Menem. Lleva más de treinta años en el ejercicio periodístico, fue fundador de la unidad de investigación del diario *Clarín* de Argentina y actualmente es su editor de Judiciales. Fue galardonado con el Premio Rey de España en 1995, y el Premio Maria Moors Cabot de la Universidad de Columbia, en 2004. Ha publicado libros como *Nisman debe morir* (2015) y *La Ruta del Dinero K* (2016).



EDMUNDO CRUZ
[PERÚ]



80 años. Su investigación del caso La Cantuta (*Sí*, 1993) es tan admirada como su gran humildad. Aquella puso al descubierto el asesinato de nueve estudiantes y un profesor de la Universidad

Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle («La Cantuta») por parte del grupo Colina, conformado por militares del Ejército peruano, durante la dictadura de Alberto Fujimori. En 1998 recibió el Premio María Moors Cabot. Formó parte de la unidad de investigación del diario *La República* hasta 2015, y hoy continúa publicando investigaciones como reportero independiente.

EMILIA DÍAZ-STRUCK

[VENEZUELA]

32 años. Es capaz de coordinar equipos de centenares de periodistas alrededor del mundo. Lo hizo con los Panama Papers (2016), desde su rol de editora de investigación en el Consorcio Internacional



de Periodistas de Investigación, y también con los Paradise Papers (2017) y Swiss Leaks (2015). Las tres fueron investigaciones globales sobre el uso de los paraísos fiscales por parte de los más poderosos. Ha sido reportera residente en el New England Center for Investigative Reporting de la Universidad de Boston y becaria de la red norteamericana Investigative Reporters and Editors (IRE).

EVA BELMONTE

[ESPAÑA]



35 años. Manejar su carácter cuando se da cuenta que un entrevistado le está mintiendo, ha sido su aprendizaje más importante hasta ahora. Arrancó su carrera en el diario *El Mundo* (Barcelona), donde trabajó entre 2004 y 2012. Creó El BOE nuestro de cada día, un blog en el que contextualiza las decisiones más relevantes publicadas en el boletín oficial. Su primer libro, *Españopoly* (2015) analiza a los principales grupos de poder en España. Hoy es Responsable de Proyectos en la Fundación Civio, donde dirigió, por ejemplo, *Medicamentalía*, ganador del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo en 2016.

FRANCISCA SKOKNIC

[CHILE]

41 años. Escuchar sin juzgar es una de sus premisas al empezar una entrevista. Ha trabajado en los diarios *El Mercurio* y *El Mostrador*, y en las revistas *Siete+7* y *Qué Pasa*.

Participó en talleres de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, con Ryszard Kapuscinski, Jon Lee Anderson y Alma Guillermoprieto; y cursó un master en Administración Pública en la Universidad de Columbia. Fue galardonada con el premio Periodismo de Excelencia que otorga la Universidad Alberto Hurtado de Chile, en 2008. Es subdirectora del Centro de Investigación Periodística de Chile.



GERARDO REYES

[COLOMBIA]

59 años. Afirma no conocer discusión alguna sobre ética que no acabe en dos palabras: “todo depende”. Es director de la unidad de investigación de Univisión.

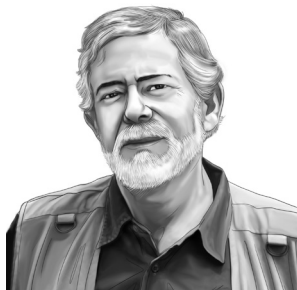
Trabajó antes en *El Nuevo Herald*, y formó parte del equipo de este diario que ganó el Premio Pulitzer en la categoría de reportaje de investigación en 1999, por revelar el fraude detrás de las elecciones de 1997 en Miami. En 2004, fue galardonado con el premio Maria Moors Cabot de la Universidad de Columbia. Diez años después, él y su equipo de Univisión ganaron un Emmy por el documental «El Chapo: El Eterno Fugitivo».



GUSTAVO GORRITI

[PERÚ]

69 años. El equipo periodístico que dirige recibe clases de Krav Magá (técnica de defensa personal). Así lo decidió en 2010 cuando fundó IDL-Reporteros, unidad de periodismo investigativo. En 1986, fue elegido Nieman Fellow por la Universidad de Harvard. Más tarde publicaría *Sendero: Historia de la guerra milenaria en el Perú* (1990), concretando la investigación más completa sobre el grupo terrorista Sendero Luminoso. Ha sido colaborador de *The New York Times* y *Los Angeles Times*, y ha recibido diferentes premios como el Maria Moors Cabot, el International Press Freedom Award y el Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI en la modalidad de Homenaje. Hoy dirige la Red Latinoamericana de Periodismo de Investigación Estructurado que investiga el caso Lava Jato.



GUSTAVO VILLARRUBIA

[ESPAÑA]

49 años. Trabajó como periodista encubierto durante un año hasta dar con el paradero del alemán Paul Schaefer, el criminal más buscado por la policía chilena durante ocho años. Un trabajo que le valió una



nominación a los Emmy Awards. Estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y lo ejerció en India por seis años. Fue corresponsal de guerra en Afganistán e Irak, y reportero investigador del programa Contacto (Canal 13) por ocho años y luego de CIPER. Hoy es el reportero central del

programa Misión Encubierta producido por La Ventana Cine y emitido por el canal de televisión Mega.

IGNACIO GÓMEZ
[COLOMBIA]

55 años. Sabe cómo generar relaciones de confianza con sus fuentes, aunque dos guardaespaldas lo acompañen la mayor parte del día. Es conocido por su reportería en temas de alto



riesgo (crimen organizado y corrupción política). Ha ganado repetidas veces el Premio Nacional Simón Bolívar de Colombia, en la categoría de Periodismo de Investigación. En 2000 fue elegido Nieman Fellow por la Universidad de Harvard, y dos años después recibió el Premio Internacional de Libertad de Prensa que otorga el Comité para la Protección de los Periodistas. Es subdirector de Noticias Uno, programa televisivo de actualidad.

HUGO ALCONADA
[ARGENTINA]



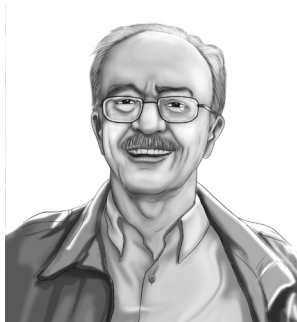
43 años. Anota en su celular cada vez que se reúne o cruza un mensaje con una fuente, así como el día en que debe volver a contactarla. Su móvil está repleto de fechas. Es prosecretario de redacción del diario *La Nación* de

Argentina. Sus investigaciones periodísticas se han convertido en libros como: *Los Secretos de la Valija* (2010), *Las Coimas del Gigante Alemán* (2011), *Boudou y la Máquina de*

Hacer Billetes (2013) y *La Piñata* (2015). Por su investigación “El señor de los hoteles (y el socio de la presidenta)”, obtuvo el Premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación en 2014.

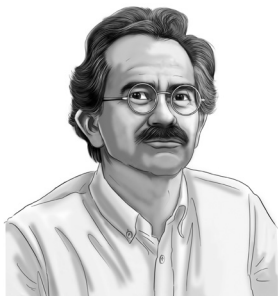
JAVIER DARÍO RESTREPO
[COLOMBIA]

85 años. La complejidad de los dilemas éticos se diluyen rápidamente en la claridad de sus análisis. Ha sido columnista en *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Colombiano* y *El Herald*o. Recibió el Premio



Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1985 y 1986, el reconocimiento Germán Arciniegas de la Editorial Planeta en 1995 y el Premio Latinoamericano a la Ética Periodística otorgado por el Centro Latinoamericano de Periodismo (CELAP). Es autor de más de veinte libros. Sus respuestas en el Consultorio Ético de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, han sido compiladas en *El Zumbido* y el *Moscardón Vol I y Vol II*.

JORGE CARDONA
[COLOMBIA]



57 años. Dobla pequeños cuadernos de colegio por la mitad y los usa como libretas de apuntes: por un lado escribe sus clases y por el otro toma apuntes periodísticos. Es profesor de Pe-

riodismo en la Universidad Javeriana y en la Universidad de los Andes. En 1992 comenzó su carrera en Caracol Ra-

dio, un año después ingresó al diario *El Espectador*, como reportero judicial y hoy es su editor general. Es autor de libros como *Días de memoria* (2009) y *Diario del conflicto* (2013). En 2016 recibió el reconocimiento Clemente Manuel Zabala a un editor colombiano ejemplar, que otorga la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano Gabriel García Márquez.

LUZ MELY REYES
[VENEZUELA]

50 años. Inició su carrera hace 25 años, el mismo día en que Hugo Chávez dio un fallido golpe de Estado al gobierno de Carlos Andrés Pérez. Fue jefa de investigación del diario *Últimas Noticias* y directora del *Diario 2001*. En 2014 fue reconocida por los Victory Awards en la categoría “Mérito a la excelencia en periodismo político”. Y al año siguiente, fundó Efecto Cocuyo, un medio digital venezolano que se ha convertido en una alternativa informativa en medio de la censura. Cursó el programa de periodismo emprendedor en la City University of New York (CUNY), en 2016.



MARCELA TURATI
[MÉXICO]

43 años. Ve en el recuento de un sueño o el trazado de un dibujo, vías para no reavivar el dolor de una víctima durante una entrevista. En 2013 recibió el Premio Louis Lyons otorga-

do por la Fundación Nieman de la Universidad de Harvard y el WOLA Human Rights Award; y al año siguiente, el premio a la Excelencia Periodística que entrega la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano Gabriel García Márquez. Fue reportera de *Proceso*, revista en la que se especializó en temas de pobreza, desarrollo y derechos humanos, y en la cobertura de la violencia generada por el narcotráfico. Es cofundadora de la Red de Periodistas de a Pie y de Quinto Elemento Lab.

MELY ARELLANO

[MÉXICO]

40 años. El equipo de reporteras que dirige encontró en el yoga una fuente de contención ante la crudeza de los casos que investigan, como el fenómeno de feminicidios en Puebla. Estudió Lingüística y Literatura en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Inició su carrera en *El Universal*, el periódico de mayor tiraje de México, fue subdirectora del periódico *El Columnista* y fundó el medio digital Lado B en 2011, junto al periodista Ernesto Aroche, con quien ha hecho posible exitosas campañas de *crowdfunding* para financiar investigaciones periodísticas. Ha sido becaria del Programa Prensa y Democracia de la Universidad Iberoamericana (2011), y ganadora del Concurso Nacional Género y Justicia 2014 (categoría reportaje), y el Premio Estatal de Periodismo 2012 y 2013 (categoría crónica).



MILAGROS SALAZAR

[PERÚ]

42 años. Cree necesario no solo reunirse con el investigado, sino no obviar preguntarle directamente aquello por lo que se le acusaría en el reportaje. En 2012 ganó el tercer lugar del Premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación. Hoy es directora de Convoca, un medio nativo digital, que conjuga el periodismo de investigación y el análisis de datos, y que en 2016 recibió el Data Journalism Award y fue finalista del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo en la categoría Innovación.



Nota importante: Lo dicho por estos reporteros, en entrevistas para esta investigación, se encuentra diferenciado en *cursivas* en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO 1
LAS DUDAS NO SON MALAS

Dos reporteros llegaron a Inambari, un distrito peruano en la frontera con Brasil. Investigaban cómo se había desarrollado la construcción de la carretera Interoceánica. Al llegar se encontraron con un grupo de haitianos que estaban en una situación difícil: habían arribado con engaños a la frontera y no tenían dinero, pero sí hambre. La situación conmovió a los periodistas, y uno de ellos quiso ir de inmediato a comprar víveres a un mercado.

«Espera, ¡nuestro trabajo! Hablemos con ellos, veamos las circunstancias. No quiero llegar acá como Papá Noel, entregando bolsas de mercado y eso», le dijo su compañero. Y sugirió buscar a alguien de confianza para el grupo, capaz de repartir lo comprado luego de hacer el reportaje. No era una situación que pudiese cambiar de un momento a otro, remarcó.

La duda alcanzó a su colega. La duda que nos surge unas veces sí y otras también en nuestro ejercicio periodístico. «Creo que se solucionaron las dos cosas. Lo que nosotros queríamos hacer lo logramos sin necesidad de mediar», reflexionó luego el colombiano Carlos Eduardo Huertas¹, el periodista que propuso esperar.

«Claro que la información cambia si tú estás en otro rol. La gente te ve distinto porque ya no eres un

1 Entrevistado por la autora el 27 de agosto de 2013.

periodista», concluyó Huertas sobre aquella experiencia en la frontera. El peligro es que ese cambio de rol —evaluado en instantes— sea el origen de una bola de nieve que termine por distorsionar la naturaleza de bien público de la información periodística y la intención de dar un trato justo a la fuente. Y es que el tiempo no solo nos complica en los cierres de edición; también cuando decidimos frente a una fuente, en contados segundos que guardan casi toda la complejidad del oficio.

UNA UTOPIA QUE GUÍA

Lograr que todas nuestras decisiones sean siempre justas es una utopía, una que solemos perseguir como la línea del horizonte. Nunca la alcanzaremos, pero nos sirve para caminar, como decía Eduardo Galeano. ¿Cómo se vive esto desde el periodismo? El siguiente recuerdo del maestro Javier Darío Restrepo nos da la respuesta:

«¿Cómo va a ser la vaina?» me preguntó desde una esquina del corredor, mientras veíamos entrar a los periodistas que iban a ser parte del primer taller de ética de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Gabriel García Márquez había sido el principal promotor de ese taller y estaba allí para participar en esta experiencia; la consideró tan importante que llegó a sugerir que, en adelante, todos los talleres, sobre cualquier tema —investigación, redacción, crónica, etc.—, tuvieran un componente ético. Le expliqué que todo giraría alrededor de casos concretos, de esos en los que un periodista tiene que resolver, él solo, sus propios dilemas éticos; que el discurso teórico estaría subordinado a esas situaciones cotidianas y que se impondría así la conclusión de que en periodismo la técnica y la ética están indisolublemente unidas. Asintió vigorosamente y agregó, sentencioso: «Están tan unidos como el zumbido y el moscardón».

(Restrepo 2014)

Veremos, aquí, cómo se da esa unión en un ámbito específico: la relación del periodista de investigación con las personas que se convierten en sus fuentes. En esta relación media una realidad: la capacidad de decisión del periodista para llevar una historia del ámbito privado al ámbito público. Un puente que algunas personas temen atravesar y que otros ansían recorrer, pues tienen objetivos claros del lado opuesto. Es un poder delicado.

«[El periodista] Tiene que encontrar el criterio y la decisión éticos buceando entre dudas y certezas, sin esperar siempre que la absoluta certeza desaloje incontestablemente sus dudas», precisa el español Carlos Soria en su libro *El laberinto informativo: una salida ética* (1997, 132).

El reportero peruano Edmundo Cruz² explicó qué contiene la mochila que debemos portar durante esa travesía. Se trata de lo que el reportero de 80 años denomina principios éticos del ejercicio periodístico, y que nacerían de la relación del periodista con los distintos elementos o actores de la sociedad, presentes en el circuito de la noticia.

Mencionó primero al **principio de independencia**, por el que la relación del reportero con cualquier fuente de poder (llámese Estado, sector empresarial o los mismos dueños del medio para el que trabaja) debe estar libre de condicionamientos. Cruz prosiguió:

*Tu relación con el público genera el **principio de la responsabilidad**. Lo que tú digas el público lo va a creer; (...) si tú te equivocas, se equivocan ellos que están creyendo lo que tú les dices. Tu relación con el hecho: [genera] el **principio de la verdad**, en la medida en que tratas de acercarte más a la reali-*

2 Entrevistado por la autora el 18 de abril de 2015.

dad, al hecho; en ese momento, en ese caso, tú vas a desarrollar el principio de la verdad».

Y finalizó con un cuarto principio, el del **respeto por la privacidad de las fuentes**, uno vital sin duda alguna. Son cuatro puntos cardinales que nos sirven de brújula para trazar el camino durante nuestra investigación. Una propuesta de Carlos Soria puede ayudarnos a ver el panorama con más claridad: la ética de los procedimientos. Esta «plantea la vieja cuestión, constante y recurrente, de si el fin justifica o no los medios que se emplean» (Ibídem, 122).

Se trata de una autoexigencia del reportero por revisar los métodos empleados en su proceso investigativo. Para el especialista, el ejercicio informativo se divide en dos niveles: el *agere* o nivel de los procedimientos y el *factum* o resultado (es decir, el mensaje). En ese sentido, explica: «Con independencia de este, el procedimiento informativo debe ser justo en sí mismo. (...) De no ser así, aunque la información como fin o resultado sea correcta, si la actuación que se ha seguido para su obtención no lo es, el *mensaje* queda éticamente invalidado» (122).

Esto es igual a decir que cada acción de nuestro proceso de reportería debe ser justa, para que la información publicada (el mensaje) sea éticamente válida. Es ese el horizonte y, como decíamos antes, nos sirve para saber en qué dirección caminar aunque sea muy complejo alcanzarlo. Imposible lograr que todos los reportajes de nuestra carrera periodística (la recorrida y la venidera) cumplan completamente con aquella máxima. Tener la convicción de haberlo logrado en algún momento merecerá sin duda una celebración.

Ética y técnica en el periodismo investigativo

«Yo siempre le digo a la gente que quiere escucharme que todas las discusiones de ética terminan en dos palabras: “todo depende”. No conozco una discusión sobre ética que después de dos, tres, cuatro horas no termine con esa expresión», señaló el galardonado periodista colombiano Gerardo Reyes³, editor de Univisión Investiga. Decidimos caso por caso, no vamos en automático.

«Pero también hay que cuidarnos de no caer en el relativismo», me dijo Marco Méndez, experimentado periodista peruano, al contarle de las palabras de Reyes. Por ello, forjar criterios es el norte; y lo logramos sobre todo con la práctica, donde la ética convive intrínsecamente con la técnica periodística. Esta última incluye fundamentalmente a la verificación. Cómo la aplicamos, qué tan exhaustivamente, varía de reportero a reportero; y seguramente también depende del momento profesional en que nos encontremos.

Edmundo Cruz aconsejó no confundir dicha técnica con un molde rígido y cuidar cómo decidimos aplicarla a partir de las particularidades de cada caso. «No vas a elaborar recetas. (...) [La receta es] algo que quieres aplicarlo a todo, y la realidad no es uniforme, la realidad es muy rica, muy diversa. Y lo que es bueno en un determinado caso puede ser malo en otro». Apeló a su memoria para explicarlo con un caso:

No sé si te pueda servir el caso del Plan Bermuda. Esa fue una investigación que hice en diciembre del año 1996, en vísperas de la crisis de los rehenes⁴. El día 9 de diciembre yo publiqué una

3 Entrevistado por la autora el 31 de marzo de 2015.

4 El 17 de diciembre de 1996, terroristas del Movimiento Revo-

primera entrega y después se publicaron tres notas. El Plan Bermuda era uno de los planes que el servicio de inteligencia elaboró en esos meses para intimidar a periodistas y a opositores políticos. Estamos hablando del gobierno de Fujimori en su segundo quinquenio, que ya era un gobierno autoritario en forma clara, je-faturado por Fujimori y Montesinos. (...) El Plan Bermuda se proponía intimidar al periodista César Hildebrandt. Yo obtuve esa información a raíz del atentado a la filial de Canal 9 en Puno. Canal 9 tenía en Lima un programa, La Clave, que dirigía Hildebrandt y era, por supuesto, un programa de pugna, un programa incisivo de oposición, de denuncia, de investigación, en relación al gobierno de Fujimori. Era muy incómodo, por decirlo elegantemente. Entonces lo pusieron en la mira y, entre otros objetivos, se lo escogió a él para este operativo que era el Plan Bermuda. Yo recibí esa información. La obtuve de agentes de inteligencia como había en ese tiempo: descontentos con las prácticas de los servicios de inteligencia de esa época, entre otras cosas, porque ese tipo de operativos también los ponía en riesgo a ellos, en riesgo de que pudieran ser procesados, presos por varios años; y al final quienes pagaban los platos rotos eran [ellos], o los chivos expiatorios eran los de bajo nivel, los peones, en este caso, los agentes de inteligencia. Te lo digo porque esos fueron los motivos que los llevaron a darme la información: temían. (...) Esto que había ocurrido en Puno, un primer operativo contra la filial de Canal 9, había generado ya el apresamiento de algunos agentes de inteligencia. El gobierno había dejado que la policía los investigue y que los someta el Poder Judicial para no evidenciar que era él el que estaba manejándolo.

lucionario Túpac Amaru (MRTA) ingresaron a la residencia del embajador del Japón en Lima y tomaron como rehenes, por más de cuatro meses, a los asistentes a una recepción por el cumpleaños del emperador Akihito.

En esas circunstancias me dieron esa información, pero era una información verbal. Entonces dije: ¿qué hago con esto? Yo sabía que generalmente en ese tiempo, y creo que por norma, este tipo de planes se dan por escrito. Entonces yo les pedí pruebas, copias. [Me dijeron:] «Nada, no existe, no hay, no tenemos, no podemos obtener». «Entonces no publico, no puedo, yo no puedo publicar versiones». Y me dijeron: «Bueno, pero es que no hay planes». Y yo mismo dije: «¿Pero qué hay?, ¿cómo es?». Entonces me comenzaron a contar: «Es un plan que tiene tres etapas». En este caso, una primera etapa era el reglaje; una segunda etapa era la determinación de la modalidad con la que se va a intimidar al objetivo; y una tercera que era ya una etapa en que cualquier día, en cualquier momento, podía ocurrir el hecho.

Cruz le hizo seguimiento a dichas etapas, y llegada la segunda, le dijeron que el atentado dañaría físicamente al periodista, pero que se evitaría afectar un órgano vital. Con Hildebrandt puede ser así, o puede ser un atentado contra su casa, pero cuando él no esté (...). Yo lo escribí, pero aun así dije: no publico; aun con esa información, sigue siendo solo una versión. (...) Entonces me dicen (sic) en un nuevo encuentro que tengo con él [el agente de inteligencia]: tal día se termina la segunda etapa y comienza la tercera etapa. Yo dije: ¿qué hago? No les pude sacar más información a ellos, entonces recurrí a otros grupos. En ese tiempo teníamos una buena red de agentes de inteligencia en [la revista] Sí. Sobre todo se sistematizó eso, especializando a los reporteros, a [José] Arrieta se lo especializó en fuentes policiales y a mí me especializaron en fuentes militares, y por ahí llegué a otros agentes de inteligencia.

El reportero indagó y corroboró la existencia de ese tipo de operativos. También tuvo noticia de planes de

operaciones que se estaban organizando en casas de seguridad fuera del Pentagonito (Cuartel General del Ejército del Perú).

Entonces, cuando yo obtuve esa información dije: bueno, me la voy a jugar, porque dijeron que ya estaba en la etapa tres. Y todo eso era coherente, había coherencia. Yo voy a arriesgarme porque si es cierto y yo lo obtuve, va a quedar. Esa es mi responsabilidad, me la voy a jugar así quede mal, no importa. Había un porcentaje de posibilidad de que fuera cierto, y publiqué.

En el Congreso, la izquierda minoritaria, de la mano del congresista Henry Pease, inició un debate en torno al caso, pero no se logró que se abriera una investigación. El mismo Pease indicó que se carecía de pruebas, y Cruz sintió que la reacción era lógica.

El 17 de diciembre estalló la crisis de los rehenes. Yo me olvidé del Plan Bermuda, la gente se olvidó del Plan Bermuda. Todo era sobre la crisis de los rehenes en diciembre y enero. Nosotros hacíamos contacto sistemático con las fuentes. Entonces a fines de enero me llegó información: Inspectoría del Ejército está investigando el Plan Bermuda. ¿Y qué están investigando? ¿Están investigando si existe el Plan Bermuda? No. Están investigando quién entregó el Plan Bermuda a La República. O sea que era cierto. (...) O sea que el plan era cierto, entonces publiqué la nota en febrero, a comienzos de febrero: El Ejército investiga Plan Bermuda.

Los periodistas entrenamos nuestra habilidad para ponderar la información que compone una investigación. La ausencia de un análisis de este tipo, por parte de Cruz, habría imposibilitado la publicación y la —poca o mucha— presión política que ello supuso. Vemos cómo la verificación se aplica de acuerdo a las particularidades de

cada hecho, y cómo debería ir acorde a un planeamiento estratégico, en tanto este funciona como un mapa que indica cómo avanzar en la verificación. Ambos son técnicas de investigación.

Con mayor o menor consciencia, siempre trazamos una estrategia que marca la dirección. Su nivel de profundidad dependerá de la naturaleza del caso y de la realidad social en que se esté trabajando. Decidir cómo comenzaremos la investigación, con quiénes hablaremos primero, qué documentos buscaremos primero y con quiénes no hablaremos sino hasta tener más claro el panorama, es ya un primer nivel de planeamiento estratégico.

Revisemos, por ejemplo, la investigación del *Boston Globe* –premiada con un Pulitzer en 2003– sobre los abusos sexuales cometidos por sacerdotes contra menores en la ciudad de Boston. Esta investigación tuvo que cambiar de estrategia a medio camino. El equipo de Spotlight buscó en los registros anuales de los sacerdotes de Boston y encontraron que algunos figuraban con “licencia por enfermedad” o similares situaciones, justo cuando habían sido acusados de pedofilia. Empezaron a confeccionar, entonces, una lista de aquellos personajes con el mismo patrón. Advirtieron que el número de potenciales agresores casi calzaba con el cálculo de un especialista consultado previamente.

En un primer momento el equipo pensó en buscar entrevistas con víctimas potenciales y llegar a un número certero de sacerdotes pedófilos a través de ellas. Sin embargo, repararon en que por ese camino tardarían mucho. Decidieron, entonces, ir en sentido contrario: partirían de la lista que confeccionaron, la pondrían a prueba como *corpus* no solo ante las víctimas, sino también ante aboga-

dos que habían defendido o asesorado a los sacerdotes en los casos en que las familias de los niños habían decidido denunciar. Con esta estrategia lograron resolver su pregunta de investigación, que apuntaba a saber si tanto el abuso sexual a menores como su encubrimiento desde los estamentos más altos de la Iglesia, eran fenómenos sistemáticos. Una pregunta que también evolucionó en el camino y que en un inicio se centraba en la responsabilidad del cardenal Bernard F. Law, entonces máxima autoridad de la Iglesia en Boston, en el encubrimiento de casos de abuso sexual.

Por otra parte, existen contextos en los que la estrategia tendrá, además, otra necesidad u objetivo primario: que la investigación subsista, dado que los agentes de poder investigados no solo oponen resistencia, sino que también buscan anular la investigación. El caso La Cantuta es un claro ejemplo. Nueve estudiantes y un profesor universitarios fueron asesinados por el grupo Colina, conformado por militares del Ejército peruano, durante la dictadura de Alberto Fujimori. «Aquí hubo bastante estrategia y táctica porque era un momento de mucha tensión. Y fue un momento en que cada paso se hizo con mucho cuidado, por esa misma situación de tensión, de riesgo», contó Edmundo Cruz.

Él, junto con José Arrieta, fueron los periodistas que lograron establecer, ante la opinión pública, la ubicación de las fosas donde estaba enterrada parte de los restos incinerados de las víctimas. Como es conocido, el legislador Roger Cáceres, presidente de la Comisión Investigadora del Congreso sobre el caso La Cantuta, fue quien recibió el sobre de manos del reciclador Justo Arizapana y del amigo de este, Guillermo Catacora.

Arizapana era el único testigo del segundo entierro de los restos en Cieneguilla. Lo que siguió fue relatado por Cruz:

Primero nosotros fuimos llamados por el congresista. (...) ¿Por qué fuimos llamados? Importante, porque nosotros ya habíamos tenido alguna relación con la Comisión Investigadora, habíamos tratado de vincular a la comisión con un jefe del SIE [Sistema de Inteligencia del Ejército] que quería informar (...).

Y aunque este intento de colaboración de parte del reportero no fue fructífero, su nombre quedó en la memoria del presidente de la Comisión.

(...) él ya sabía que nosotros habíamos querido ayudar y que hicimos una cosa riesgosa, delicada. No dio resultados, pero hizo que él tuviera confianza en nosotros. Luego, íbamos dos veces, tres veces a la semana, a veces, a la comisión y cubríamos para la revista, sin alterar las cosas. Entonces él apreciaba el trato. Y cuando recibe ese sobre desconocido, lo primero que (...) [se pregunta es] ¿a quién acudo? A estos jóvenes que me han querido ayudar. Entonces nos llama por eso, porque tenía más confianza. Pudo haber llamado a Caretas pero no tenía la confianza. Pudo llamar a Oiga, pero no tenía la confianza. (...) Acababa de terminar la investigación en la comisión y él ya debía entregar el informe al presidente del Congreso, en ese momento llega el sobre.

(...) Él no me entrega ahí mismo [el sobre]. Ha sido una negociación como de quince días. Yo me acuerdo que, en el primer fin de semana, logré que me dé primero los huesos, los huesos chamuscados y no el plano. Pero yo ya había visto el plano y ya me lo había grabado. Y el mismo día, o al día siguiente, fuimos con [José] Arrieta y nos metimos a Cieneguilla para ver si lo que decía el plano era, si existía el lugar. Comprobamos que existía

y que era zona militar, entramos y salimos.

(...) Entonces ahí tienes varios criterios técnicos. Primero, nosotros teníamos bien claro eso: él no nos dio el plano, pero a pesar de que no nos lo había dado, nosotros fuimos al sitio porque pensamos (no seguramente con la claridad con que te lo digo ahora) que teníamos que hacer nosotros la verificación al margen de él. Así nos diera o no nos diera [el plano]. Ahí había una información de interés público y nuestra obligación, al haber conocido eso, era verificar. Pudo no habérselo entregado [finalmente], pero nosotros ya habíamos ido, habíamos comenzado (...).

Entonces, el aspecto estratégico alcanzó más importancia:

Ahí es donde entra a tallar el director de la revista, que estaba fuera del país. Se le llama por teléfono, él vuelve como a la semana o a los cuatro días y toma la batuta. Se hace asesorar con arqueólogos, se hace asesorar con [abogados] penalistas, se hace asesorar con médicos legistas. El gran problema [que se generó] podríamos resumirlo en dos temas. Son muchos temas, pero un tema era ¿cómo hacemos?, ¿cómo denunciarnos esto? Entre nosotros había peleas. Unos decían: No, hay que convocar una conferencia de prensa en este momento, entregar esto públicamente al Ministerio Público, pedir que investiguen, y sacar una edición extraordinaria de Sí. Y otra posición decía: No, hay que investigar, en primer lugar, todas las pruebas: el mapa, las muestras. Decían que esos huesos eran de La Cantuta. ¿Cómo nosotros decimos que son de La Cantuta? Eso no lo vamos a decir nosotros, eso tiene que decirlo el Poder Judicial, el Ministerio Público. Tiene que haber una investigación. ¿Pero cómo va a investigar este Poder Judicial, este Ministerio Público, si ahorita están en reorganización? Ocho meses atrás había

ocurrido el autogolpe de Estado, Fujimori había declarado en reorganización el Ministerio Público y el Poder Judicial. Si nosotros hacemos la conferencia de prensa, ¡qué van a investigar! Van a archivar. No, hay que investigar y después hay que hacer una denuncia de otro tipo.

Se tomó finalmente una decisión: «Vamos a hacer una denuncia tal que obligue al gobierno a investigar». La pregunta fue cómo. Y a ella se sumó otra interrogante: si decían o no que habían excavado en una de las fosas. «¿Cómo íbamos a decir que nosotros excavamos? Nos iban a decir: han viciado la prueba. Eso nos lo advirtieron los penalistas, y eso es (sic) lo que dijo Martha Chávez⁵». Ellos acordaron discutir abiertamente el tema en su editorial “El derecho a cavar” y continuaron trazando su estrategia.

Entonces nosotros dijimos: Primero, no vamos a ir donde el fiscal de turno a decirle: Oiga, señor... No. Primero vamos a entrar al lugar, al sitio, vamos a comprobar, vamos a excavar. Pero solamente una fosa, la que está abierta, y solamente hasta el límite en que podamos ver lo que dice el plano. Si corresponde, si hay estos huesos así como acá, si hay estas cenizas como acá, si hay estos restos como acá, si esto se parece; punto, ahí paramos. Y en ese momento, recién, nos comunicamos con el Ministerio Público, pero ya desde el lugar y con la prensa extranjera.

Así lo hicieron.

Era de madrugada, no se veía nada. Eran dos basurales como de 800 metros, de 400 metros y 400 metros. Y pasando eso estaba la quebrada donde estaban las fosas, en la bajada a Cieneguilla. Entramos. De repente nos encontramos con una lanza y un muñeco de colores que no habíamos encontrado en los días an-

5 Entonces congresista fujimorista.

teriores que habíamos ido, y nos asustamos. Apagamos la luz y decidimos avanzar en escuadra, como le llamamos: uno adelante y dos atrás. A ciegas porque no se veía nada, pero hablando [entre nosotros]... y como conocíamos, llegamos. Atravesamos los dos basurales y llegamos a la quebrada y ahí esperamos que aclarara, que apareciera el orto, los primeros rayos del sol. En ese momento comenzamos a excavar.

Para las siete de la mañana ya habían comprobado la presencia de los restos y ya había llegado un grupo importante de gente, entre ellos un arqueólogo, un médico legista, el jefe de la morgue de esa época y representantes de los organismos de derechos humanos, quienes ayudaron contactando a dos fiscales.

Poco a poco llegaron también los familiares. «A las nueve de la mañana teníamos a la prensa extranjera, a esa hora la información estaba por todas las radios, dada por la prensa extranjera. (...) Entonces a la Fiscalía no le quedó sino ir al sitio. Ese fue el modelo, eso es estrategia».

Pero también hay opiniones que presentan un contraste respecto a la necesidad de una estrategia en la investigación periodística. Por ejemplo, la de Gerardo Reyes:

Yo te apuesto que ninguno de los periodistas que tú has entrevistado se sienta a hacer un cuadro estratégico de la investigación, porque esto es un proceso de sentido común, que lo podemos desarrollar tú y yo, un arquitecto y yo, un estudiante. Cuando uno le presenta un problema probatorio a alguien –porque de eso es lo que estamos hablando, el periodismo investigativo es un proceso probatorio–, casi todas las ideas que van a dar (y he hecho el ejercicio cientos de veces), son buenas y son producto del sentido común.

Me inclino a pensar que habrá periodistas que for-

mulan sus estrategias de investigación de manera más consciente que otros, y que habrá casos que necesiten de un planteamiento estratégico más que otros. Además, lo más seguro es que la base de una buena estrategia sea siempre el sentido común. Fue lo que compartí, entonces, con el maestro colombiano, y creo que hubo consenso. «Son estilos y no todo puede prescribirse en un formato», indicó.

Al inicio de esta investigación tenía dudas sobre si aplicar una estrategia podía implicar *per se* una colisión con la ética. Seguramente por ese velo de misterio y secretismo que suele caracterizarla. Sin embargo, gracias a la lucidez de Edmundo Cruz, aclaré el panorama.

«Uno siempre debe moverse en base a una estrategia. Y en la estrategia, lo fundamental es que tú, de acuerdo a tus fortalezas, a tus debilidades, a tus enemigos, a tus amigos, elabores un camino para llegar a tu objetivo. Yo diría que la estrategia es un plan para llegar a un objetivo fundamental», explicó. En su opinión, elaborar una estrategia es una muestra de responsabilidad esencial del periodista, en tanto que le permitirá o le dará mayor garantía de llegar a la verdad.

LAS FUENTES HUMANAS

Pero adentrémonos más en nuestro objeto de discusión: la relación entre el periodista de investigación y sus fuentes, aquellas personas que deciden involucrarse en el proceso de búsqueda de la verdad conducido por el reportero. Y que con esta decisión, deberían asumir a esta búsqueda como el norte común de la relación, y como un pacto con base en lazos de confianza.

Los derechos de las fuentes

Al mismo tiempo, estas personas que se convierten en nuestras fuentes adquieren derechos al asumir este rol. Hablamos de sus derechos a conocer las implicancias de aparecer en una publicación periodística, a no recibir información falsa de parte del reportero, a que no se distorsione lo que declaró, a que se respeten las condiciones acordadas de confidencialidad y a dar su versión de los hechos si son investigadas. **Es decir, a recibir un trato justo por parte del periodista.**

Una vía para confrontarnos y comprobar si dimos ese trato a las fuentes es ver si somos capaces de volver a ellas después de la publicación. Aunque suene descabellado, es incluso posible que los investigados guarden reconocimiento y respeto por el periodista que documentó y publicó sus actos de corrupción. Lo veremos en un caso más adelante. Revisemos ahora cómo otros colegas han creado y manejado su propia tipología de fuentes.

Dos tipologías

Una propuesta nacida en campo

Gustavo Villarrubia⁶, reportero español radicado en Chile, propone una clasificación en base a la relación de la persona con el hecho investigado. Él habla de fuentes ocasionales, colaterales, interesadas, procuradas y resistentes. En su opinión, estas últimas serían las más valiosas.

Si, por ejemplo, se está reportando un accidente de tránsito, Villarrubia explica que una fuente ocasional sería aquella persona que estuvo ahí en ese minuto, por casualidad: vio el evento, a pesar de no tener la costumbre

6 Entrevistado por la autora el 16 de enero de 2017.

de pasar por esa calle; pero el hecho no lo toca ni involucra. A las colaterales, por su parte, sí los toca de alguna u otra manera, aunque sea lejana; por ejemplo, un amigo del accidentado que maneja información que le va llegando, aunque quizá a la manera de un teléfono malogrado.

Las fuentes interesadas serían las personas que aparecen en la escena del crimen, pero con un propósito específico, el de intentar justificar a su amigo o su pariente, por ejemplo. Ellas podrían acercarse a contar el hecho como si hubieran estado allí, aunque no lo hayan presenciado. En contraste con estas, estarían las fuentes procuradas:

Toda fuente testigo de un hecho es importante, pero yo le doy mucho valor a un tipo de fuente que yo llamo "procurada". Es la fuente que uno va a buscar, no la que se me acercó a decirme: «oiga, yo vi esto», porque yo no sé qué interés tiene con el hecho. (...) Por ejemplo, si vamos a un caso de un testimonio de un accidente de tráfico, para ser más gráfico, [y alguien me dice]: «Sí, yo lo vi, sí pasó en rojo». Pero yo no sé quién es este señor; de repente este señor llegó ahora y está defendiendo al que pasó en rojo realmente, pero está diciendo que es el otro el que pasó en rojo. Entonces yo siempre intento y recomiendo que hay que procurar la fuente, por eso le pongo ese nombre de fuente "procurada".

Dentro de este tipo de fuente, Villarrubia identifica un sector al que llama fuentes resistentes. Son aquellas que, en principio, no desean declarar y dan negativas por alguna razón; por miedo, por ejemplo. El reportero comenta que en esos casos suele ser clave recordarle a la fuente que los periodistas tenemos el derecho de guardar reserva de su identidad, y que ni siquiera un juez puede exigir que declaremos quién nos contó tal o cual cosa.

Lo que dicen los manuales

En general, ciertas tipologías han alcanzado consenso en las redacciones. La propuesta de José María Caminos Marcet en *Periodismo de investigación. Teoría y práctica* (1997: 173-175) contiene buena parte de ellas. Él considera tres criterios en su división. Aquí el detalle:

Según la duración de la relación que el periodista mantiene con la fuente:

▪Provisionales. La relación es circunstancial, se remite a un tema puntual. Por lo general, ninguna de las dos partes suele mostrarse interesada en continuar la relación después de tratar el tema específico. En su libro *Periodismo de investigación*, Gerardo Reyes las identifica como informantes: «(...) un informante es alguien en quien usted confía con beneficio de inventario y quizá por una sola vez, la fuente es una persona independiente y confiable que está dispuesta a dar su opinión cada vez que usted entra en el campo que ella domina» (2008, 140-141).

Además, Reyes señala que por lo general son dos los tipos de informantes con los que el reportero suele lidiar: el que entrega la información básica y se retira, y el que la suelta poco a poco y a medida que avanza la investigación.

▪Estables. El periodista solicita información a la fuente para diferentes casos. Hasta es posible que la fuente se dirija al periodista para informarle de casos que le interesa que se hagan públicos. Si consideramos equivalentes la categoría de fuente provisional e informantes, podríamos incluso decir que gran parte de las fuentes estables fueron, en un primer momento, informantes.

Según la posición desde la que actúa:

- Públicas. Hablan desde sus cargos de funcionarios públicos. Caminos Marcet señala que suelen actuar desde el secreto; no solo en referencia a la negativa frecuente a proporcionar informaciones, sino que se apoyan en el secreto para poner en circulación informaciones en el momento y la forma que consideran oportunos.

- Privadas. Hablan a nombre propio y no de una institución. Aunque no es una regla, puede que tengan un acceso más limitado a información de interés público.

Según la actitud con la que se enfrentan a la investigación y al periodista:

- Activas. Toman la iniciativa al momento de ponerse en contacto con el reportero, y se convierten en fuentes de forma voluntaria. El comunicólogo Héctor Borrat habla además de fuentes *ávidas*, quienes tendrían una gran carga de identificación con la información y urgencia por que se difunda; y *compulsivas*, quienes incluso podrían llegar a amenazar al medio para que publique la información (Borrat 1989: 56).

- Pasivas. Nunca toman la iniciativa, el periodista se acerca a solicitar información. Borrat, al igual que Camino Marcet, ofrece una subdivisión en este caso: *resistentes*, aquellas que ponen serios obstáculos a quien esté en busca de la información; y *abiertas*, quienes no oponen una resistencia explícita pero tampoco toman la iniciativa para buscar al periodista (Ibídem, 56).

Como reporteros, intuimos qué combinación de fuentes tiene mayor probabilidad de darle al lector una visión lo más equilibrada posible del hecho investigado. Su revisión y renovación constante podría ayudar a no

establecer rutinas burocratizadas, ocasionadas muchas veces por la desidia y la falta de una visión crítica: «La selección previa de las fuentes se convierte, en el proceso de producción periodística, en una fase clave para materializar una oferta informativa veraz, seria, honesta y profunda» (1995, 37), señala Manuel López en *Cómo se fabrican las noticias. Fuentes, selección y planificación*.

En ese sentido conviene confeccionar una relación que identifique el grado de vinculación de las personas con el hecho investigado, como sugiere la catedrática española Montserrat Quesada: «(...) hay que distinguir entre las que no están implicadas directamente en los hechos que se investigan y las que tienen una relación más o menos estrecha con el tema en cuestión» (1987, 108). Entre las primeras habría que incluir a todos los expertos que puedan ayudar al periodista a aclarar conceptos técnicos. Y entre las segundas, es mejor diferenciar a los implicados directos y al sujeto principal. Quesada recomienda entrevistar a estas últimas luego de una primera fase de documentación, cuando menos. Y agrega: «Si anteriormente decíamos que las fuentes de información en general pueden mentir, cuando se trata de fuentes implicadas esa posibilidad puede convertirse en casi certeza» (Ibídem, 108).

Cultivar fuentes: un camino de largo aliento

En el periodismo de investigación los plazos no son cronometrados. Existe la presión de un cierre, pero no del cierre diario. Solemos investigar por meses, y a veces por años, temas diferentes; pero tarde o temprano terminamos por especializarnos. En el camino no avanzamos solos, sino con nuestras fuentes en la medida en que sepamos conservar los lazos de confianza. Con la claridad

que lo caracteriza, el reportero argentino Hugo Alconada⁷ analizó cómo ha vivido él este proceso:

El periodismo de investigación es como una maratón, donde no hay que apurarse, porque muchas veces vas a tener que autoimponerte una mínima especialización. Establecer pautas. En mi caso, yo investigo al gobierno nacional, cualquier gobierno nacional, del presidente que sea; no me meto con gobiernos municipales, no me meto con gobiernos provinciales. (...) No por una cuestión arbitraria, sino porque vos vas generando fuentes en un determinado ámbito. Empecé hace quince años, y cuando comencé a hablar con esas personas, yo era el "pinche", era nivel dos, y quince años después ya soy nivel seis y, dentro de diez años, seré nivel veinte. Con esas personas vos vas desarrollando una confianza recíproca, y esa persona sabe que no le vas a "prender fuego".

Entonces, esa persona dentro de la Agencia de Recaudación de Impuestos que era un "pinche" hace quince años ahora es Jefe de División. Y hay otro que está en el Área Antilavado y era analista y hoy es jefe de los analistas. En la Policía era un subteniente y hoy ya es capitán. Y hay un muchacho en el Ejército que era teniente y hoy ya es teniente coronel. Y hay otro muchacho en el Tribunal, que antes era el encargado de la mesa de entrada y hoy ya es secretario. Vos vas desarrollando una serie de fuentes que van yendo cada vez más hacia arriba, y vos a su vez vas generando otras más abajo, pero van creciendo junto contigo.

(...) La última vez que tuve que hacer un cálculo preliminar (tenía que hacer una copia de seguridad del teléfono), tenía 5000 fuentes, es decir, 5000 teléfonos celulares de gente conectada. Pero cuando yo empecé, empecé con un cuaderno de anotacio-

7 Entrevistado por la autora el 16 de agosto de 2013.

nes a mano, que después era una agendita, que después era un teléfono, y ahora es uno encriptado.

(...) Entonces eso te lleva a explicar que es un proceso natural, la persona que recién comienza está como yo hace quince años atrás, y hace las anotaciones de sus primeras fuentes en un cuaderno.

Acerquémonos, ahora, a historias de diferentes contextos de Iberoamérica. Con seguridad, nos ayudarán a advertir que la realidad desborda nuestras caracterizaciones y las complejizan.

CAPÍTULO 2

RELATOS QUE COMBATEN LAS DUDAS

«Hay una cosa que no ha cambiado y que a veces me cansa: que me sigo poniendo igual de nerviosa cuando tengo una entrevista, todos los días. Sufro los momentos antes, los minutos antes, sufro siempre», contó la reportera mexicana Alejandra Xanic¹, ganadora del premio Pulitzer en la categoría de periodismo de investigación en 2013. Y es que para hablar de la relación con nuestras fuentes, viene bien aceptar este punto cero de la interacción. Sobrellevamos los nervios con más o menos éxito de entrevista a entrevista, pero por lo general siempre están allí. «Ya me estoy acostumbrando, pues llevo veintitantos años de reportera y así va a seguir. Ni modo, así soy».

Desde este punto, buscaremos hacer un recorrido detallado por esta relación, de principio a fin, con las paradas que sean necesarias. Comencemos.

LA GENERACIÓN DE CONFIANZA

Este no es un objetivo que subsista a pasos en falso, y requiere, por lo general, de mucha empatía y cuidado. Desde llegar tarde a la entrevista hasta no enviar un mensaje cuando se aseguró que se haría, pueden ser cosas que mermen la confianza de la fuente. Tanto ella como el periodista tienen siempre intereses por negociar de cada

1 Entrevistada por la autora el 19 de setiembre de 2013.

lado, ni buenos ni malos *per se*, pero sobre los que tendría que prevalecer el interés público. Una tarea nada fácil y cuya responsabilidad asume el reportero.

Cuestión de empatía y personalidad

Quienes conocen a Emilia Díaz-Struck² resaltan siempre su carisma y su habilidad para detectar datos tan importantes como poco visibles en un Excel, así como para contrastarlos en campo. En esta ocasión recordó su reportería durante la investigación «Buhoneros globales comercian sobre el coltán venezolano» (2012)³, que realizó junto al periodista Joseph Poliszuk, y que publicó en Armando. Info, medio digital venezolano de periodismo investigativo.

Con ese trabajo, ambos reporteros evidenciaron el tráfico del coltán, un mineral esencial para el negocio de las telecomunicaciones y presente en la frontera de su país con Colombia. Este comercio involucraba no solo a mineros ilegales en Amazonas (Venezuela), sino también a los pobladores de la zona, quienes sabían de este secreto a voces.

Hubo todo un proceso, un trabajo que nos tomó todo un año, desde que lo planificamos hasta que lo terminamos. Al final, entre fuentes vivas y documentales sumamos más de cien fuentes solo en el trabajo que realizamos en Venezuela. En el punto de partida, uno ubica a una fuente, pero no va directamente a ella, ni tampoco ella te habla a la primera vez, sino que existe un proceso (...) y se da el cultivo de la fuente de forma natural.

La reportera explicó el caso de aquellas personas

2 Entrevistada por la autora el 2 de agosto de 2013.

3 Ver: “Buhoneros globales comercian el coltán venezolano” [04/03/2012] en www.armando.info.

que, si bien recién conoce, sabe que va a tener que contactar repetidas veces:

Hay que generar confianza, ver cómo se va a dar el trabajo, [y explicar] cómo se va a manejar la información, quiénes somos los que estamos haciendo el trabajo. En este caso, fue bueno que fuéramos dos personas, porque unas fuentes sienten más empatía con mujeres y otras la sienten más con hombres, en el mismo proceso cultural. Incluso hay fuentes que simplemente sienten más empatía con uno que con otro. Entonces ese es un punto a favor en el manejo de las fuentes. En algunos casos íbamos los dos; en otros casos iba él, o al contrario iba yo. Así fue que se logró esa profundidad en el manejo y que tantas fuentes hablasen on the record; también fuentes que pudiesen llevar a documentos.

Desde Buenos Aires, Hugo Alconada, editor de investigaciones especiales del diario *La Nación*, compartió también una de sus técnicas para facilitar la generación de confianza con una fuente:

Es una cuestión de trato humano, de estar siempre abierto. Y también lo que funciona más, y es algo impresionante, es el tema de las nuevas tecnologías. Yo tengo cuenta de Twitter, de Facebook, tengo un blog, mi e-mail es súper conocido, mi número de teléfono también. Así como vos pudiste ubicarme rápido, también ocurre eso con las fuentes: todos los días tengo una o dos, tres personas nuevas que me van contando de casos nuevos o de casos viejos y me van aportando información. Entonces también es un proceso en el cual cuanto más publicás, más información generás. Es un proceso que se retroalimenta. Supón que querés hablar con ese portero. Quizás él no quiera hablar contigo; pero [lo harán] si vos ya venís escribiendo sobre un caso, e incluso ya apareciste por televisión y saliste en alguna

radio (lo cual yo hago mucho por una cuestión de sinergia, de alimentar la sinergia sobre mi trabajo). Como te escuchan en la radio, cuando después vos vas a hablar con una persona, te dice: «Ah, sí, lo escuché por radio. Un placer hablar con usted. Usted sabe que yo pensaba hablar con usted, porque tenía para contarle algo». Eso genera un círculo virtuoso. Finalmente cuando vas a buscar a ese portero, él te va a decir «Ah, ya, usted es el que apareció ayer en la radio» o «Leí lo que publicó en el diario, pero sabe usted que le falta un dato», «¿En serio me falta un dato? Tomemos un café». Es como un proceso de retroalimentación.

Ese sería en definitiva un buen inicio. Y aunque parezca quizás un golpe de suerte, es más bien el resultado de un trabajo constante. Por su lado, el reconocido periodista peruano Gustavo Gorriti⁴ apuntó que la empatía no es la única vía para lograr una buena entrevista:

(...) ha habido circunstancias en las que no ha sido precisamente necesario tener una empatía, en las que se había logrado cierta posición de mucho conocimiento informativo, de buena documentación, etcétera, y en las que esa virtud posicional hizo que la fuente llegara y hablara mucho. En algún caso como una forma de catarsis; en otros casos, para explicar su posición contra lo dicho por otros. Una forma de defensa. Entonces la empatía es importante, pero no es la única manera de lograr que una entrevista rinda buenos resultados.

Y esto nos deja a puertas del siguiente punto.

El estilo confrontativo y su capacidad de allanar el camino

Hugo Alconada, quien planteó la cercanía con el público como facilitador de la relación con la fuente, brindó también un ejemplo de otra forma de abordaje, veamos:

4 Entrevistado por la autora el 27 de agosto de 2014.

Por lo general cuando veo que una persona me empieza a mentir yo le digo: «Si yo detecto que usted me está mintiendo, yo le garantizo que le voy a partir el pescuezo en el diario». Con lo cual el diálogo es: «Yo no bromeo, espero que usted no bromee conmigo. Yo no le voy a pedir cosas indebidas, espero que usted no se desubique conmigo». Entonces, aunque yo intento generar confianza, muchas veces es una forma de generación de confianza distinta, ¿sí? «Yo no me voy a hacer tu amigo, yo no soy tu amigo, nunca seré tu amigo. Pero así como yo no quiero jugar con vos, yo espero que vos no juegues conmigo. Y si yo encuentro que vos te estás tratando de hacer el imbécil conmigo, te voy a romper la cabeza. ¿Te queda claro?». El diálogo es: «Yo no juego, no juegues conmigo». Entonces muchas veces, aunque parezca paradójico, te allana el camino y te lo simplifica, porque la gente dice: «¿Sabes qué? No perdamos el tiempo, hagamos lo que tenemos que hacer». Funciona mucho.

El caso de los expertos

El que sigue es un terreno con características particulares y nos aproximaremos a él de la mano de la periodista española Eva Belmonte⁵, quien lideró Medicamentalia⁶, un proyecto sobre la brecha en el acceso a 14 medicamentos esenciales en 61 países y que ganó el Premio Gabriel García Márquez de Periodismo en 2016.

Belmonte contó que los dos primeros meses de trabajo fueron de investigación previa, de lectura de *papers* y entrevistas con expertos. Buscaron a aquellos que debido a la complejidad de su especialización, difícilmente podían dar un titular en pocos minutos y, por tanto, no

5 Entrevistado por la autora el 12 de noviembre de 2016.

6 Ver: “Medicamentalia” [24/02/2015] en www.medicamentalia.org.

solían salir en la prensa diaria. No se trataba, entonces, de personas saturadas por los medios, ni que antes hubieran podido explicar sin apuro los temas técnicos de su dominio: «Todo el que es un experto en una materia agradece mucho que tú le dediques mucho tiempo a investigar sobre lo que ellos saben (...), porque están acostumbrados un poco a ver al periodista como el loco que quiere sacar su sabiduría en veinte minutos y salir corriendo».

La periodista española precisó que fue muy importante el nivel científico de su metodología. Recordó el trabajo con Health Action International (HAI), una organización que trabaja con la Organización Mundial de la Salud (OMS) y recopila datos de precios de medicamentos con una metodología muy estricta. En las primeras conversaciones los especialistas se mostraron poco receptivos porque no entendían cómo se iba a trabajar un tema tan extenso y complejo:

Pensaban que íbamos a frivolar, a manejarlo de manera poco rigurosa; y fue genial, con el tiempo, cómo fueron (...) más receptivos con lo que hacíamos. Al final, ellos entendieron que el trabajo que ellos realizan, que es muy importante, si no se explica y no se comunica, no sirve para mucho y no llega a tanta gente.

Existen también otros casos en que tenemos la suerte de contar con un «experto de cabecera», un especialista con alma de buen samaritano que acepta darnos su tiempo de manera constante y recibimos cuando volvemos con avances y nuevas dudas. Fue la experiencia que tuvo la periodista Carola Fuentes⁷ con una de las notables investigaciones que los chilenos le reconocen: el

7 Entrevistada por la autora el 17 de noviembre de 2016.

caso de la red de pedofilia llamada Paidos:

Me pidieron que realizara una investigación sobre el abuso sexual infantil, que era un tema que ya se había hecho. Y con el cual yo tampoco tenía ningún interés en particular, pues tenía dos niños chicos en esa época, y me parecía un tema súper difícil, súper duro, e iba a tener que llegar a... Lo proyectaba como un reportaje de entrevistas a padres que me iban a contar sus testimonios, que en verdad son temas que para uno emocionalmente son súper complejos de decir.

En esta investigación conocí a este abogado que se llama Hernán Fernández, que era el abogado de una mujer que estaba tratando que se investigara una denuncia por abuso sexual contra su hija pequeña. Y Hernán también era abogado de dos casos en que nosotros estábamos, de esta madre y de otra familia cuyos hijos habían sido víctimas de un abusador estadounidense, que estaba prófugo de la justicia de su país y se había venido a vivir a Chile con una orden de captura internacional que no se había ejecutado nunca. Se había instalado en un barrio de clase media baja y le daba clases de computación a los niños del barrio. Y los padres sospechaban que en su casa, bajo esta instancia de las clases, había abusado de esos niños.

Hernán era el abogado de estos dos casos, y a quien yo conocí. Pero al conversar, antes y después de las entrevistas con él y con las personas a las que él representaba, me acuerdo que me comentó que a él más que los problemas puntuales que estábamos viendo, más que los casos, a él lo que le preocupaba era lo que estaba pasando con el marco legislativo en Chile.

Había un proyecto de ley en el que él había trabajado y que llevaba mucho tiempo dormido en el Congreso, y que buscaba penalizar la posesión de pornografía infantil, que hasta ese minuto no era penalizada, y también buscaba darle más herramientas a

la Policía para investigar. Y en ese minuto la Policía no tenía las herramientas suficientes y dependía de la orden de un juez. Entonces en estas conversaciones con Hernán, que se fueron repitiendo periódicamente, yo fui llegando a la conclusión de que en verdad el tema iba mucho más allá de los casos en particular y apuntaba a la ley.

(...) Hernán fue súper generoso en ayudarme en esta investigación: era un tema que estaba muy poco reportado en Chile, y del cual había muy poca información pública y muy pocos datos. Empezamos a trabajar con algunas fuentes de la Policía y hubo un trabajo más o menos paralelo de investigación. Yo investigaba el caso y podía recurrir a Hernán como fuente, para que chequeara si alguna de las cosas que yo estaba investigando tenían asidero legal o no, o estaban fuera de la ley. Entonces, durante seis meses se fue estableciendo esta relación fuente-periodista, de forma que yo podía llamar o reunirme con él y mostrarle los datos y él me iba encauzando, [diciendo] si yo iba por el camino correcto desde el punto de vista legal, o no.

Fueron meses de ardua investigación, en que el objetivo fue confirmar que habían ubicado al abusador estadounidense que, según el rastreo de una ONG costarricense, era conocido como "Zacarach"; y también determinar si este sujeto había encontrado, en Chile, un centro de impunidad. En 2015, en el programa televisivo Mentiras Verdaderas, la reportera chilena resumió lo que continuó:

Nosotros, cruzando datos, cruzando imágenes, buscando por aquí y por allá, teníamos la sospecha de que se trataba de este hombre que es Rafael Maureira, que era conductor de un bus escolar y que sospechábamos que podía ser el mismo Zacarach que leíamos en los mails que se compartían en esta red de pedofilia llamada Paidos. Y lo empezamos a seguir sin ninguna certeza de que fuera realmente él.

Lo seguimos, yo te diría, que por más de un mes, de su casa al colegio, del colegio a su casa. [Estábamos] Bien asustados porque decíamos ¿qué pasa si vemos que este gallo, en el camino a su casa, se arranca con uno de estos niñitos?, ¿qué hacemos? Entonces yo había hablado con la Policía y la Policía me había dicho: mira, cualquier chileno podría detener a una persona cuando lo ve en un delito flagrante. Pero esto fue peor de lo que nosotros habíamos esperado. Una tarde, [me llamó] el camarógrafo Raúl Castillo, un hombre maravilloso, súper comprometido y a quien todos los chilenos le debemos realmente que se haya llegado a capturar a Zacarach. Estábamos cada uno en un lugar de Santiago. Me llamó y me dijo: mira, estoy siguiendo a este tipo, se subieron unas personas a la *van*, y tengo la sensación de que nos vamos fuera de Santiago porque vamos por la carretera La Costa del Sol.

Los siguió, llegaron a Isla Negra. Yo me uní allí y cuando llegamos a unas cabañas que habían arrendado, descubrimos que había unos niños chicos. Y allí lo primero que hicimos fue empezar a llamar a la Policía, a los abogados. El abogado llamó al juez, el juez no le quiso dar una orden de investigar o de detención, tuvimos que esperar hasta el día siguiente. Toda la noche la pasamos pésimo con el equipo que se quedó conmigo en estas cabañas, porque decíamos qué pasa si pasa algo. Escuchábamos por las paredes teníamos un plan de contingencia. Si había algo sospechoso, le íbamos a tocar la puerta.

Al día siguiente llegó la Policía, y se demoraron un día entero en entrar. Yo estaba desesperada, les decía: entren, entren, entren. Y decían: no tenemos pruebas, no tenemos pruebas, el juez no nos da la orden.

En entrevista para esta investigación, Fuentes recordó el rol clave que tuvo el abogado Hernán Fernández en esos momentos previos a la detención:

Te diría que se formó una relación poco más estrecha en el momento en que seguimos a Zacarach a la playa. Porque al primero

que yo llamé fue a Hernán para decirle: «Mira, estoy siguiendo a Rafael Maureira. Estamos en estas cabañas, en este balneario. Está con dos niños. Yo no sé quiénes son estos dos niños, si son sus hijos, si son sus sobrinos, si están aquí de manera voluntaria, si sus mamás saben o no. ¿Qué hacemos?». Y esto era un día viernes en la noche. Y Hernán, me acuerdo, que estaba en una comida y tuvo una actitud, para mí, súper admirable, porque él se fue a tratar de conseguir una orden con algún juez para que la Policía pudiera detener al Zacarach; lo que le fue súper difícil, pues la ley no permitía detener bajo sospecha. Para mí fue súper admirable. Y reconozco que mi admiración hacia él creció al observar cómo él esa noche fue después a un juez, y siguió al día siguiente en la mañana hasta que consiguió la orden.

La Policía finalmente entró a la cabaña con la orden judicial, descubrieron mucho material de pornografía infantil. Y fue así como se logró la detención de Zacarach y del resto de la red, y la modificación de la ley que hacía de Chile, un paraíso para los pedófilos.

Carola Fuentes mantuvo el contacto con Hernán Fernández. Sin duda, su relación se vio fortalecida por el éxito de este caso. Y sería la base para otro aun más arduo y complejo, el caso de Paul Schaefer, que revisaremos más adelante.

Volver con avances

En noviembre de 2013, la misma reportera chilena presentó el reportaje televisivo “Médicos y laboratorios: relaciones peligrosas”, una investigación hecha desde su actual productora audiovisual La Ventana Cine. La investigación detalló cómo las empresas farmacéuticas gestan relaciones con los médicos desde que son estudiantes en las facultades de Medicina, originando conflictos de inte-

rés que luego se concretan en las clínicas, a través de las recetas a los usuarios.

En este caso, la fundadora de La Ventana Cine explicó cómo le ayudó volver con avances durante su comunicación con una fuente clave, Pablo Santa Cruz, miembro de la organización Médicos sin Marca:

Me junté con él varias veces. Él tenía una desconfianza natural hacia los medios de comunicación y, si bien es cierto que conocía mi trabajo, no fue de buenas a primeras que se decidió a participar. En un principio aceptaron ayudarnos con información, no necesariamente con entrevistas. Y finalmente, con el tiempo –después de ver que el trabajo que estábamos haciendo cumplía con las expectativas que él tenía o lo que le habíamos ofrecido o prometido desde un principio– él aceptó dar la entrevista en cámara. Para mí era importante, porque era la forma, en televisión, de garantizar que lo que estábamos diciendo tenía un referente serio.

Desde Madrid, Eva Belmonte compartió una experiencia similar durante su trabajo en el proyecto Medicamentalia y el objetivo de comparar los precios de medicinas en diferentes países:

Era muy útil hablar con ellos [economistas de la salud], porque uno estaba obsesionado con [analizar] el precio [de los medicamentos] y pensaba que ese era el único problema. Pero ellos te decían que a veces era un problema de stock, de que no llegaba el medicamento, de que llegaba mal u otro tipo de problemas que uno ni siquiera había pensado. (...) Entonces hablábamos con ellos antes de ver los datos y después de verlos les decíamos: «Mira, justo encontré lo que me decías: aquí hay un problema de stock, hay un problema de falsificaciones». Esa parte era muy relevante.

Volver con avances puede lograr incluso un mayor compromiso, de parte de la fuente, en ayudar a contestar la pregunta de investigación. En otras palabras, para llegar a la verdad.

Víctimas de la violencia: Colombia y México

Nadie despierta deseando que un periodista aparezca en su día. Menos uno con dos guardaespaldas. «Hay casos peligrosos en los que he trabajado, pero esos muchachos que están allá no te van a seguir», es lo que suele decirle Ignacio Gómez⁸ a quienes desea entrevistar. Dos escoltas lo acompañan casi a todos lados desde hace más quince años.

En 2011, tres sujetos forzaron la puerta de entrada de su edificio, subieron hasta su departamento en el último piso, rompieron la ventana de la cocina y amordazaron a una vecina que acudió alertada. Se llevaron dos computadoras, memorias USB, archivos periodísticos de investigaciones ya publicadas, entre otras cosas. No era la primera vez que Gómez sufría un robo de este tipo.

«Siempre trato de dejarlos atrás. A menos de que sea una entrevista muy peligrosa, puede que estén un poco cerca. Pero siempre creo que ese primer contacto tiene que ser uno sin escoltas. Las escoltas se vuelven un obstáculo grande allí», comentó desde Bogotá.

Inició su carrera hace 30 años en *El Espectador*, uno de los diarios colombianos con mayor historia. Meses después, su director Guillermo Cano moriría en un atentado ordenado por Pablo Escobar. Era una época en que el narcotráfico batía records de víctimas en Colombia, y en la que el uso de la grabadora resultaba improbable en las entrevistas a víctimas.

8 Entrevistado por la autora el 12 de marzo de 2014.

En este tipo de entrevistas, yo muy pocas veces usaba la grabadora; en ciertas situaciones la entrevista personal, la entrevista de voz con la libreta, da mucha más intimidad: le permite a uno llegar más al fondo del personaje. Y, claro, la conversación con libreta era la materia prima fundamental para este tipo de entrevistas en mi época de prensa. Y la disciplina sobre esa conversación, la forma en que se llegaba a la conversación, era y es también como meterse un poco en el drama del que te está contando la historia.

La mexicana Marcela Turati⁹ compartió recuerdos más frescos. Desde Ciudad de México habló de su experiencia en la cobertura de víctimas del mismo fenómeno, el narcotráfico. Hace diez años cambió las historias sobre pobreza por este tema. La crudeza de la coyuntura definió el viraje. Ella prefiere no andar acompañada de un fotógrafo que puede cansarse de esperar el final de sus entrevistas –largas, usualmente–, o de uno que pueda intimidar con los *flashes* a la madre de la desaparecida o a la esposa de un ejecutado. Dice que le gusta tomar sus propias fotos, aunque no resulten igual de buenas. Con el tiempo ha adquirido una convicción que le ayuda a avanzar en estas conversaciones: la gente quiere hablar y lo necesita, sea por su búsqueda de justicia o por el alivio de sentirse escuchada.

Trato de llegar con tiempo, para que no sea una entrevista atropellada (aunque a veces he tenido que hacerlas) y les pregunto si los puedo entrevistar. Les digo quién soy, que soy reportera y también la importancia de la historia que me tienen que contar. Porque si ellos no le ven sentido a contarme las cosas, no le ven sentido a darme la entrevista, no van a querer, no se genera nada. Pero si ellos encuentran sentido a aquello que les expli-

9 Entrevistada por la autora el 5 de noviembre de 2013.

cas... «Me gustaría saber la historia de su hijo, me gustaría conocerla. Estoy haciendo un reportaje sobre esta carretera donde desaparece mucha gente», o «El gobierno no ha visto el tema de los desplazados y me gustaría empezar a escribir sobre él». Si la gente le encuentra sentido, es más fácil. Y empiezo a preguntar, pero trato de decirle antes qué le voy a preguntar aproximadamente, que si hay una pregunta que incomode, fácilmente me puede decir que no sigamos o que no quiere contestar; es prepararlos, un poco antes, para las preguntas que van a venir.

No es necesario revivir el asunto tan traumático. Podemos platicar sobre sueños u otras cosas, o podemos platicar sobre los bordados que están haciendo para el hijo; y a través de eso, platicar de recuerdos. No es [obligatorio] centrarse todo el tiempo en el trauma.

Si bien Turati trabaja en prensa escrita, ¿qué pasa con otros formatos? El televisivo, por ejemplo. Ignacio Gómez lidia con él a diario. Actualmente es subdirector de Noticias Uno, uno de los principales noticieros de la televisión colombiana. Señala que para él es importante generar empatía desde la primera conversación telefónica. «Mire, señora, yo estoy aquí, yo soy sensible frente al caso que a usted le sucedió y quiero que usted me ayude a contarlo». Así suele empezar el contacto.

Yo no espero encontrar, en el relato de un testigo, al culpable de una masacre. Digamos que hay otros escenarios para buscarlo. Pero sí espero encontrar en él un relato que me ayude a darle una dimensión a los demás sobre la tragedia que representó esa masacre, por ejemplo.

Entonces, me acuerdo de las entrevistas a las mamás de los falsos positivos. El de los falsos positivos es un caso famoso en Colombia, donde los militares –para cumplir resultados– deci-

dieron secuestrar, en Bogotá, a un grupo de personas de bajos recursos, personas pobres, llevarlos y luego ponerles uniforme de militares y entregarlos como un éxito de su lucha contra las guerrillas. En primer lugar, estas madres involucradas (cuando no eran el personaje nacional que hoy en día son) solo querían, por amor a sus hijos, contar su historia. No era difícil llegar a ellas porque ellas mismas querían publicar la historia de sus hijos. Lo que siempre me preocupó era tenerlas a ellas como víctimas, que no como testigos de los hechos; es decir, la investigación judicial tendría que ir por otro lado.

Polarización política: Venezuela

En noviembre de 2013, se contaban entonces doce años de polarización política y mediática en Venezuela, en torno al chavismo; y desde Caracas, Luz Mely Reyes¹⁰, hoy directora del medio nativo digital Efecto Cocuyo, reconoció que aquella polarización impacta en el contacto de los reporteros con potenciales fuentes porque existe mucho miedo a aparecer en algún tipo de investigación, o incluso en algún comentario sobre un tema que se esté investigando. Las personas suelen pedir que no sea publicado su nombre o, de entrada, evitan hacer algún pronunciamiento.

A veces hasta el secretario de un registro, la persona que te va a dar el archivo, cuando ve que es para una investigación, se lo reserva. Entonces eso dificulta muchísimo acceder a información; sin embargo, lo hace más interesante, pues te obliga a revisar mucho más, buscar y escudriñar un poco más.

En esas circunstancias, la trayectoria del reportero resultaría clave. Si una persona conoce al periodista por

10 Entrevistada por la autora el 2 de octubre de 2013.

los artículos que firma o porque conoce que está haciendo seguimiento a un tema, puede suceder que ella misma se ponga en contacto con el reportero.

«La única manera de que una fuente se abra contigo es que tu trayectoria haya sido tan limpia, tan pulcra, que le permita saber a esa fuente que, a pesar de la posición política que te atribuya, tú eres un periodista muy serio». Incluso, es posible que con este respaldo el reportero puede insistir.

La gente realmente huye. Pero, por ejemplo, también en mi experiencia, siento que hay algunas fuentes que de repente me conocen y puedo ser más insistente. Si la fuente que estoy buscando (ya sea porque está involucrada, ya sea porque tiene buena información) no me conoce tanto, trato de conseguir información antes de contactarla. Entonces, cuando la contacto le digo «Tengo esta información y sé que manejas tal información, y quiero hablar contigo». Mi forma de relacionarme es así. A veces en Venezuela, y es muy común, la gente no te cree y creen que es una broma. Pero cuando tú le hablas seriamente y le dices: «Yo soy Luz Mely Reyes y tengo esta información y necesito hablar contigo personalmente sobre este tema», eso a mí me ha funcionado.

La periodista venezolana también explicó que cuando dos o más periodistas están trabajando en una misma investigación e intentan abordar juntos a una fuente, esta puede intimidarse, porque podría querer mantener su participación en reserva o porque de pronto sintió más confianza con uno de los periodistas. «En general, puede que trabajando juntos obtengan mucha más información, pero por distintas vías», dijo la directora de Efecto Cocuyo.

¿Qué significa salir en medios?

Quizá la mayoría de fuentes sí lo saben. Pero antes de

continuar, es mejor asegurarnos de que la persona que tenemos en frente sea parte de esa mayoría.

Desde Ciudad de México, la periodista Alejandra Xanic compartió un recuerdo. «Me pareció muy interesante porque nunca había pensado en eso», dijo al recordar el tema de un conversatorio organizado por la red Investigative Reporters and Editors (IRE) años atrás, y en el que tres reporteros de periódicos pequeños de Estados Unidos hablaron sobre cómo preparar a la fuente para el día de la publicación.

Lo que ellos planteaban, que me pareció increíble, era que los reporteros asumimos que la gente está acostumbrada a los medios, pero no lo están. Es un shock verse a través de los ojos de otro. Es un shock verse en una foto, entrar en la tienda y ver que en la portada está el hijo fallecido, el rostro de uno o una cita personal. Entonces, estos reporteros qué hacían: preparaban a sus fuentes para la experiencia de salir en los medios. Y me pareció interesante. [Les decían] «Señora, va a salir mañana la nota o esta mañana sale en el periódico. Le quiero anticipar que va a ver en el periódico una foto de su hijo. Elegimos la foto en que se ve a su hijo mejor. También se ve usted en el fondo» o «De toda la entrevista que tuve con usted, lo que resalté es aquella parte donde usted me dijo tal cosa». En realidad, la mayoría de la gente no tiene esa experiencia.

Me pregunté entonces si no había gente que pidiera no poner determinada foto o cita, sino otra parte de su testimonio. La reportera mexicana dijo que seguramente sí, pero que los panelistas explicaron que había mucho trabajo previo. Es decir que con el mismo cuidado de esta última fase, se había trabajado desde el inicio, con lo que ese riesgo se reducía sustancialmente. Recordó también

la experiencia de un colega y amigo suyo que le ayudó a explicar más el sentido de ese trabajo previo.

*Tengo un amigo que publicó un libro maravilloso llamado *Midnight in Mexico*, con unos personajes que dijeron cosas que eran muy delicadas para su prestigio, su reputación; delicadas para su propia seguridad. Y mi amigo Alfredo [Corchado] regresó con ellos un montón de veces y teniendo unas joyas de citas y unas joyas de escenas que, por supuesto, no querías quitar de tu texto. Él volvió, volvió y volvió con ellos hasta que estuvieron absolutamente seguros de que querían estar allí. Porque no quería hacerles un daño; no son sus amigos, pero tampoco les quería causar un daño. Entonces, a veces los reporteros sí somos como... «Hasta donde diga la historia, lo que pida la historia. No voy a hacer ninguna concesión». Y creo que no está mal poner la historia bajo otra luz. Tampoco quiero causar un daño con mi historia. No estoy hablando del político; creo que hay cierto universo de fuentes con el que nos manejamos de un modo. Yo estoy pensando en el ciudadano común: la mamá de una niña muerta en una violación o de alguien que perdió su casa en la inundación, y que la capturamos en el momento en que descubre el cuerpo de su hijo. Estoy pensando en esos momentos de la vida...*

La reportera hizo una pausa de unos segundos antes de relatar una experiencia suya:

Te cuento que yo tuve una experiencia que fue una lección muy fea, en la que involuntariamente maltraté a una fuente. Aquí hay un edificio que se llama la Torre Latinoamericana, que es una torre muy vieja y que estaba muy, muy decaída. Slim, el hombre más rico, decidió comprarlo, y cuando decidió comprarla me dije «Voy a ver quiénes habitan ahí» porque está en pleno centro. Era una nota simple, sencilla. Y entonces recorrí varios

días los 52 pisos llenos de covachitas, de oficinas pequeñas, tratando de entender quién demonios despacha aquí en este lugar, que es como el símbolo de la ciudad. Había una radio rebelde, revolucionaria, clandestina, y estaba la oficina del líder político que le cobraba a los ambulantes. Y eran unas maravillas. Era un submundo. Pero encontré en el piso 51 a una mujer que tenía un salón de belleza, "El cielo". que llevaba décadas trabajando. Y la señora llevaba décadas allá arriba despachando. Aunque cada vez con clientela más vieja, porque el centro del D. F. después del terremoto se desplomó y quedaron muy pocos habitantes en el centro. Y fueron envejeciendo y cada vez había menos clientela para "El cielo".

El asunto era que me fascinó la historia de la señora; pero salió publicada la nota de una página, que ni siquiera era la gran crónica ni nada, y me llama la señora llorando a los días. Le había destrozado yo la vida: la había hecho aparecer como una loca. Su familia le dijo: «Ya ves, pareces una loca, que no tienes qué hacer yendo allá. Y estás tú como vieja loca yendo a ese lugar. Véndelo ya». Yo leí y releí mi párrafo, porque fue un párrafo donde la mencionaba, sintiéndome la persona más cruel de este mundo. Y no veía yo dónde vio ella eso. Pero lo vio, y su familia lo vio, y yo no creo haber descrito nada, pero así lo recibió. Y me dolió. Y no hubo manera de consolarla, y no hubo manera de enmendar. Y eventualmente, no sé si por eso o por otra razón, "El cielo" cerró. Y yo me pregunté después muchos años más tarde cómo habría resultado si yo a la señora le hubiese dicho: «Señora, la nota va a salir mañana y hay un párrafo donde está usted». Y nada más decirle «va la nota».

Quizás, ahora que lo veo con el Pulitzer [la reportera lo había ganado meses atrás]... Yo jamás había sido entrevistada, yo nunca había sido nota de nada, y en la universidad donde yo

estudié tienen una revista llamada Magis y me habían estado pidiendo una entrevista. Y yo decía «¿entrevista para qué?». Y el reportero lo que hizo es ir con todas las fuentes y al final conmigo, y yo tenía que aceptar, pues había hecho entrevistas por doquier. Cuando salió la nota y me doy cuenta de que era portada de la revista de la universidad, me entró el pánico y no quería leer. Tardé semanas en leer la nota porque me entró pánico, me dio miedo estar ahí, me dio miedo verme reflejada en los ojos de otro. Me dio miedo.

Entonces eso me ayudó más a entender la perspectiva de la fuente, pero sobre todo en esas historias donde hay un dolor. No quieres que la madre de una víctima entre al súper y vea por primera vez el rostro de su hija en un periódico, la hija desaparecida. Nada más quieres ahorrarle el seguir victimizada. Por ahí eso aprendí.

EXPECTATIVAS SOBRE EL IMPACTO MEDIÁTICO

Luego de establecer contacto, algo puede llegar a causarnos dudas: ¿cómo evitar que las fuentes crean que nuestro reportaje traerá consigo la solución de su problema? «Parece como una de las agonías de la vida real del reportero», comentó la misma Alejandra Xanic. Y agregó: «Antes de llegar a ese punto de no darle falsas expectativas, antes que eso está otro paso, ser muy buena escucha». Lo explicó también a través de un caso: la investigación que hizo junto con David Barstow sobre los sobornos pagados por los supermercados Walmart en México¹¹, con el fin de expandirse a lo largo del país. Basta decir que la multinacional logró colocar una tienda a metros de las pirámides de

11 Ver: “Vast Mexico Bribery Case Hushed Up by Wal-Mart After Top-Level Struggle” [22/04/2012] y “The Bribery Aisle: How Wal-Mart Got Its Way in México” [17/12/2012] en www.nytimes.com.

Teotihuacán, para muchos el centro de la mexicanidad.

En el caso de Walmart en Teotihuacán hubo cuatro viejitos, una señora y tres hombres, que cuando empezó a moverse tierra en el terreno a las afueras de Teotihuacán (comenzaron a mover buldóceres y montículos de tierra), empezaron a gritar: «¡A ver, aquí qué está pasando! ¡A ver, a ver! Normalmente cuando alguien aquí construye, llega una cuadrilla de arqueólogos primero y realizan hoyos y ven primero si hay algunos vestigios arqueológicos. Y entonces, solo entonces, se decide si se puede construir o no. ¡Qué están haciendo aquí con los buldóceres!». Estos cuatro viejitos montaron un escándalo brutal. La prensa lo cubrió, hicieron una huelga de hambre (tres de ellos diabéticos), dejaron de comer treinta días, bloquearon la oficina de Gobierno dos meses (la entrada a los funcionarios, a todo un edificio). Estas cuatro personas se volvieron más; fue un grupo que creció, convirtieron esto en una nota de interés internacional. Lo singular es, creo, que nadie escuchó.

[Ellos decían] «A ver, a ver, aquí hay algo mal: en Teotihuacán no se hacen así las cosas. Este era un campo de alfalfa y tenía que seguir siendo un campo de alfalfa, porque el uso era agrícola y aquí no vimos arqueólogos. Aquí hay algo mal. El Ayuntamiento dijo que algo fue muy rápido». Pero, en contraparte, salía el funcionario del Gobierno Federal con un contraargumento. Y estos cuatro señores con argumentos de quien ha vivido ahí toda la vida y algo no le checa, pero que no sabe de leyes, no sabe de procedimientos. En contraparte está el funcionario que se sabe la ley, el reglamento, y que les tira a los reporteros la perorata de que: «Claro, porque conforme al artículo no sé cuántos...». Los reporteros nunca hicieron de intérpretes, nunca tratamos de entender qué es lo que decían los señores. Si alguien hubiera hecho eso en 2004, probablemente habríamos no descubierto

que Walmart estaba pagando sobornos, habrían descubierto que existían anomalías. Las anomalías se habrían descubierto y quizás habrían parado, pero creo que los reporteros no escuchamos o no hicimos la labor más esforzada, que es tomar aquello que dijeron y entenderlo. Porque venían los educados o los políticos de carrera y con dos plumazos se tumbaban los argumentos de los viejitos, porque sonaban más formales, porque sonaban más informados, porque traían papel, porque traían el reglamento. Para mí, una de las grandes lecciones es que tenemos que hacer un esfuerzo más grande para escuchar e inteligir qué es lo que está queriendo decirme, qué hay detrás de lo que me dice o cómo puedo ver si lo que me dice tiene sustento.

Sería ideal hacer de esa actitud un hábito: analizar cuidadosamente si hay o no una historia potencial, antes de ocuparnos del tema de las expectativas.

No somos superhéroes

Aunque quisiéramos solucionar todos los problemas que dañan la calidad de vida de las personas, aceptar que no somos superhéroes y advertirle a las fuentes que lo que publiquemos no traerá necesariamente la solución, es parte de nuestra responsabilidad. La reportera Emilia Díaz Struck opinó al respecto:

Uno no le puede vender falsas expectativas a la fuente; es decir, que ella vaya a pensar que porque uno va a hacer un reportaje sobre este tema, en el cual esta persona puede estar afectada, la situación vaya a cambiar. Nosotros no podemos prometer eso, (...) y también debemos explicar cuál va a ser el alcance de nuestro trabajo.

(...) No podemos decir qué pasará después: los periodistas tenemos limitaciones, no somos superhéroes, y eso hay que aclarár-

selo a la fuente. Podemos escucharlos, podemos tener contacto, nos pueden dar acceso a tal documento o a otras fuentes, pero debemos decirle con claridad que el reportaje no solo se va a centrar en ellos, sino que va a tener otra cantidad de fuentes, las cuales te van a mostrar las distintas caras de la historia.

Por su parte, la española Eva Belmonte contó cómo lidió con este tema en otro de los proyectos que lideró: El Indultómetro, un análisis estadístico y legal de los indultos otorgados en diferentes gobiernos españoles:

Mucha gente nos ha escrito: «Yo voy a entrar a la cárcel, quiero pedir un indulto, (...) me tienes que ayudar y tienes que publicar esto». Claro, lo que no entienden es que yo no hago periodismo sobre su caso en particular, en concreto; porque en realidad, desde mi punto de vista, el indulto es un ente liminar: debería haber otras maneras para que una persona, que de forma injusta va a la cárcel, pudiera arreglarlo por el mismo juzgado, no que un gobierno lo decida. Mucha gente nos pide que hablemos de esos temas en concreto, pero no nos dedicamos a eso y no queremos dedicarnos a eso. Nosotros lo que hacemos es vigilar a los poderosos, no contar (aunque es interesante) una historia personal; pero en este caso no es lo que queríamos hacer. (...) A veces es complicado decir «tu caso es muy relevante, pero informativamente no lo es, ni es tan injusto como tú lo has contado».

Pero hay realidades más complejas, en las que recurrir a un periodista por la expectativa de una solución se puede convertir incluso en un peligro mortal. Hablo del caso mexicano y la situación de las víctimas de la violencia generada por el narcotráfico. Marcela Turati compartió cómo ha lidiado con este reto:

Muchas veces te piden que los ayudes. Tienen toda la expectativa y te lo dicen en la entrevista: que tu historia les cambie las co-

sas, que reciban una indemnización. (...) Si hay una expectativa (siempre la hay), les digo que yo no la puedo cumplir, pues soy periodista y mi papel es entrevistarlos y hacer muy bien mi información; de tal manera que me gustaría que algún político los atienda, pero yo no puedo pretender algo así. Eso queda claro, y hay veces que me dicen que lo van a pensar. La mayoría dice que sí, porque soy la única persona que los ha entrevistado (...). Ha habido gente desplazada que me preguntan si con la entrevista le van a dar una casa. Y yo les digo que no, que yo no les puedo prometer eso. O si me dicen si esto los va a poner en riesgo, entonces evaluamos los riesgos. Y si vemos que los va a poner en riesgo y ellos me dicen «¿vamos a estar bien? », entonces yo les digo «no les puedo asegurar que no van a estar en riesgo. Yo no sé la profundidad de su caso, quién los persigue, pero vamos platicando y viendo».

(...) Con respecto a las expectativas, hay que decirle también a la gente, a las víctimas: «Yo quiero entrevistarlo, me gusta mucho su caso, pero saldrá en una línea, o solo en un párrafo de mi reportaje. Vamos a hablar mucho, pero voy a entrevistar a otro diez o doce y quizás su caso sea muy importante, pero tal vez lo mencione así». Y la gente de todos modos lo que quiere es hablar. También les digo que tenemos que esperar, que les tomo el testimonio, pero que ya no puedo hacer tantos reportajes sobre nuevos desaparecidos, que tengo que buscar coyunturas, cosas que a veces pueden pasar [después de] meses, pero que voy a encontrar la coyuntura para poder hablar del caso. Y a veces han pasado seis u ocho meses desde que la familia me ha dado el testimonio, hasta que pasa algo en una zona. Entonces les hablo y les digo que ahora sí lo voy a usar y que si me permiten [hacerlo]. Como me han entendido, dicen que sí.

Ellos se dan cuenta de que es un intento de darle voz sin mini-

mizar sus casos, pero que también hay una lógica periodística y no puedo hablar cada semana de un nuevo caso, porque tiene que tener algo que lo haga atractivo y diferente y que la gente quiera leerlo, que no se le haga el mismo caso de ayer. Y tengo que pensarlo más.

Subsistir a los intereses de las fuentes

La forma en que las fuentes conducen sus intereses varía tanto como las circunstancias de sus casos. En la introducción contaba que una alumna había compartido conmigo una experiencia valiosa. Agradezco su generosidad por permitirme compartirla y repito el recuento de la situación.

Ella había ido junto a un camarógrafo a un mercado mayorista de frutas, en Lima, para verificar el alza de algunos precios y advertir las posibles razones. Al terminar el reporte, ambos se dirigían a la camioneta del canal de televisión, cuando uno de los comerciantes se acercó y les preguntó qué fruta les gustaba, puesto que deseaba hacerles un regalo como muestra de gratitud. Ellos le dijeron que no era necesario, pero el comerciante insistió y tras unos momentos volvió cargando cuatro cajones de frutas, con la ayuda de unos compañeros. Los reporteros quedaron sorprendidos y no atinaron a reaccionar. Mientras tanto, los comerciantes subieron las cajas a la camioneta.

«Recién me enfrento a estas cosas y a veces no sé cómo reaccionar», me explicó ella. Dudaba de haber actuado acertadamente, y la incomodidad con la situación no se le iba. Me explicó que había imaginado toparse con situaciones en las que le tocara rechazar dinero u objetos más familiares para ella; «pero no pensé toparme con cuatro cajas de frutas», comentó. También recordaba haber

percibido el interés del entrevistado por dar a conocer un próximo proyecto comercial.

Ella afirmaba tener claro que su manera de ponderar la información no cambiaría, pero le preocupaba no tener certeza sobre las intenciones de la otra parte. El no sentirse cómoda con su reacción era ya indicativo. Todos tenemos ese anuncio interno que nos advierte que estamos por errar el camino; e incluso nos lo recuerda cada tanto, luego de haberlo errado. Su nombre "técnico" es consciencia.

Ella quería entender con claridad por qué se sentía disconforme, cuál era la razón. Y es que como reporteros no podemos arriesgarnos a que las fuentes piensen que se privilegiarán sus intereses. El reto de la interacción con ellas es hacerles notar de manera constante que el objetivo de la relación es informar la verdad, y cerciorarnos de que lo tienen claro; pero también tratar de evitar cualquier factor externo que pueda condicionar, incluso inconscientemente, nuestra manera de ponderar la información y comunicarla.

En este caso el comerciante podría creer que, a cambio del regalo, la reportera informaría que las razones del aumento de precios eran justificadas, aunque no lo hubieran sido. O quizá era una genuina forma de agradecer sin intención de comprometer la información. Pero no hay forma de descifrarlo, y justo por ello es mejor no meterse en ese terreno. En cuanto a la reportera, tampoco había solo una posibilidad, que se sienta comprometida a escribir favorablemente de la fuente, sino también que por su afán de desmarcarse de ello, termine inconscientemente por escribir de manera negativa del comerciante, perdiendo el propósito de una ponderación informativa equilibrada.

La claridad y rapidez para rechazar cualquier situación que nos ponga en este terreno pantanoso la adquirimos con el tiempo, justamente con este tipo de experiencias.

Mejor fuera que dentro del ámbito periodístico

Para el periodista argentino Hugo Alconada hay casos que caminan mejor fuera del terreno periodístico. Él suele reconocerlos porque se alejan del interés público y se acercan más al ámbito privado. Precisó que no suele escribir sobre cosas íntimas, hijos ilegítimos, amantes o consumo de drogas; y que si se trata de un abuso de poder –pero a la vez de una cuestión muy privada, como un acoso o un abuso sexual– él puede optar por recomendar el caso a un especialista amigo en algún terreno de la sociedad civil, de alguna ONG por ejemplo. Les explica, entonces, que antes de revictimizarlos prefiere derivarlos a un especialista. «Si esa persona no le da soluciones, volvamos a hablar», suele decirles.

No es que yo me desconecte de ese caso: volveré a llamar dentro de quince días y le diré: «¿Se reunió usted con esta persona, con este funcionario o con esta ONG? ¿Necesita o quiere usted que yo la acompañe?». Ese es un tema; es decir, cuando ya es algo tan, tan sensible que decides que es preferible ni siquiera publicar.

Por el contrario, cuando se trata de una persona que ha sido estafada por un funcionario, pero que es algo muy menor, una cuestión casi anecdótica, y no es una cuestión de interés público (porque incluso el otro protagonista es un empleado que termina estafando a otro empleado, con lo cual periodísticamente no tiene nada), lo que suelo hacer en esos casos es recomendarle, primero, que haga una denuncia penal o carta documento o demanda civil

o lo que fuere; segundo, suelo derivarlo a abogados. No a aquellos que les van a cobrar, sino al Centro de Defensa del Colegio de Abogados, para que le den un abogado pro bono, un abogado gratuito que se encargue de darle una mano. Entonces sirvo más de canalizador hacia las personas que realmente son las indicadas.

EL MANEJO DEL OFF THE RECORD

A veces damos por sentado que las personas conocen la jerga periodística y les lanzamos el término *off the record*, enredándolos en una confusión que puede ser el inicio de otras más graves, como terminar publicando algo que ni siquiera debía ser mencionado a un tercero. Veamos cómo lo aclaró la subdirectora de Centro de Investigación Periodística de Chile (CIPER), Franciska Skoknic.

*Por un lado, está la definición académica; por otro lado, la práctica. Aquí, cuando las fuentes te dicen «Voy a hablarte», significa que puedes utilizar la información, pero no los puedes citar. Esa es la convención general entre los políticos y gente que habitualmente se relaciona con los medios. Pero, por ejemplo, cuando uno se relaciona con fuentes que no están acostumbradas a tratar con los medios, y vas a entrevistar a alguien por primera vez y es su primera entrevista, no tiene por qué conocer el lenguaje ni saber qué significa *off the record*. Tú tienes que explicarle: «Voy a publicar la información, pero su nombre no va a aparecer» o «Simplemente voy a usar su información como contexto», dependiendo del caso en el fondo. El ciudadano común no sabe lo que es *off the record*. Eso es ser justos. Por último, que la persona tenga en claro cómo es su relación contigo y cómo van a presentarse [sus declaraciones] al final.*

Con el panorama claro, insistir en que algo pueda pasar de *off the record* a *on the record* podría figurarse como

una opción, tal y como propone Milagros Salazar¹², reportera peruana con más de veinte años de experiencia y fundadora de Convoca, un medio dedicado al periodismo de investigación y de datos. Ella contó que aun cuando el entrevistado le indica que la entrevista es *off the record*, intenta negociar sobre la marcha si una parte específica de lo conversado puede ser mencionada en la publicación:

Igual [podría] decirle en el momento [de la entrevista] «De todo lo que has dicho, [que] entiendo que es off the record, esto y esto sí me interesaría citarlo (o esto sí me interesaría utilizarlo o profundizar). ¿Hay problema [con] que pueda mencionar el asunto?».

También le ha pasado advertir, durante la escritura de la nota, que si no colocaba aquel dato obtenido *off the record*, lo escrito carecería de sentido; entonces ha optado por probar llamar de nuevo a la fuente e intentar negociar la reserva de aquella parte.

O también me pasa que me dieron información off the record y cambiaron las circunstancias políticas y vuelvo después para decir «Ahora creo que te convendría salir: ¿qué tal, sales?». Entonces me dicen «Ya, está bien, que sea como una entrevista».

Contextos en que se vuelve un pedido recurrente

Desde otra realidad, la fundadora de Efecto Cocuyo, Luz Mely Reyes, señaló que el pedido del *off the record* es muy recurrente en Venezuela, y que esta situación suele obstaculizar el ejercicio periodístico:

Eso dificulta mucho, el hacer periodismo con fuentes que no quieren dar la cara. Usualmente son fuentes que piden borrar el nombre, no se atreven a salir e incluso cuando estás en re-

12 Entrevistada por la autora el 28 de mayo de 2014.

dación y piensas citarlos acerca de algún hecho, estas fuentes evitan hacer algún pronunciamiento. (...) eso le resta credibilidad [a la publicación] porque el periodista sabe que la fuente le habló, pero luego no se sabe quién es la fuente.

El reportero Carlos Eduardo Huertas, director de la plataforma de periodismo transnacional Connectas, compartió su experiencia en un clima colombiano de similar secretismo:

Siempre estás protegiendo identidades. Entonces cuando llegas a alguien y esa persona te pregunta «¿Y usted cómo llegó conmigo?» o «¿Por qué me llama a mí?» o «¿Cómo supo de mí?». Y mi respuesta tradicional es: «No sé, he hablado con muchas personas. Y alguien pensó que usted podía tener alguna información. Y seguramente así como usted me dará unos nombres, me dirá también que no diga que fue usted quien me los dio». Entonces la posición es no decirle de dónde obtuve su nombre. Y eso, que es una respuesta un poquito árida, que la gente no espera, termina dándole confianza, porque la gente se da cuenta de cómo actúa uno. Se da cuenta de que esa persona, asimismo, puede dar una información porque, frente a otra persona, uno seguramente va a responder lo mismo.

En el manejo de la escalera de matices que puede adquirir el *off the record*, la clave estaría en cultivar la prudencia como parte de nuestro estilo de trabajo. Y esto suele ser una toma consciencia que llega con los años. Aquí la experiencia de Alejandra Xanic:

Me he vuelto más cuidadosa que antes. Ahora soy más vigilante de mí misma. Cuando estás en una entrevista a menudo es útil decirle a la fuente que alguien más dijo algo, porque vas construyendo un argumento o dando pie para que el otro contradiga

o aporte o debata. Tienes una reacción y vas construyendo el tema, poniendo ladrillos.

Pero eso puede ser a veces muy complicado. Entonces trato de ser muy vigilante sobre cuándo puedo mencionar a alguna fuente y estoy procurando cada vez hacerlo menos. Es algo que yo hacía. O sea, no mencionaba a alguien con quien había acordado que no lo citaría o que no le mencionaría a nadie que he hablado con él (cuando yo acuerdo con alguien que no voy a mencionarlo, no lo voy a mencionar ni voy a decirle a nadie que hablé con esa persona). Pero aun con la gente que he hablado en on the record, me fui haciendo mucho más juiciosa de cuándo los menciono en las entrevistas, porque me doy cuenta de que yo me voy de esa oficina y las cosas cobran una vida. Y yo no quiero que las fuentes tengan un impacto porque yo comenté aquello que ellos dijeron.

Cuando el reportero lo propone

Por su parte, Hugo Alconada compartió cómo a veces en situaciones de riesgo, prefiere ser él quien decida si lo más seguro para esa fuente es el *off the record*:

Incluso parece de locos, pero yo termino frenando a personas que quieren hablar conmigo con record, con nombre y apellido. Y el que lo frena y le dice «No lo hagas, hablemos sin el record», soy yo. En realidad debería ser al revés: «Hablemos con el record, es lo mejor que podríamos hacer». Pero no, es al revés. Porque yo sé de las consecuencias que podría acarrear a esa persona el hablar con el record, esa persona no lo sabe; y por una cuestión de protección, aun cuando ni siquiera se lo imaginan, varias veces he puesto off the record cuando era gente on the record.

En el caso de familiares de desaparecidos, la mexicana Marcela Turati contó que algunos de los que aceptan dar

la entrevista, lo hacen pero sin decir sus nombres ni lugares. Un vacío que podría cubrirse en caso de que una organización, una ONG por ejemplo, les haya dado soporte, sea legal o emocional, y que conozca de primera mano lo que vivieron. No para obtener los datos y publicarlos sin consentimiento, sino para tener la tranquilidad de que la información está verificada.

Posibles usos engañosos

Como vimos, en Colombia es común que las fuentes pidan la reserva de la identidad. Ignacio Gómez contó que respetar estos acuerdos ha sido una norma para él desde el comienzo de su carrera; pero que en ella ha visto también cómo no todas las fuentes que piden el *off the record* lo hacen por motivos de seguridad, por lo que habría que analizar detenidamente la validez de sus razones. «Creo que ese tipo de fuentes misteriosas son buenas para hacerle a uno una "historia", para armar un complot contra la historia investigativa, pero que realmente tienen siempre un valor muy inferior frente a lo que son los descubrimientos gruesos».

La periodista peruana Milagros Salazar sumó un ejemplo a lo expuesto por Gómez: «También pasa que te dicen "[Es] *off the record*" avanzada la entrevista y esa es otra situación. (...) En realidad debería decir de aquí en adelante" [es *off the record*]». Ella contó que en esos momentos procura no ser tan inflexible, pero apuntó a la vez lo siguiente:

[El off the record se usa] cuando realmente está en peligro algo del trabajo, y tú lo entiendes y ves que es verdad y encuentras razones válidas, pero no como una coartada para el periodista

de parte de alguien, como un secreto de confesión. Como si te lanzaran una información y después quisieran cubrir lo demás para invalidarlo o decirte «No lo puedes [publicar]». Ahí tú lo notas. Y yo le diría al funcionario «Lo siento. Usted me dijo de aquí [en adelante recién]. Todo lo demás va a tener que ser consignado, pues usted sabía que era una entrevista con un periodista, no una charla en un café».

Como en cualquier etapa de la relación, estar alertas a los intereses detrás de la información resulta clave para preservar el objetivo de llegar a la verdad.

EL LUGAR DE REUNIÓN

«¿Qué tan importante crees que es la elección del lugar?», les pregunté a los reporteros. «Fundamental, es fundamental», respondió el argentino Hugo Alconada. Y la mayoría coincidió con él. Acordar el lugar de la entrevista con anticipación es lo usual en el periodismo de investigación, y cuando podemos elegirlo nosotros, por lo general tomamos en cuenta qué tipo de fuente es y cuál es el objetivo de la reunión.

Cuando se prioriza la comodidad del entrevistado

A ello, Alconada agregó:

Yo, por lo general, lo que suelo hacer es dejar que la persona elija: siempre que la persona juegue de local. Y si no es de local, en su oficina o en su casa, lo que sea; que esa persona determine el lugar donde quiere reunirse conmigo. No me importa (y me ha ocurrido) tener que viajar tres horas en auto para una reunión de veinte minutos, para volverme tres horas en auto. A mí me da igual. Yo lo que necesito es que la persona se sienta en confianza. Si la persona, en definitiva, cuando yo me voy a juntar con ella, no sabe si alguien le está sacando fotos, no sabe

si alguien lo está filmando, no sabe si es una trampa, va a estar más preocupado por eso que por hablar conmigo. Entonces yo prefiero lo contrario: «Elegí, ¿dónde querés que nos veamos? ¿Qué día? ¿A qué hora? Listo, ahí voy a estar». (...) Yo no tengo problemas en jugar, en términos futbolísticos, de visitante.

En el mismo sentido, la mexicana Alejandra Xanic aportó sus reflexiones al respecto:

De pronto hay entrevistas que más vale hacerlas donde no estén tan cómodos. O entrevistas en las que quizás lo que te conviene es hacerlos caminar, porque están menos conscientes de sí mismos o se aligeran un poco. Es bueno improvisar un tanto al momento de hacer las entrevistas, cómo las ejecutas. Pero sí pienso mucho el lugar. No siempre hay mucha posibilidad en México, porque en el caso de los funcionarios públicos, son ellos los que ponen las reglas. Me cuido mucho de que no sean lugares muy ruidosos o que no sean lugares muy cercanos a su lugar de trabajo, y que no sean vistos por algún colega que pueda implicarlos en algún problema. En todo caso, cuido que sean lugares donde ellos no sientan ruido que afecte lo que me puedan decir o compartir acerca de su posición.

En esta lógica, las malas cafeterías también tienen su lugar, según propuso Ignacio Gómez:

Yo tengo mis sitios especiales para reunirme con fuentes: una mala cafetería en un buen centro comercial. Hay que saber cuál es la mala cafetería porque es en la que uno va a pasar más desapercibido. Si uno va a la mejor cafetería, todo el mundo va a estar allá y van a decir: «¡Oh, mira!» Encontrar sitios prudentes que, al mismo tiempo, hagan sentir a la persona que está rodeada de público y que además tiene intimidad, que puede hablar tranquilamente, que no lo van a venir a matar por detrás mientras está charlando, que sería un lío en un centro comercial.

Por su lado, el experimentado periodista argentino, Daniel Santoro¹³, aconsejó: «Es preferible, cuando una fuente no te conoce, (...) no citarla al diario ni cosas así porque se va a asustar». Sin embargo, el espectro es amplio. «Me ha pasado que hay gente que prefiere venir acá [al medio] porque quiere ver cómo es el lugar donde trabajamos y para dar una entrevista fuera de su lugar de trabajo, pues siente miedo de que lo vean», contó la reportera chilena Francisca Skoknic.

El formato televisivo plantearía además otras demandas. La periodista Carola Fuentes compartió su experiencia con *Chicago Boys* (2015), un documental que dirigió junto con Rafael Valdevallano y que por primera vez dio voz a los creadores del modelo económico neoliberal instaurado en Chile durante la dictadura de Augusto Pinochet:

Como lo que yo hago es televisión, siempre tengo que buscar un lugar audiovisualmente atractivo, y eso a veces a los entrevistados puede complicarles. Entonces a veces uno tiene que ceder, y a veces eso afecta al producto televisivo, es más complicado. (...) Cuando hice las entrevistas de Chicago Boys me habría encantado llevar a las fuentes a un lugar más bonito, más ceremonial, mejor iluminado. Pero ahí mandaba el entrevistado y yo tenía que acogerme a las condiciones que ellos pusieran, y si había una contraluz tratar de evitarla. Pero no podía impedirlo.

En este formato, el periodista afronta un doble desafío: preocuparse por la comodidad del entrevistado y por que el ambiente sea visualmente atractivo para el público.

Cuestión de seguridad

Desde un contexto muy particular, Marcela Turati co-

13 Entrevistado por la autora el 17 de marzo de 2014.

mentó el caso de las víctimas de la violencia generada por el narcotráfico en México:

(...) [Nos reunimos] a veces en mi oficina, o afuera del metro o dentro del metro, sin que nos vean; [o cuidando] que no van (sic) a seguirnos, si es peligroso para mí. (...) o donde los encuentre, nomás que no nos vean si es que están amenazados, o nos vemos en las organizaciones [en las ONG, por ejemplo] porque no todo es peligroso, solo es platicar.

En Venezuela, la realidad política implica que otros aspectos, además de la comodidad del entrevistado, sean evaluados al decidir el lugar de la entrevista. «Son juegos de poder en los que uno va cediendo o va ganando espacios con las fuentes», sostuvo Emilia Díaz Struck:

Depende mucho del tipo de fuente a la que uno vaya a hacer la entrevista, porque si son fuentes complicadas o que implican algún riesgo personal para el entrevistador, es preferible no ir solo a la entrevista y buscar una locación pública que disminuya el riesgo del encuentro. En ese caso se busca un lugar público.

La también venezolana Luz Mely Reyes coincidió con Díaz-Struck:

Solo si es una fuente confidencial, que no está involucrada, tú vas al sitio donde a esa fuente no la vea todo el mundo; pero si hay una fuente que parece que está involucrada en un hecho o en la investigación que estás haciendo, yo prefiero que sea en el periódico, en el medio donde yo trabajo.

Por su parte, Carlos Eduardo Huertas, de Colombia, aportó otro consejo para aquellos casos en los que esté en riesgo la seguridad del reportero:

Es decisivo no solo el lugar, sino el trabajo en equipo. Es fundamental que alguien sepa dónde estás reunido, con quién estás

reunido, cuál es el contacto. Todo depende de lo compleja que sea la situación. A veces hay circunstancias en las que, por una dificultad tecnológica, tú estás totalmente aislado por periodos largos. Entonces tienes que tener algún tipo de contingencia para que la situación no se pueda salir de control. De todas maneras el periodismo es una profesión que se expone mucho. Y uno debe aprender a calcular esos riesgos, para decidir si tomarlos o calcular cómo los vamos a tomar.

Pero ahora revisemos una arista muy diferente.

CUANDO OCULTAS QUE ERES PERIODISTA

De joven, el alemán Paul Schaefer Schneider fue enfermero de los batallones de su país en la Segunda Guerra Mundial. Tras la derrota de Hitler, se desempeñó como consejero de jóvenes desde una iglesia cristiana evangélica, la misma que abandonó tras acusaciones de abusos sexuales a menores. En 1964 llegó a Chile y fundó un enclave de inmigrantes alemanes llamado Colonia Dignidad, hoy Villa Baviera. Allí todos vestían ropa tradicional alemana, hablaban alemán y debían lealtad completa a Schaefer. Parecía una aldea germana de fantasía, y a su vez un Estado dentro dentro del Estado.

Investigaciones de Amnistía Internacional y de Informe Rettig confirmaron que el enclave fue utilizado por la policía secreta chilena (DINA) como centro de detención y tortura durante la dictadura de Augusto Pinochet. Diversas denuncias sobre pedofilia, homicidio calificado, abusos y torturas fueron presentadas contra Schaefer durante los años noventa, tras el fin de la dictadura; pero el alemán logró huir de la justicia en 1997 y se convirtió en un símbolo de la impunidad en el imaginario chileno hasta

2005, en que fue capturado en Argentina. Su captura fue posible gracias al trabajo de investigación de un equipo periodístico del programa Contacto, en que Carola Fuentes y Gustavo Villarrubia fueron las piezas clave. Un caso periodístico que sin duda impresiona y que resulta importante analizar por diferentes razones. La primera, para entender cómo y por qué los reporteros decidieron presentarse ante sus fuentes sin decirles que eran periodistas. Veamos.

La primera pista sobre el paradero de Schaefer la dio el abogado Hernán Fernández, quien tiempo atrás había colaborado con la reportera en la investigación del caso de la red de pedofilia Paidos.

— ¿Crees que se puede encontrar a Paul Schaefer? — recuerda Fernández que le preguntó Fuentes.

— Sí, pero es muy difícil — le respondió el abogado.

La última pista que se tenía del alemán era que se había fugado a Argentina, donde la policía tampoco había podido encontrarlo. Dos horas antes de partir a Buenos Aires, el abogado trajo unos datos más apuntados en una libreta. Fernández tenía la pista de que Schaefer podía estar en Chivilcoy, un pueblito al sur de Buenos Aires; y además había obtenido un nombre, el de Peter Schmidt, también ciudadano alemán y seguridad de Schaefer desde Colonia Dignidad. Con estos y otros pocos datos más en mano, viajó junto con Carola Fuentes y el camarógrafo Raúl Castillo.

Al llegar, la periodista llamó a un familiar suyo que vivía en Buenos Aires y le preguntó cómo era Chivilcoy. Le respondieron que era parecido a Parral, la comuna donde Schaefer había fundado antes Colonia Dignidad. «Yo recuerdo que ahí ya me empezó a latir el corazón», dijo Fuentes.

Las razones evaluadas

Antes de emprender el viaje, el quipo había decidido que mientras se buscara a los guardaespaldas de Schaefer, ellos no revelarían que eran periodistas. Gustavo Villarrubia, quien se sumaría luego al proyecto, explicó cómo se evaluó el tema:

(...) No se cuestionó en ningún momento el que esto solo se podía hacer por cámara espía y sin revelar la identidad del periodista en terreno. ¿Por qué? Porque sabíamos que ellos eran expertos en seguridad, eran expertos en armas, eran gente que tenía un pasado delictivo, delictuado, muy oscuro aquí en Chile. De hecho hay varias personas de Colonia Dignidad que hoy día están pagando con cárcel torturas, secuestros; entonces se sabía que era gente muy peligrosa.

Al llegar a Chivilcoy, Fuentes, Castillo y Fernández localizaron la única tienda de motos y motonetas del pueblo. El dueño, Carlos Calandrino, atendió a Carola Fuentes. Ella le dijo que era de origen alemán, y él, por su parte, le contó que había otros alemanes en el pueblo, que estos hacían quesos, y hasta accedió a trazarle un mapa para indicarle dónde quedaba La Solita, la hacienda en la que vivían. Ellos decidieron partir a seguir la pista. Tras varias horas de búsqueda por la carretera no encontraron la casa de los alemanes ni ninguna información relevante. Decidieron intentarlo de nuevo al día siguiente; pero antes, esa misma noche, volvieron al centro de Chivilcoy a observar de lejos la tienda de motos para idear con qué excusa podrían volver a acercarse mañana a Calandrino.

Mientras observaban, llegó un auto a la tienda y un hombre se bajó de él. Con el zoom de la cámara pudieron verificar que el número de placa de ese auto coincidía con

el que sabían vinculado a los guardaespaldas de Schaefer. Minutos después vieron al hombre entregarle un queso a Calandrino. Su rostro, además, era muy similar al de Peter Schmidt, según las fotos que tenían. Esperaron su partida y decidieron seguirlo.

Por la autopista, Fuentes iba tras ellos y manejaba siempre dejando un auto entre medio. Pero el seguimiento se complicó cuando el auto del alemán dobló hacia un camino de tierra muy oscuro y en que solo podían guiarse por sus luces de freno. En el trayecto, los reporteros fueron contándole a la cámara si veían una roca grande o un árbol en los márgenes de la pista, alguna señal que les ayudara a reconstruir la ruta al día siguiente. Por un momento perdieron al auto de vista; pero un rápido juego de luces les advirtió que estaba por entrar a una casa. Y en cuanto Fuentes y sus compañeros se estacionaron frente a las rejas, el sonido de la cámara se acopló y dejó de grabar. Entendieron que algún dispositivo de seguridad instalado en la hacienda realizaba el bloqueo.

Al día siguiente, decidieron arrendar una avioneta y sobrevolar el área de la hacienda La Solita. Descubrieron que su distribución era muy parecida a la casa de Schaefer en Colonia Dignidad, y supieron que iba a ser imposible ingresar a esa propiedad sin que las medidas de seguridad no alertaran a los alemanes, y emprendieron el camino de vuelta al pueblo.

Ya en Chile, analizaron este primer avance y establecieron que necesitaban a un investigador a tiempo completo en Argentina. Le encomendaron, entonces, la misión al periodista Gustavo Villarrubia, cuya facilidad para generar empatía jugaría un rol clave durante los meses de investigación que faltaban recorrer. Él contó lue-

go, a Canal 13 (Chile), cómo habían pensado su ingreso a Chivilcoy:

Por lo tanto, lo primero que se intentó fue hacer un personaje ficticio, un sociólogo italiano que estaba investigando el origen de las familias italianas en esa zona de Argentina, donde hay mucha gente de origen italiano. Entonces partimos y ya nunca entré como periodista allí, al lugar, sino que entré como sociólogo italiano y con cámara espía. O sea nadie sabía que yo los entrevistaba, la mayoría de las conversaciones las grababa y las grababa con el fin de que... Nosotros trabajamos para tele, por lo tanto, sin imágenes no hay reportaje ¿no? (...) Fue un año en este seguimiento, entre idas y venidas. O sea, estaba diez días, me iba, volvía diez días más, y así. Y en todo ese tiempo se grababa y se grababa.

(Canal 13, 2005)

En el camino, fundamentalmente fueron dos personas las que ayudaron a Villarrubia durante su estadía en Chivilcoy: Carlos Calandrino y Hugo Placente, este último vivía en un terreno colindante con la hacienda La Solita. El primero era amigo de los alemanes y el segundo era más bien muy crítico del estilo de vida de estos. Con él vivían empleados suyos que habían tenido contacto con alemanes. Un día, uno de estos, Felipe, llegó en su motoneta a visitar a Damián, empleado de Placente. Villarrubia estaba allí y lo animó a que invitara al alemán a tomar algo en su casa. Allí el reportero tuvo que echar a andar todo su ingenio para generar una conversación casual que invitara a Felipe a revelar información personal, como su verdadero nombre. Y el reportero de Contacto debió ocultar su emoción mientras iba confirmando uno a uno los datos que tenía recopilados sobre este guardaespaldas de Schaefer.

Luego de varios intentos fallidos -inclusive una

infructuosa incursión del reportero en La Solita-, Felipe volvió a la casa de Damián, y en otra conversación, mencionó que él conocía a una persona muy mayor que había tenido problemas al corazón pero que ahora estaba muy bien. En ese momento Villarrubia tuvo la certeza de que Schaefer estaba en La Solita, conocía que él tenía problemas cardíacos crónicos, según un reporte médico al que había accedido su compañera Carola Fuentes.

Lo que siguió fue hacer contacto con la policía argentina. Sentían el objetivo muy cerca y tenían claro que ellos, como periodistas, no podían llevar a cabo solos esta última etapa, y que mucho menos era su rol efectuar la captura. En este interín, Schaefer y sus guardaespaldas salieron de La Solita. Sin embargo, ya involucrada en el trabajo investigativo, la policía argentina logró establecer su posible nueva ubicación: otra casa también cercana a la capital. Carola Fuentes, en Santiago, fue informada de ello y sin más cogió el primer vuelo a Buenos Aires. Estaban por culminar trece meses de investigación periodística.

Permiso para publicar lo registrado

Decenas de efectivos cercaron la casa, y los periodistas del programa Contacto también estuvieron allí. Juntos esperaron por más de un día la orden judicial de allanamiento que les permitiera ingresar a la propiedad. Por fin adentro, el oficial que dirigía el operativo pidió de pronto que la reportera chilena se acercase para que viera lo que había encontrado en una de las habitaciones. La periodista, al llegar a la habitación, bajó la cámara por unos segundos debido a la sorpresa: Paul Schaefer yacía en una cama, consciente de que había sido atrapado.

El objetivo se había cumplido, pero ¿cómo contarle

a la gente ahora la historia de ese logro? ¿Cómo, si durante trece meses casi todas las imágenes habían sido tomadas sin consentimiento? Lo explicó Gustavo Villarrubia.

Cuando cae Schaefer, claramente para usar esas imágenes nos parecía que debíamos ir a avisarles a estas personas que habían sido grabadas. Yo recuerdo que Schaefer cae cerca de Buenos Aires y esto [Chivilcoy] está a 165 kilómetros. Schaefer cae y el tema empieza a salir en todos los medios argentinos, con un operativo de Interpol habiendo atrapado a este hombre tan buscado. Por cuarenta años estaba siendo buscado [desde su salida de Alemania]. Yo viajo entonces de Buenos Aires a Chivilcoy, y en ese trayecto iba pensando cómo iban a aceptar estas personas que yo, de la noche a la mañana... O sea, en un minuto le iba a decir: oye, en realidad yo no era un sociólogo italiano, en realidad yo estaba siguiendo a esta persona y soy periodista, los grabé a ustedes, y quiero pedirles autorización. Y lo peor de todo esto es que yo no contaba con las imágenes que tenía de ellos, o no todas las imágenes. ¿Por qué? Porque yo había estado grabando en cada viaje, o sea esas imágenes se quedaban en Chile, por lo tanto yo no tenía imágenes ahí para decir: oiga, me autorizan a usar, esta, esta, esta, esta imagen y mostrarle.

No tenía eso, por lo tanto era algo complicado. Pero para sorpresa mía, fue realmente increíble que llegué, expliqué a unos, expliqué a otros y todos tuvieron la misma reacción. No hubo ninguna persona de las que salieron en el reportaje con imágenes grabadas con cámara espía, que se haya asustado, que haya dicho: «No, por qué no me avisaste o por qué», o «No yo no quiero que salga mi imagen». Al contrario, la reacción fue muy unánime de: Ah no, sí, te entiendo perfectamente, ¡cómo ibas a decir que eres periodista! O sea ellos se ponían en ese plano, diciendo claramente: si hubieras dicho que eres periodista, po-

siblemente hoy día yo no te hubiera recibido. (...) Para ellos era muy lógico que yo no les hubiera dicho que era periodista, súper lógico. Y hubo otro caso, que también me llamó mucho la atención, eran otros vecinos que también los había grabado harto y ellos me dijeron lo siguiente: «Qué suerte que nunca nos dijiste que eras periodista y que estabas investigando este tema, porque estos tipos eran peligrosos. Entonces si tú nos hubieras dicho eso, nos hubieras asustado mucho». Y era como: «Gracias por no decirnos que eras periodista y que nos estabas investigando». Fue realmente... una reacción de verdad buenísima; o sea, no solo aprobaban las imágenes que yo les había tomado y que fueron usadas, sino que me daban gracias por el hecho de no haberles avisado a ellos que estaba detrás de estos alemanes peligrosos, y que yo estaba grabando todo con cámara espía.

Consideraban que avisarles hubiera significado ponerlos en riesgo...

Sí, así lo interpretaban ellos y así lo interpreté yo también desde el momento en que esas personas no son actores... Ni sabes cuánto tú puedes guardar un secreto o cuánto le favoreces tú diciéndole algo a ellos. Se pueden complicar ellos mismos. Por su reacción, lo tomaron como algo muy normal, o sea [para ellos] eso tenía que haber sido así, no podía haber sido de otra manera. Sentido común.

Fueron alrededor de seis personas a las que el reportero tuvo que buscar rápidamente. La noticia de la detención fue dada por diferentes medios argentinos; pero solo uno chileno, el del programa Contacto. Fuentes y Villarrubia, por su parte, preparaban un reportaje sobre el proceso de investigación del paradero de Schaefer, que debía salir al día siguiente. Había que ser rápidos, sin dejar de priorizar el ser justos con los lazos de confianza

que había creado el reportero, incluso en una situación tan apremiante.

PROTECCIÓN DE LA INTEGRIDAD DE LA FUENTE

Pero hubo un momento durante esta investigación en que Gustavo Villarrubia tuvo que decidir entre resguardar la integridad de un familiar de una de sus fuentes y la continuidad de su investigación. Se trataba de la primera persona clave en el camino hacia los alemanes y quien le habló de la existencia de Hugo Cepeda: Carlos Calandrino.

Dilemas y decisiones rápidas

Llevaba alrededor de dos meses en Chivilcoy, cuando Calandrino le contó que en unas horas, por la tarde, iba a ir a visitar a los alemanes junto con su nieto:

El nieto tenía diez años y yo le pregunto (sic) si era muy común que fuera con su nieto. Y me dice: sí, va mucho, él es muy amigo de los alemanes. Nosotros estábamos siguiendo a una persona que había sido procesada por pedofilia, por casos de violación a menores. Entonces, cuando Calandrino me cuenta yo no sabía con qué frecuencia y si el chico iba y pasaba el fin de semana o no. (...) Estaba en ese dilema, ¿qué hacer?, ¿dejar que este niño los siga frecuentando con el riesgo de ser abusado y, como todos los niños de Colonia Dignidad, no atreverse a contar a los padres? Eso era al mediodía, y él me estaba diciendo que a las cuatro o cinco de la tarde iba a ir la casa de los alemanes. Entonces no tenía tiempo para discutir con el resto del equipo, y decidí contarle, efectivamente, quiénes eran los alemanes. Y lo llevo a un computador, ponemos Paul Schaefer y empiezan a aparecer todas las noticias de Chile, e incluso en alemán, en que se hablaban, y con fotos, de Paul Schaefer. Pongo los otros nombres que él conocía, Peter Schmidt. La reacción de Calandrino

fue tremenda, fue realmente terrible, la fisionomía de él cuando va leyendo y se va enterando... Cuando él termina de leer, él necesita parar un momento y me dice: necesito pensar sobre este tema. Fue muy honesto, me dijo que él no iba a decir nada a los alemanes. Pero con esa misma honestidad me dijo: «Para mí este ha sido un golpe muy fuerte. Entonces te pido que por favor me dejes fuera de esto y que no me visites más».

En ese instante, la investigación perdió al que había sido su principal soporte hasta entonces. En Santiago, Fuentes y la editora de reportajes de Canal 13, Pilar Rodríguez, se sorprendieron por la decisión unilateral de Villarrubia, sin embargo terminaron por entenderla. «Hay veces en que uno está solo y tiene que tomar la decisión en el momento», concluyó Fuentes, según consta en la revisión del caso que hizo la Universidad de Columbia. «Dijimos: "Está bien. Es Gustavo el que está en terreno, es Gustavo el que tiene los elementos de juicio"», recordó Rodríguez sobre su evaluación posterior (Universidad de Columbia, 2006). Villarrubia tenía y tiene muy claro el panorama:

Yo creo que si, en este caso, Calandrino no hubiese respetado [su palabra] y le hubiera contado a los alemanes. Pero se trataba de salvar la integridad de un niño; yo no me recriminaría nada. Si era por salvar la integridad de un niño, lo veo totalmente válido. Uno es humano, uno no es una máquina; entonces uno siempre está pendiente de las cosas que pueden hacer un daño. Cuando hay un daño a terceros, evidentemente yo no puedo permitir eso. Si yo estoy haciendo una investigación en la cual sé que se está cometiendo un delito, yo debo informarlo a las autoridades competentes para que eso no ocurra. Y si eso hace que mi investigación no llegue a buen puerto, pero con eso detuve que ese delito

se estuviese cometiendo, creo que ese es el objetivo de cualquier periodista que hace investigación, ¿no?

Desde luego que sí.

El caso de las víctimas de la violencia

La reportera mexicana Marcela Turati intenta analizar qué riesgos corren las personas al convertirse en sus fuentes, en zonas donde el narco tiene poderío. Sabe, y les dice, que no puede asegurarles que no van a estar en riesgo o que van a estar bien, porque con una conversación no puede conocer en profundidad sus casos.

La cosa es no querer tener por encima de todo la exclusiva. Eso no es lo importante, sino la gente. Esa es la prioridad, y que la gente no sea victimizada. A veces a la mera hora (y me ha tocado en muchas entrevistas) hay que decirle a la gente que no lo vamos a publicar hasta que ellos no estén cuidados, hasta que ellos no tengan protección o hasta que ellos no estén vinculados con una organización que les vaya a proteger o que ellos no tengan un abogado, o cosas así. Porque pueden llegar muy desesperados y los pueden volver a victimizar. A mí me toca decirles: «¿Dónde vive? ¿Usted está denunciando al Ejército? ¿El Ejército está ahí? ¿Sí o no? ¿Qué cree que pueda pasar? ¿Ya habló con los demás miembros de la familia?». Porque muchas veces alguien se desespera y no lo habla con los otros y cosas así. Muchas veces yo pienso que soy la anti notas exclusivas, porque yo misma le digo a la gente: «Le pongo su testimonio, pero pensemos el mejor momento para publicar y pensemos en qué momento va a salir menos afectado, o cuando usted ya haya huido o cuando ya tenga algún tipo de cobertura».

A veces así tiene que ser, a veces así se hacen las cosas; primero resuelven ellos incluso todo el problema, y ya se publica cuando pasó. Porque está en riesgo su vida y al primer impulso no se

dan cuenta. Hasta que lo platicamos y reconocen que la mitad de la familia no quería que salgan en la entrevista y que tienen muchas cosas que perder. Así es con estos casos.

Luz Mely Reyes, por su parte, compartió algunos detalles desde el contexto venezolano. «En la protección de la fuente está lo básico: saber los números telefónicos de memoria, y creo que es importante no tener nada en papeles ni en un ambiente en que puedan investigar algún tipo de conexión con esa persona». Mencionó también el cuidado de las comunicaciones vía Internet: prefiere intercambiar información a través de un correo electrónico, del que tanto ella como la fuente sepan la clave, y entonces dejar la información o los documentos en borrador, sin enviar, para evitar el rastreo de los correos.

Cuidado en las redes sociales

Alejandra Xanic brindó también sus recomendaciones, pero desde otros escenarios: Facebook, LinkedIn y Twitter.

Algo que ahora me llama la atención, porque para mí es novedad, es el tema de las redes sociales. Yo he sido cuidadosa para proteger mis fuentes, entonces trato de citarlos en lugares donde creemos que no es posible que se encuentren con otras personas. En Teotihuacán, por ejemplo, trataba de no estacionarme cerca de su casa o de no ir siempre en mi carro para que no digan «ahí está la reportera estacionada frente a la casa de fulanito». Trataba de ser cautelosa con cosas así. Pero ahora descubro que me piden que los dé de alta en LinkedIn y quieren ser amigos en Facebook y es muy gracioso, porque he estado mandando mensajes de «No quiero ser grosera, pero yo me comprometí a cuidarlo a usted. Si lo meto en mi red en LinkedIn, alguien va a adivinar que usted me dijo algo». Es muy curioso. Ahora hay que tener

mucho cuidado con las redes sociales, uno puede descubrir con mucha facilidad una fuente.

¿Y qué te dicen?

Uno reaccionó como no entendiéndome muy bien. «Pero yo prometí decir que no hablaba con usted». Alguien que conoce un poco la historia, va a atar cabo con rabo y va a decir: «¡Ah!». Entonces hay que ser muy cuidadosos con las redes sociales; en Twitter por ejemplo: a quién seguimos y quién nos sigue, porque es muy fácil ahora descubrir a aquellos que querían ser protegidos.

En la misma línea, el periodista de *La Nación*, Hugo Alconada, contó que, si el caso lo amerita, suele dar pautas mínimas de protección, que le ayuden a la fuente a mantener en secreto su colaboración. Por ejemplo: cómo efectuar las llamadas telefónicas y correos electrónicos, cómo moverse una vez que se publica el informe, y qué decir y qué no en caso le pregunten si estuvo colaborando con él. El reportero prefirió no detallarlas.

AMISTAD Y FUENTES

Hacer que una fuente se convierta en tu amiga o que un amigo se convierta en tu fuente es ingresar a un terreno complejo: ese fue un consenso entre los entrevistados, y por eso lo evitan, como quien se aleja de un peligro. Emilia Díaz-Struck lo explicó así:

Mezclar una cosa con otra puede llevar a dos riesgos: uno, pierdes la amistad porque después de que publicas se enfrían las cosas; dos, puedes generarte un conflicto al momento de escribir la nota, porque si existe una afinidad... las relaciones no son blancas ni negras.

Este podría ser un agravante que le reste claridad al re-

portero al momento ponderar las aristas de un bien público como la información periodística.

Cómo evitar el terreno pantanoso

«¿Te ha pasado que algún amigo tuyo pudo ser tu fuente?», le pregunté a Alejandra Xanic.

En cierto sentido, me ha pasado que podría ser mi fuente, pero no lo hago. Como son aguas en las que no me siento segura, y como no soy amiga de mis fuentes, tampoco quiero que mis amigos sean mis fuentes. Entonces no le entro. Así como con mi fuente tampoco socializo, no voy a eventos, no acepto invitaciones y siempre estoy recordando que soy una reportera, no soy nada más, no soy amiga. Yo hablo de usted, siempre, es algo que me critican, pero que se explicaba cuando era más joven; ahora –ya canosa– me dicen háblame de “tú”, y me lo dice alguien tan canoso como yo. Y trato de seguir con el “usted” porque es una manera de estarle recordando que no soy su amiga y que solo soy reportera.

Pero a veces, aunque decidimos no mezclar los vínculos, los casos que abordamos nos exigen tomar medidas adicionales. «Si me tocara inevitablemente un tema en el cual un amigo cercano es la fuente necesaria, pues probablemente se lo pasaría a otro compañero. No es necesario que siempre sea el mismo periodista», dijo la reportera Francisca Skoknic y precisó que en ocasiones lo que sí ha hecho es consultar a amigos como una fuente inicial que ayuda a tener un primerísimo mapeo de cómo funciona el contexto del hecho a investigar (personas lejanas del terreno de los investigados e incluso de las que sería necesario citar en el reportaje). «Creo que te puede ayudar a entender algo súper general, pero yo habitualmente lo evito».

Qué hacer cuando los roles se cruzan

Carlos Eduardo Huertas, fundador de Connectas, ayudó a despejar dudas sobre este escenario, y su recomendación fue clara: asumir los dos roles en simultáneo sería un error, puesto que se estaría poniendo en riesgo, deliberadamente, la calidad de la ponderación de la información.

Si [tu fuente] se convierte en tu amigo, cambia tu rol. Lo legítimo es que tú te declares impedido para trabajar en ese tema. A todos nos ha pasado. No sé si a todos, pero es humano. Eventualmente uno encuentra simpatías ideológicas, de ver el mundo, hobbies, o es del mismo equipo de fútbol, y se establece una relación. Y si se cruza el lindero; pues se cruzó y entra en el ámbito personal. Y olvídate que vas a seguir cubriendo ese tema. El periodismo es una profesión de muy pocos amigos. Cuidar tu independencia implica un poco eso.

Desde Argentina, Hugo Alconada coincidió en la decisión de no mezclar los vínculos; pero precisó que a lo largo de su carrera, dos o tres personas dejaron de ser sus fuentes y se convirtieron en amigos. También contó cómo resolvió aquellos casos en que amigos suyos tenían algún vínculo con o eran parte involucrada de la investigación:

Dejabas muy clara tu elección de no convertirte en amigo de tus fuentes. ¿Pero alguna vez te ha pasado que un amigo tuyo ha podido ser tu fuente?

Hay un par de salvedades. La primera es que me ha ocurrido, dos o tres veces, que fuentes mías se terminaron convirtiendo en amigos. No amigos íntimos. Y el día que yo me retire de periodista, no me imagino que seguiría hablando con ellos. Y hoy por hoy no los invito a mi cumpleaños. Es decir, no es ese tipo de amistad. Pero sí son de esos que si los veo, nos damos un abrazo, «Eh, ¿cómo andas? Bien. Qué bueno verte otra vez.

¿Cómo está tu gente?». Eso sí me ha ocurrido con dos personas, tres personas en quince años. Es algo muy raro. Y sí me ha ocurrido lo contrario: de amigos, o incluso familiares, que en determinadas situaciones terminaron convirtiéndose en fuentes. Y es un problema. En eso lo que yo suelo decir o hacer es... Es muy desagradable, muy desagradable.

¿Por qué?

Lo que yo intento en esos casos, dependiendo del tipo de situación, si son fuentes anecdóticas o que han sido testigos, es un diálogo común: «Mirá, olvidate que soy tu amigo. Primera vez que nos conocemos. Decíme a mí lo que le dirías a un periodista, no a un amigo, y no te olvides que soy un periodista». El problema me ha ocurrido cuando un amigo, ya no familiar, pero un amigo, terminó como medio involucrado y en esos casos sí fue muy incómodo. Las amistades quedaron resentidas. Y en esos casos, uno de esos diálogos lo empecé diciendo algo así como «Vos hasta ahora me considerabas o nos considerábamos amigos. Quizás no superemos esta conversación, pero quiero que sepas que a su vez soy periodista y tengo presunción de mala persona. Y vengo aquí como tal, como periodista, y necesito hablar con vos». Y el diálogo resultó muy incómodo para los dos.

Y entonces, ¿no has tratado de pasarle el caso a otro periodista?

En esos casos no pude por una cuestión sencilla. Hay casos que son más cortos o que cuando comienzan a despegar y encontrás un problema así; se lo pasás a otro. Pero hay otros casos que son de largo aliento y estás en ese caso un año y medio... Al final eres el que tiene en la cabeza toda la información, el que tiene las piezas del rompecabezas, y si en ese momento tenés que delegarlo a otro periodista, él se muere: no tiene forma de "plancharlo". Y lo mismo es al revés: si a mí hoy me decís encargáte de un tema que ya lleva tres años de trabajo, ¡qué querés que te haga! Y en estos

casos, con estas personas, lo que me ocurrió es que yo ya venía caminando largo en las investigaciones y resultó muy incómodo.

En México, el país que bate récords en asesinatos de periodistas y donde el periodismo es un oficio de riesgo, no es difícil que un periodista en zona de peligro y amenazado se transforme en la noticia y, por tanto, en fuente de otro colega. Marcela Turati contó que en ocasiones le ha tocado entrevistar a colegas amigos, y que entonces ha intentado seguir los mismos los criterios que en cualquier otra entrevista:

Es una entrevista normal: igual cuidas que el otro no se pase, a veces le tienes que decir que está muy peligroso lo que dijo, que igual lo vemos, es lo mismo. (...) Por ejemplo, en Juárez hice una nota sobre (...) todo lo que rodea el ser un periodista en una zona tan violenta, y cómo olvidaron la dimensión de lo que están viviendo y cómo se acostumbraron a la muerte y sus bromas macabras. A veces me llaman y me dicen (sic) que se sintieron muy tristes al verse reflejados y que no están enojados, sino que se dieron cuenta de la dimensión [de sus acciones] cuando lo leyeron en mis redes [sociales].

EL PAGO POR INFORMACIÓN

«¿Cómo lidias con las fuentes que solicitan un pago a cambio de la información?», fue la pregunta que trajo reacciones enfáticas entre los reporteros entrevistados y también el recuento de anécdotas. El rechazo a haber comprado información en algún momento fue rápido y unánime. Las razones de fondo y su explicación sí requirieron un esfuerzo reflexivo mayor.

El trasfondo del rechazo

«No lo he hecho en mi vida ni lo he pensado hacer. Yo me

la pienso con los cafés...», dijo Alejandra Xanic, y prosiguió: *Entro en conflicto, sufro auténticamente en una cafetería como esta, porque en México siempre tengo que disimular que voy al baño para ir a pagar la cuenta, ya que un varón nunca te deja pagar la cuenta. No hago entrevistas en comidas porque sé que no hay manera de pagar yo, y se vuelve todo un tema que escala a lugares que no me gustan: «Señores, es mi trabajo, gracias, pero no puedo aceptarlo». Entonces si no lo puedo resolver ni con el café, imagina.*

Creo que el reportero lo tiene que lograr con sus herramientas de convencimiento; es decir: «¿Por qué es importante que esto se sepa? ¿Por qué es importante que usted confíe en mí? ¿Por qué es importante que lo comparta?

(...) Nosotros establecemos relaciones de confianza: yo confío que el otro me va a decir la verdad, o me va a decir su verdad o auténticamente lo que cree que pasó; y él confía que voy a tratar con justicia, que voy a recoger bien lo que me ha dicho. Es una relación de confianza y no veo por qué meterle pesos o centavos.

Alterar la naturaleza de la relación y hacer que dependa de algo ajeno a los lazos de confianza es, en concreto, el motivo de rechazo; y es lo que advertiremos también en las palabras de Carlos Eduardo Huertas:

Por ejemplo, en temas de relación con el poder, yo ni siquiera dejo que paguen las cuentas; por eso busco los lugares más económicos. Es muy curioso porque estoy con funcionarios del alto gobierno en un café cerca de mi casa, bastante popular, y sin duda un funcionario de esos no llegaría allí. Existía la cita, él quería hablar conmigo y yo puse el lugar donde yo podría pagar todo.

En su estilo, el periodista Hugo Alconada también contó cómo suele resolver este tipo de casos. Para él acep-

tar una dependencia de este tipo, la de pagar por información, significaría restarle credibilidad a su nombre:

Por lo general, otra vez, soy muy desagradable [en estos casos]. Nosotros no aceptamos, no pagamos y no hablamos en esos términos; básicamente, según cómo me lo diga la persona, me ha ocurrido decirle: «Nosotros no pagamos por información; sí le puedo decir de otros medios que sí le van a pagar por información. Yo no tengo problemas, vaya con ellos». Y le doy los nombres de los medios de comunicación. «Golpee la puerta de ellos. Buenas tardes. Adiós».

Lo que me ha ocurrido la mitad de las veces es «Bueno, bien, listo, no hay mucho más para hablar», y te lanzan dos datitos más para ver si te pueden tentar. «Usted sabe que lo que yo le puedo contar es sobre x persona en x reunión», a ver si vos decís: «Bueno, está bien, hablemos». Eso es la mitad de las personas, y la otra mitad es: «¿Sabes qué? Hablemos igual». Porque se jugaban a ver si funcionaba o no, pero en realidad lo que ellos quieren es que la información se sepa. Tenés esa mezcla: hay gente que quiere el dinero y hay gente que dice «A ver si consigo unos mangos. Y si va, buenísimo».

Nosotros no pagamos nunca. Y sí me han ocurrido situaciones un poco más desagradables, que invocan incluso mi nombre para decirte «No, no, yo estoy dándole una mano a Alconada, y por ahí podemos cobrar unos mangos». Es ahí, cuando una persona me ha dicho a mí «Yo estuve con tal persona y por ahí me dijo que [usted] me podía pagar», que yo levanto el teléfono delante de la persona que me lo ha dicho y al otro lo recontra reputeo, al que anda diciendo esas pelotudeces. En periodismo lo más importante que tenés es tu nombre, tu firma. Si esa firma, tu nombre, queda sospechado te jodiste. Lo único que tenés que defender a muerte es tu nombre. Con eso no se juega.

La comparación: el pago y el no pago

El periodista peruano Gustavo Gorriti, director de IDL-Reporteros, se inclinó también por evitar el pago por información, pero subrayó que la otra opción existe, que –por ejemplo– medios alemanes y británicos no tienen problemas en pagar por la cooperación exclusiva de una fuente, y que esta opción también tiene sus méritos:

El hecho de poder asegurar una exclusividad, lograr que con la cuestión del pago la persona en vez de darte a su discreción su tiempo y conocimientos, te dé absolutamente todo, colabore frecuentemente muchísimo más de lo que colaboraría de la otra forma, y te da un elemento de fuerza en la relación con la fuente. Repito, no obstante, que yo me inclino muchísimo más por la posición estadounidense, americana.

Subrayó también que pagada o no, la información siempre puede ser falsa, y que en cualquier caso los mecanismos de verificación y chequeo deberían estar presentes. Y además que de detectarse dicha falsedad, la única diferencia sería que en el primer caso, el periodista habría sido engañado y estafado; y en el segundo caso, engañado gratuitamente. Por otra parte, ante el argumento de que, al pagar por información, esta se aleja de su naturaleza de bien público y se convierte en una mercancía, su respuesta fue la que sigue:

La información es una mercancía cuando se publica, ¿no? Excepto que lo hagas gratis, que no vivas de tu trabajo. Realmente cuando tú estás vendiendo lo que haces, en un sentido es una mercancía. Claro, tú buscas que tu mercancía sea absolutamente honesta, que lo que dices es, que verificaste todo, que cumpliste con determinadas características, imparcialidad y todo eso. Pero te pagan por eso. Tu medio gana por eso y, en ese caso, ¿qué es

lo que está vendiendo tu medio? Publicidad e información. (...) Ahí es claramente una mercancía. Entonces quienes dicen que no, están vendiendo falsas virginidades.

Habló incluso del caso de los medios que brindan información sin ningún cobro de por medio a los usuarios, remarcó que también habría procesos económicos detrás de la producción de la información, en tanto se suele concursar por fondos otorgados por fundaciones internacionales, elaborar propuestas, presupuestos y competir. «Tampoco es una cosa químicamente pura (...)».

Es cierto que cuando la información se publica y se vende a los usuarios, se convierte en mercancía. Pero no lo hace durante el proceso investigativo, y es durante este tramo que los reporteros evitan su conversión en un bien de mercado. Veamos lo dicho por la periodista chilena Francisca Skoknic:

Ya es difícil lidiar con intereses. La gente cuando te habla muchas veces ya tiene intereses que no necesariamente convergen con los tuyos, intereses personales. Y ya administrar eso y poner en una balanza el interés periodístico y el interés de informar versus los intentos que realizan tus fuentes por guiarte a un lado o al otro es suficiente. Además, si pagas por esa información pierdes cómo controlar que no sea un negocio. Me parece que es importante mantener esa distancia.

Es decir, la preocupación está en el adicionar trabas a un proceso que de por sí es complejo, que implica lidiar con la subjetividad de otros, además de la propia, y en el que además está en juego algo que no es de nuestra propiedad sino que es un bien público y por tanto afecta a una comunidad.

El caso de los reporteros de investigación *freelance*

presenta matices importantes de resaltar. Si bien la información no se convierte en mercancía como parte de uno de los pasos del proceso investigativo; sí lo hace antes de concluirlo, en tanto el reportero sabe que solo recibirá una remuneración si su investigación culmina en hallazgos importantes y es publicada. Por lo general, el reportero *freelance* llega a un medio (con o sin fines de lucro) a ofrecer una investigación ya encaminada pero no culminada, por lo que queda abierta la posibilidad de no publicar aunque se hayan dedicado meses al trabajo investigativo. Una situación que requerirá una dimensión ética fortalecida del reportero para ser veraz y exponer la situación al editor oportunamente. Es quizá distinto el caso de los periodistas de planta de un medio. En el camino iniciarán varias investigaciones que no necesariamente lleguen a publicarse. Pero eso no alterará el que a fin de mes reciban un sueldo. Es el esfuerzo del proceso investigativo lo que en esencia se remunera.

En resumen, lo que los reporteros entrevistados buscan evitar es adicionar intereses en torno al tratamiento de la información. Y es cierto que esta se convierte en mercancía cuando se publica y se vende, o antes incluso, cuando el reportero *freelance* vende su investigación a un medio; pero no como parte de uno de los pasos del proceso investigativo. Esta reflexión de Skoknic puede ayudarnos a cerrar el tema:

(...) Es que al final es un tema ético. En el fondo, el periodismo debe tener motivaciones periodísticas y el periodista no puede transformarse en un mercader que compra la información. Y que si hay gente dispuesta a venderla se publica; y si no, no. Y quien tiene más dinero, tiene los mejores datos. Si eso funciona-

ra así, sería el fin del periodismo.

Gustavo Gorriti, por su parte, enumeró peligros parecidos, como la entrada a un mercado en que todo el mundo se esfuerce «por vestir su información lo mejor posible» para su cotización, y la gran desventaja de pertenecer a un medio con un presupuesto modesto frente a uno con mucho poder adquisitivo. «Yo, en principio, prefiero el [método] americano, eso ecualiza mucho más (...). Soy mucho más partidario de esa posición, pero la otra existe y tiene también sus méritos», afirmó. «Lo que yo no veo es la dificultad intelectual», dijo en referencia a la ejecución del proceso de verificación.

LA CONTRASTACIÓN CON LOS INVESTIGADOS

No es fácil pedirle explicaciones a alguien sobre sus errores. Sabemos que no será un momento grato para nuestro interlocutor, y que muy posiblemente será la fase investigativa que nos demande más esfuerzo anímico. Los reporteros afrontan este desafío de formas tan diferentes como sus personalidades. Veamos lo que nos dijo Alejandra Xanic:

Me cuesta trabajo confrontar; me demanda una energía que no sé de dónde sacarla. Esa parte que quizás otras personas sacan muy fácilmente y están salivando por el momento... Yo dudo tanto de mí y de lo que sé, que siempre estoy pensando «¿Y si me equivoco?, ¿y si me equivoco?». Y aparte es algo loco porque con la investigación de Walmart me di cuenta de cómo podía estar metida tanto tiempo investigando una sola historia. Y cada día, hasta el anterior a la publicación, encontrábamos nuevas explicaciones para las cosas. Las capas eran interminables, las explicaciones eran inagotables. Entonces eso me volvió más...

¿Escéptica de ti misma?

Pues de lo que uno puede llegar a saber. (...) Y, creo, que es un tema de carácter. Y es un tema de cuán segura puedo estar de lo que sé.

Para la reportera española Eva Belmonte también ha sido un desafío manejar este tipo de entrevistas, aunque por un motivo opuesto al de la reportera mexicana:

A veces tienes al frente a alguien que (...) está haciendo mucho mal a la humanidad. Pero tu labor para mejorar el mundo no es enfadarte con él y pegarle a gritos, sino lograr que diga algo que destape su negligencia, que destape la corrupción o que destape algo. Yo siempre he tenido mucho carácter. En determinadas entrevistas, lo que más me ha costado aprender en estos años es controlar mi carácter cuando decían algo que yo sabía que era mentira o [con lo] que yo sabía que estaba intentando manipularme.

En el mismo sentido, Carola Fuentes compartió su experiencia:

Creo que lo que más aprendí con el tiempo y la experiencia, lo que más valoro ahora y trato de transmitir a los periodistas más jóvenes que trabajan conmigo, es que lo cordial no quita lo valiente. En el fondo, yo he hecho muchas entrevistas con muchas fuentes. Y quizás al principio era más joven y era más soberbia o altanera y puedo haberme confundido y haber tenido una relación un poco menos cordial con algunos entrevistados en esos años en que era muy joven.

Hoy yo creo que puedo ir a entrevistar a la persona a la que esté investigando por los delitos más horribles que se puedan cometer, y eso no quita que yo pueda ser cordial, por un lado; y por otro lado, que les pueda dar la oportunidad de contarme algo que yo no sé. Y que eso eventualmente pueda cambiar incluso el

foco de mi investigación.

Esto último suele ser complejo de aprender para los periodistas de investigación, aunque lo hacemos con el tiempo. «No tengo nada todavía, me falta mucho, me han tumbado la historia», es lo que podríamos pensar al salir de nuestra entrevista «final» con el investigado, subraya Gerardo Reyes. Y en ese caso, él consideró precisa la decisión de no publicar, decisión difícil por el tiempo y el esfuerzo que hemos dedicado a la investigación: «Uno está tan pegado al hueso, mordiéndolo, que no lo quiere soltar. Y entonces se presenta el caso de los artículos que salen sin tener un peso probatorio ideal, porque la persona que fue confrontada desmintió o dejó sin piso lo que el reportero tenía. (...) Uno tiene que estar abierto a todo, o sea la ética comienza a funcionar desde antes de la entrevista [con el investigado]». Y agregó:

(...) lo que yo siempre recomiendo, hablando de estilo, es estar muy calmado. Hay reporteros que llegan muy armados a las entrevistas clave y ponen muy a la defensiva al entrevistado. Hay que darle a entender que uno está escuchando y, además, escucharlo. No solo darle a entender. Yo he tenido mucha suerte en eso, y creo que funciona mucho más así. Incluso he llegado a obtener más información de la que sabía por asumir esa actitud de «yo vengo a escucharlo a usted, vengo a escuchar su versión», no solamente por justicia sino porque necesito información. Y ahí muchas veces he salido con más de lo que tenía al entrar.

Claridad y cabeza fría

En esta etapa la falta de claridad puede tener consecuencias aun más delicadas que en otras fases. Carlos Eduardo Huertas compartió, con generosidad, una experiencia:

Me acuerdo que al comienzo de mi carrera tuve una situación absolutamente bochornosa, porque pedí una cita con una persona e intencionalmente no fui claro al decirle sobre qué quería hablar con él. Y cuando estaba con esa persona, pues no era tonta y me dijo: «Usted no me va a hablar de esto; usted me está hablando de otra cosa. Usted no fue claro conmigo. Si usted me dice para qué es, yo decido si lo atiendo o no». Lo cual me parece legítimo. Y fue un aprendizaje, pues eso no se podía hacer nunca más. La claridad en todo. Ser cuidadoso y ser honesto. (...) Entonces hay que actuar con mucho profesionalismo, con mucha seriedad, con mucha claridad. Y eso lo va ganando uno con la práctica.

Con la práctica y a través del error, que es quizá la manera más efectiva de aprender. Por otra parte, la mejor ayuda, en este tipo de entrevistas, no sería tanto tener una lista de preguntas, sino tener muy clara la interrogante de fondo, recomendó la reportera peruana Milagros Salazar: «¿Usted sobrevaloró cien millones de dólares entre tal y tal mes? ¿Sí o no?». Aunque no sea fácil plantearlas, consideró básico que se realice este tipo de interrogantes y agregó que uno puede decidir no plantearlas al inicio o enunciarlas de la manera más amable; pero que el reportero no debería concluir la entrevista sin haber planteado aquella pregunta de fondo. En su opinión, no hacerlo sería deshonesto, pues lo que se consigne en el informe no sería realmente la respuesta del investigado a la acusación central.

Es como que quieres llenar en tu texto la versión de la otra parte, pero te vas por la tangente. Quizás por temor puedes irte por la tangente, pero lo recomendable es que te armes de valor y que se lo plantees. Tiene que estar la pregunta de fondo, tiene que

estar. Yo me acuerdo y sí cuesta, porque es todo un aprendizaje; recuerdo que decía «Me va a botar de su oficina. Me va a decir esto y me va a botar». Si quieres dilo de la forma más amable, pero la cosa tiene que estar ahí. Uno no puede irse de ahí sin lanzar esa pregunta.

«Yo creo que eso es lo más importante: el respeto e ir al grano», concluyó Salazar.

La entrevista como performance

En cada entrevista, como en cada momento de nuestro día a día, asumimos distintos roles al interactuar con las personas. Pero, quizá sea en las entrevistas donde un reportero se vuelve más consciente de ello, porque se atraviesa una fase de preparación previa en la que se invierte tiempo, y aun más en el caso de las entrevistas de confrontación.

La investigación de los sobornos impartidos por Walmart en México —que logró documentar diecinueve casos de sobornos a distintos funcionarios públicos con el fin de facilitar la apertura de numerosas tiendas en el país— tuvo una fase de contrastación que es valiosa de conocer. Aquí la voz de la reportera mexicana Alejandra Xanic, que investigó el caso junto con David Barstow de *The New York Times*:

Fuimos muy teatrales y tuvimos que serlo muchísimo en cada entrevista. Hubo un caso, me acuerdo; nunca había hecho eso en mi vida, creo que nos pasamos seis horas planeando una entrevista.

¿Era una entrevista de confrontación?

Sí, y ensayábamos las preguntas, «¿Qué pasa si...?». Eran ensayos en voz alta de la entrevista. Muchísima estrategia, muchísimo pensar cada paso. David era el «cerebrito».

¿Y él también habla español?

No.

Entonces, ¿cómo caminaba el tema de la traducción?

Si la fuente hablaba inglés, los dos entrevistábamos al mismo tiempo. A veces yo hacía de reportera-traductora, entrevistaba por los dos y yo traducía. Y en algunos, porque convino más hacerlo así, hasta jugábamos un poco con el espacio: yo estaba un poco más al frente como la traductora y él estaba un poquito más hacia atrás. Y yo nada más traducía, pero trataba de hacer las inflexiones de voz que él hacía: él se exaltaba, yo me exaltaba (risas). Era muy teatral, pero todo eso estaba pensado.

¿Tú crees que en el entrevistado repercutía en algo ver esa figura de la traductora?

Sí, porque yo siento que los aliviaba un poquito, ya que no entendían lo que ese señor decía. Y aparte, debió jugar... debió tener distintos impactos que hubiera una traductora. Te digo, a veces era la traductora y punto. Y algunas veces coincidimos en que: «Es que si esta persona ve que llegan dos reporteros, se va a sentir muy acosada, pero si me presento como la traductora, entonces la barrera se baja». Entonces tomamos ese tipo de decisiones. «Aquí podemos ser dos o aquí vale que sea un reportero». No queríamos tampoco espantarlos. Y algunas veces sí los dos éramos entrevistadores.

Por supuesto, el análisis psicológico no es algo que quede fuera de nuestras entrevistas. Eva Belmonte compartió un ejemplo de la etapa en que trabajaba Medicamentalia. Su entrevistado era Reinaldo Guimarães, quien había sido alto funcionario del Ministerio de Salud de Brasil, y que presidía la Asociación de Fabricantes de Genéricos brasileños, a la fecha de la entrevista:

Yo iba con una cámara, y ella tenía un punto de vista mucho

más hippie del tema de salud. Y de vez en cuando me interrumpía y se metía. Se ponía en plan «pero esto va así, pero por qué», y tenía un punto de vista más agresivo. Entonces ese día hice un poco la policía buena.

(...)

¿Podrías explicar más tu decisión?

Ella estaba siendo muy agresiva, y tenía que equilibrar; porque siempre en las entrevistas hay que dar primero suave, hay que dar caña al medio y dar la caña gorda al final, antes de irte. Pero antes de dar la caña gorda, hacer las preguntas importantes por si te echan: siempre tienes que estar atento por si, y no puedes pasarte el límite. Siempre estás preguntando al borde, para poder acabar la entrevista y que no se enfaden y se vayan. Ella estaba en un modo y él se notaba que estaba a punto de echarnos, y tuve que equilibrar un poco eso para intentar aguantar y hacer un par de preguntas más.

Por su parte, Ignacio Gómez, de Colombia, indicó que las entrevistas de este tipo no suelen ser largas, pues lo principal es efectuar la pregunta central (lo que recuerda a la propuesta de Milagros Salazar):

Lo que yo recomendaría es tratar de reservar esa pregunta para el último momento (...), tratando de concretar la cita sin tener que plantear directamente la pregunta. De manera que no se pierda el factor sorpresa, de manera que la respuesta sea la más espontánea posible.

Agregó que, ya en la entrevista, se deben detallar todos los flancos de la investigación al confrontado; por ejemplo, si se está investigando un crecimiento patrimonial irregular, habría que detallarle qué aspectos de sus ingresos económicos y bienes se han analizado exactamente.

Tener buenos reflejos

Estar preparado para manejar situaciones en que la entrevista con tu investigado no ha sido acordada con días de anticipación, sino que ha surgido de un momento a otro, es una recomendación del reportero español Gustavo Villarrubia. Él compartió su experiencia con el «caso Joannon» en Chile¹⁴ (2014), en el que retrató la realidad de varias madres solteras a las que se les aseguró que sus bebés habían nacido muertos. En realidad sus bebés les habían sido arrebatados para ser entregados a otras familias, con la ayuda de un personaje clave: el sacerdote Gerardo Joannon, a quien el reportero abordó en la iglesia donde estaba por oficiar misa:

Hay ciertas entrevistas que, o las haces en el momento o las perdiste para siempre. Y ese es un tema en reportajes de investigación. Yo creo que siempre hay que tener eso muy claro cuando uno está reportando y encuentra una buena historia. La idea es entrevistar en el minuto, porque después se te pasa y ya no hay más [oportunidades].

(...) En el caso Joannon fue exactamente la desprevenición, la sorpresa, lo que hace que él me dé esa entrevista¹⁵ que le costó muchísimo después, a la hora de la defensa civil. (...) Esa sorpresa de venir ya con todo el reporteo bien claro sobre de qué se trataba esto, soltárselo a él y escuchar su respuesta porque «el reportaje va o va» (eso es lo que se le dijo en ese minuto). Él responde y da esa entrevista.

El sacerdote aceptó que él contactaba a las familias

14 Ver: “Los niños dados por muertos que el cura Gerardo Joannon entregó para adopción” [11/04/2014] en www.ciperchile.cl.

15 Ver: “Yo les hacía el contacto a las familias con el doctor” [11/04/2014] en www.ciperchile.cl.

de las jóvenes embarazadas con los ginecólogos, que al menos sumaron diez. A algunos los conocía porque eran amigos de su familia, y aunque no aceptó directamente que hubo jóvenes que no dieron su consentimiento para la adopción y a las cuales se les mintió diciéndoles que sus bebés habían muerto al nacer; sus contradicciones lo pusieron en evidencia.

(...) Entonces, yo soy de esa teoría y siempre la he aplicado en mis reportajes. Y le digo a mis alumnos que lo hagan también, que cuando tú estás en terreno reportando y te encuentras frente a un personaje importante de tu historia, hazle inmediatamente la entrevista. No esperes, no quedes con él para otro momento porque su respuesta va a ser diferente, no va a ser tan espontánea. Va a ser más preparada, por lo tanto, no va a ser tan real.

Por supuesto, es algo que no habría que hacer sin la reportería previa necesaria.

Por qué no prescindir de esta etapa ni hacerla a la ligera

Dejar esta fase de contrastación para el último o los últimos días antes de nuestra fecha de cierre no es poco usual en las redacciones de nuestra región. Sin embargo, sobre esta práctica hubo varios aprendizajes compartidos por los entrevistados. Veamos primero la reflexión de la reportera chilena Carola Fuentes:

Eso aprendí a no hacerlo como hace diez años. Porque precisamente te pueden entregar allí información que complementa, o se te pueden abrir nuevas puertas de investigación. Y es súper complicado hacer una entrevista justo antes de salir al aire, por lo que lo evito a toda costa. No me gusta. A pesar de que uno siempre sabe que cuando hace la entrevista final se abre la ven-

tana de la presión: cuando tú entrevistas a quien estás investigando, ya sabes que el reloj empieza en la cuenta en reversa para que presionen, te amenacen, etcétera, o cambien o modifiquen o hagan algo. Pero los riesgos de que en esa última entrevista haya pistas que tú no controlabas y que no puedes cerrar antes de emitir o publicar, son tan grandes que me parece que hay que dejar un tiempo prudente entre la última entrevista y la emisión o publicación.

El periodista argentino Daniel Santoro complementó de la siguiente manera: «Yo creo que hay que buscar al investigado activamente por una cuestión ética, profesional y jurídica: la ética para darle el derecho de que se defienda, la profesional por tu nota, y la jurídica por si llega a haber un juicio por injurias o difamación». Un muy buen ejemplo de lo descrito por el periodista argentino es la investigación sobre los sobornos pagados por Walmart en México. Aquí el testimonio de su coautora, Alejandra Xanic:

Hay algo muy interesante con el tema de Walmart. Yo nunca lo había hecho así (...), lo aprendí de David: yo no volvía a las fuentes que confrontaba. Yo iba con el auténtico interés de conocer su versión, pero tampoco dándole tanta oportunidad como le di a la contra. Y con David lo que hicimos (yo nunca lo había hecho) fue volver, volver y volver.

Por ejemplo, un alcalde del que creemos que los indicios señalan que recibió dinero de la compañía y se construyó un gran rancho, demasiado para el salario que tenía él como funcionario público municipal. Bueno, volvimos con él tantas veces como pudimos diciéndole: «Señor, si hay una manera que usted nos pueda explicar cómo pagó esta casa lo ayudamos: tiene facturas, usted puso esto en su declaración patrimonial y quizás usted

tenga papeles que nos ayuden a entender». Y en realidad en buena lid. Yo nunca había hecho eso: volver, volver y volver con el confrontado. Y eso fue muy interesante. No lo sabía hacer y lo aprendí.

¿Y qué cosas nuevas te trajo esa investigación?

En realidad, en estricto sentido te da mucha más seguridad de que no te estás equivocando, porque le estás dando tanta oportunidad como le diste a todas las demás fuentes para defenderse o explicarse. Y porque también quieres estar más seguro de todo lo que sabes del personaje. Cada nuevo intento ingresas unos milímetros más en su casa o te deja cada vez más afuera, y eso es indicativo. El personaje se va abriendo más o te va poniendo más defensas. Volver te da cada vez más información: la manera cómo reacciona y su disposición para explicarse, o en el empeño que ponga en generar información que rebata lo que has ido encontrando.

Aparte porque en México somos de una cultura periodística de la declaración: vamos muy poco por los hechos, más por la declaración, y vamos atando navajas como en un palenque. Entonces este gallo saca una navaja y dijo tal cosa y otro gallo viene diciendo tal otra. Creo que lo que nosotros hicimos en Walmart fue auténticamente explorar. «A ver, señor, hemos encontrado todo esto acerca de usted. Mire». Y mostrar todo, sacar todas las cartas. «Mire, señor, tenemos estas declaraciones patrimoniales que usted hizo. Y ahí dice que construyó en tal año y pagó tanto por esta casa. Coincide con los registros de Walmart que en esas mismas fechas habría habido un pago dirigido a usted. Explíquenos. Y encontramos este documento y había esta otra cosa». Y es mostrarle todas las cartas.

Es una confrontación más constructiva y más honesta, porque no solo estás queriendo la declaración «¡No tengo nada que decir!» y que te dé el portazo. Porque además te estás exponiendo

a que el señor salga con una explicación formidable: la herencia que tú no encontraste... se dan las coincidencias. El señor claramente pudo tener una herencia el mismo día que Walmart emitió un pago. Se dan, esas cosas pasan. Entonces eso lo aprendí. Yo nunca lo había hecho y lo aprendí.

Ignacio Gómez apuntó, por su parte, que uno no siempre tiene la posibilidad de hacer este proceso: «(...) eso es divertido, pero no siempre se da», afirmó y agregó: *Yo le hago ver: «Aquí están los papeles, ¿qué tiene usted que decir sobre estas propiedades?». Me va a dar una respuesta. «Lisito, muchas gracias». Entonces yo voy y chequeo esa respuesta y le digo «Hermano, su tío tampoco tiene dinero para comprar esa finca: ya lo analicé».*

Entonces allí se enreda y el resultado es mucho mejor. (...) Pero no siempre se da. Lo más común es que el tipo alcanza a llamar a su abogado, estudia una declaración, la dan, y la declaración no da para avanzar más.

Es decir, no se brinda información adicional que a su vez pueda someterse a verificación.

De cualquier forma, ambos reporteros coinciden en que los resultados son mucho mejores en el primer caso. Y es que aquella calidad de interacción con el investigado se convierte en la mejor vía para tener la convicción de haber llevado a cabo un proceso investigativo justo. El maestro Javier Darío Restrepo¹⁶ explicó por qué:

Para captar un hecho tiene que intervenir, además de los sentidos, el pensamiento. Y claro, para que tú puedas hacer intervenir el pensamiento necesitas el elemento tiempo. El pensamiento es lento, exige comprobaciones, exige volver a ver, o sea es lo que se llamamos reflexión, volver a ver... Es que me gustó mucho

16 Entrevistado por la autora el 30 de agosto de 2017.

que el ir muchas veces con el investigado sea el momento más importante [de la investigación], porque se está en ese plan de reflexión y está guiándose por el sentido del tiempo que tiene el pensamiento. En cambio los sentidos no tienen eso, los sentidos son instantáneos: lo vi, lo oí, son instantáneos. Me parece que esa reflexión sobre el valor del tiempo y la diferencia que tiene una información que tú haces, en la que le inviertes el factor tiempo, esa diferencia es la que da la calidad. Porque (...) es el dato que se obtiene cuando se piensa y se mira lo que hay debajo de las piedras.

Creo que mejor explicación que esa, imposible.

Cómo consignamos las explicaciones de los investigados

Como reporteros decidimos qué partes de estas entrevistas terminará conociendo el público. Gerardo Reyes recomendó no caer en la tentación de usar solo aquellas declaraciones que nos sirvan para confirmar lo que queremos probar, ni intentar ridiculizar al entrevistado.

En su opinión, lo mejor sería consignar el argumento que la persona entrevistada considera más fuerte para defenderse: «Volvemos al sentido común. Si esa persona repitió varias veces su argumento de defensa, por qué vamos a escoger otro como primera explicación, si la persona tenía una en la que insistió más. Eso es una decisión profesional y de ética».

«No le va a quitar credibilidad a uno, al contrario eso le va a dar mucho más peso al trabajo», agregó el también colombiano Ignacio Gómez. Y es muy cierto. Ser capaces de arrancar nuestra historia con aquello que sostiene el entrevistado es indicativo de que tenemos hallazgos concretos. Además facilita nuestra escritura y nos ayuda a presentar de manera fluida la información

probatoria que demuestra lo contrario. «El investigado dice A, B y C, pero estos hallazgos lo rebaten», es lo que tendríamos que plantear. Ir al grano lo antes posible será siempre algo que el lector agradecerá.

LA RELACIÓN DESPUÉS DE LA PUBLICACIÓN

«Hay fuentes que se cierran, que no quieren hablar más. Y otras que escriben agradecidas. Las reacciones son diversas», señaló la venezolana Emilia Díaz Struck. Por su parte, el colombiano Carlos Eduardo Huertas anotó que además de diversas pueden ser cambiantes: manifestar desaprobación en la primera entrega de nuestra investigación, volver a la aprobación en la segunda y deshacer el camino en la tercera. Subrayó que, como periodistas, nuestro compromiso principal no es con la fuente, sino con la información. Por supuesto, esta convicción no apunta a que perdamos la empatía con las circunstancias de las fuentes y pongamos en riesgo su integridad.

Aunque intenta prever todos los escenarios de vulnerabilidad, Marcela Turati —que suele entrevistar a víctimas de la violencia generada por el narcotráfico en México— sabe que no puede asegurarle por completo a la fuente que brindar una entrevista no la pondrá en peligro. Sin embargo, ha encontrado una vía para no dejarla desprotegida: no cortar la comunicación luego de la publicación y apostar por la retroalimentación. Busca, activamente, conocer cómo se sintió la persona con el reportaje publicado y si ella o alguien de su entorno ha recibido o no amenazas.

Analicemos, ahora, la situación que se genera con otro tipo de fuente.

El caso del investigado

Si el investigado nos pide que le enviemos la publicación realizada, ¿por qué no lo haríamos? El creador del Consultorio Ético de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), Javier Darío Restrepo, contó que con frecuencia le llega la siguiente pregunta: «¿Es correcto que una fuente me exija que le muestre lo que yo he hecho?». Y brindó su análisis:

Cuando ese problema se plantea, inmediatamente salta la arrogancia del periodista que se siente juez: cómo le voy a mostrar, yo no le tengo que dar oportunidad de que él corrija lo que evidentemente lo puede estar incriminando. Detrás de eso hay un periodista que está dispuesto siempre a capturar a un delincuente y cree que su misión, su tarea, es esa: capturar delincuentes, capturar corruptos a través de entrevistas, de unos cuestionarios muy deliberadamente hechos para que caigan. Y cuando caen, ese es el gran triunfo del periodista. Esa es una actitud que tiene que revisarse. El periodista no es juez. Y ahí el periodista tiene que preguntarse por qué razón estoy haciendo esta investigación, y por qué razón escogí esta fuente, para qué. Y como respuesta a ese para qué hay muchas posibles: lo tengo que capturar, cogerlo en mentira y por eso mis preguntas son a veces cruzadas; y lo tengo que coger en mentira para que quede en evidencia que él es un corrupto. Y ese es el gran objetivo del periodista.

Entonces ha descartado lo que tiene que ser el objetivo de un periodista que está en ese plano: buscar las partes de verdad que sean perceptibles, ofrecerle esas partes de la verdad al público con el fin de que este conozca a través de eso cuál es la realidad en la que está viviendo; y conociendo esa realidad en que está viviendo, tome unas decisiones y tenga unas opiniones claras y

sólidas. Es decir, lo mío, cuando estoy en eso, es servirle a ese público y es el servicio más noble de todos. ¿Por qué?, porque es estimular la inteligencia del público y favorecer los juicios justos. Eso cambia completamente el panorama del otro que está buscando pescarlo en mentira.

Mantener la mirada fija en ese objetivo es una tarea muy compleja. Pero, aunque no sea fácil creerlo, sí es posible mantener una relación de cordialidad y respeto con aquella persona de la cual hemos evidenciado sus actos de corrupción. Ignacio Gómez compartió una experiencia: *Hace dos años tuvo que renunciar el ministro de Transportes de Colombia por una publicación mía que hablaba sobre cómo él había licenciado su propia estación de gasolina. Y la entrevista fue muy particular, yo tenía que hacerla y tenía que hacer todas las preguntas. «¿Usted licenció su propia estación de gasolina?». Independientemente de la historia, era un tipo muy simpático. Él tuvo que renunciar como ministro y todavía me saluda cuando me encuentra, me saluda amablemente. Y así tengo varias personas [a las] que les he expuesto sus casos de corrupción y con las que, no obstante, conservamos el respeto e inclusive el afecto.*

La decisión de volver

La maleta de Alejandra Xanic estaba llena de periódicos, todos de una misma edición de *The New York Times*. Ella iba de regreso a Ciudad de México justo después de la publicación de la segunda parte de la investigación del caso Walmart. Y es que luego de la primera entrega, las fuentes que habían colaborado por meses se animaron aun más, se habían convencido de que la investigación iba en serio. Ella contó que hubo muchos que quedaron a

la espera de la siguiente publicación, y aquí su recuento:

Lo que hice entonces fue volver de Nueva York con una maleta llena de periódicos e irme y visitar a cada una de las fuentes, las más importantes, esas fuentes que nos acompañaron. Y llevarles un periódico y sentarme dos o tres horas y ver el periódico, enseñarles la nota, mostrarles dónde aparecían, traducirles esa parte donde ellos aparecían o donde ellos no aparecían, y nos ayudaron a entender. (...) [Todo esto] Apenas salía publicada la nota. Al final ese volver a la fuente es el modo que tenemos los reporteros de agradecer. (...) Es volver. Y creo que los reporteros no solemos hacer eso, en general. Primero, por miedo, porque puede haber alguien que se sienta lastimado al ver cómo lo retratamos o que lo citamos mal o que está fuera de contexto. O simplemente que dijimos que su pared era roja y está convencido de que es marrón o café. Es tan fácil cometer alguna pequeña o gran injusticia al escribir, que creo que muchos reporteros no volvemos por ese miedo a confrontar lo que hemos hecho con lo que el otro percibe de aquello que hemos hecho. Pero yo creo que fue muy importante en este trabajo volver, y que fue una manera de compartir. «Al final logramos esto y usted fue parte de esto». «Mire, en este párrafo está todo eso que usted nos explicó». Y eso fue lindo, fue una de las partes más lindas del reportaje.

Si además de esa sensación gratificante (que tiene como antecedente un gran sentido de reciprocidad del reportero), nuestro trabajo propicia cambios en la situación de abuso de poder que expusimos; sería el escenario perfecto. Lo primero está en nuestras manos, lo segundo no necesariamente.

Publicado pero sin repercusiones

«Qué frustrante cuando un reportaje sale al aire y no

provoca cambios», dijo la reportera chilena Carola Fuentes al recordar el caso de Anita Alvarado, un personaje muy famoso de la farándula chilena, conocida por contar abiertamente que trabajó como prostituta en Japón en un libro de su autoría. Fuentes y su colega Gustavo Villarrubia revelaron que Alvarado dirigía una red de trata de blancas en Japón:

En el caso de Anita Alvarado, con Gustavo [Villarrubia] convencimos a una víctima de ella para que diera su testimonio, y lo diera en cámara a rostro descubierto. Fue por primera vez que su familia se enteró que ella había sido víctima de Anita y que había estado prostituyéndose en Japón. La familia hasta ese minuto pensaba que ella había estado trabajando en Japón en un restaurante. Pocas personas sabían que ella había estado trabajando como prostituta. Ella aceptó contar y revelar esto en cámara con el objetivo final de que Anita fuera detenida, juzgada y que se impidiera que estos delitos ocurrieran de nuevo. Y yo creo que el objetivo macro de que hubiese otras mujeres chilenas que fueron advertidas de la trampa que había detrás de este tipo de ofertas, se cumplió; pero Anita Alvarado fue detenida por un par de días, luego fue liberada y la justicia no funcionó. Me imagino que para ella fue súper frustrante: yo perdí contacto con ella y no sé qué es lo que pasó. Y esas son piedras que uno va cargando en la mochila a lo largo de la vida, en esos y en otros casos. Es imposible manejar el cien por ciento de las variables.

Como cierre de este capítulo, les invito a leer la última pregunta que realicé para esta investigación. ¿Mi interlocutor? Javier Darío Restrepo.

Hay una idea a la que he llegado y que quería comentársela. Después de hablar con varios reporteros, concluí que las investigaciones periodísticas que me habían parecido

más redondas eran aquellas en que con gran constancia se había buscado dar un tratamiento ético a todas las fuentes. Una de las investigaciones en que observé este logro fue el caso Walmart, en que los periodistas no aplicaron lo usual de hablar una sola vez con los investigados, sino que decidieron volver con ellos cuantas veces fueran necesarias para estar totalmente seguros de haberles dado toda la oportunidad para explicar y de que aquello que iban a publicar era totalmente cierto. Entonces, el tratamiento justo de las fuentes se me figuraba como la garantía para llegar a esa investigación redonda que todos quisiéramos hacer y que es muy difícil de lograr. Incluso pienso que haberlo logrado una vez no garantiza que se vuelva a lograr en el futuro. ¿Qué opina usted?

Sí, tu idea es correcta... es la gran garantía de que se hará un buen trabajo periodístico. La pregunta es: ¿por qué eso es garantía? Y del caso que me cuentas es muy evidente el respeto que se tiene por el otro, sea quien fuera. Y si es alguien que está en el centro de una investigación, cuya honestidad ha sido puesta en tela de juicio, cuyos actos están sometidos a juicio; ese alguien merece mucho más respeto por varias razones. Tal vez la principal razón es la que dan los derechos humanos, que es la presunción de inocencia. Eso que viene a ser parte de la legislación de muchos países.

En mi país, por ejemplo, la última reforma constitucional fue la Constitución de 1991. Y allí se incluye un elenco largo de derechos. Y está el derecho a la presunción de inocencia. ¿Por qué razón? Porque toda persona debe presumirse inocente mientras no haya una sentencia judicial, puesto que se supone que la sentencia judicial ha agotado todos los recursos para llegar a conocer la verdad. Yo, como periodista, no soy juez y, por tanto, no

puedo asumir funciones de juez. Por tanto todas las personas que son objetivo de mi investigación son personas que yo debo presumir inocentes. Eso preserva la dignidad de las personas, pero sobre todo, eso preserva la verdad. Es decir, tú presumes que es inocente. Si, después, esa presunción resulta demasiado generosa, porque los jueces descubren que esta persona no es inocente; está preservada la verdad y la dignidad de las personas. Ese es un punto.

Hay otro punto que me llama mucho la atención en todo eso. Y es que cuando tú estás investigando haces caso omiso de todas las tentaciones de llegar a los absolutos. El absoluto es una tentación para las personas, para las instituciones, y casi te puedo decir que el absoluto está detrás de todas las guerras. Y te explico esto porque lo estimo muy importante y lo hemos reflexionado mucho en Colombia. Cuando uno acepta verdades absolutas se pone en una situación tal que los que no comulgan con esa verdad absoluta son excluidos, porque son a los que miran como los equivocados o como los malos. Y hay esa gran deficiencia del pensamiento humano de llegar a juzgarse a sí mismos: yo soy de los buenos y los que no comulgan con mis absolutos, con mis verdades absolutas, son los malos. Y llega a fingirse la obligación ética que tienen los buenos de acabar con los malos.

Entonces se legitima la destrucción del otro en nombre de los absolutos. Esa es una consecuencia tremenda, pero detrás de ese rechazo de los absolutos tiene que estar una dosis grande de realismo, según la cual nadie tiene la verdad. Todos los seres humanos somos unos humildes buscadores de la verdad, y esto es válido sobre todo para el periodista. Uno sí que puede ser testigo de que no hay verdades absolutas, porque todos los hechos que yo informo hoy, si los fuera a informar mañana o pasado mañana, tendría que agregarle elementos nuevos o corregirle algunos elementos. Por eso esa búsqueda constante de la verdad hace

que la mente esté permanentemente abierta a todo lo nuevo, que es lo propio del investigador de cualquier clase: investigador científico, investigador pedagógico, investigador psicológico o investigador periodístico.

En el núcleo central de la vocación del investigador está esa disponibilidad permanente para aceptar la verdad. Lo cual implícitamente dice: si eso tiene que ser una actitud permanente, significa que la verdad no es algo que está ahí, que puedo coger y ya puedo descansar. No. El investigador es alguien que, por esa disponibilidad, en todos los momentos está activo buscando la verdad. Entonces es muy interesante ese punto de vista. Ahí ves tú cómo se conectan lo ético con las técnicas investigativas, particularmente en lo que se refiere al compromiso con la verdad.

Es un punto de encuentro que guarda toda la complejidad de nuestra profesión. ¿Cómo decide uno que debe retrasar un cierre para tener una segunda o tercera reunión con el investigado? ¿Cómo tener esa claridad en un momento de alta presión? La técnica nos diría que la verificación no está completa, y la ética subrayaría que no se está haciendo todo lo posible por preservar la dignidad del investigado ni por preservar la verdad. Este es un análisis que cuando se tiene décadas de experiencia, podría hacerse en instantes, incluso en medio de un cierre. Pero es algo que difícilmente podremos resolver al inicio de nuestra carrera, por ello el acompañamiento del editor en esta etapa es aun más clave. Es nuestro interlocutor principal en medio de las dudas, y de ello tratará el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 3

TU EDITOR, TU PRINCIPAL ESCUCHA

Desde hace 24 años, el mítico periódico *El Espectador* de Colombia cuenta con Jorge Cardona Alzate¹: hoy su editor general, pero antes su reportero, editor de judiciales y jefe de redacción. «Jorge es mi gran tranquilidad porque yo sé que la información en sus manos está garantizada», afirmó con seguridad Fidel Cano, actual director de *El Espectador*, en diálogo con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

Cardona se autodefine como un buen estudiante, aunque en las aulas ha pasado más tiempo del otro lado del escritorio, como profesor. «Tengo que reconocerlo, yo tengo más vocación de educador que de periodista; es decir, disfruto mucho la cátedra, y tengo vocación natural», sostuvo. Ha sumado ya 26 años como profesor universitario, pero antes lo fue también en colegios, y confiesa que la cátedra le ha sido fundamental para el ejercicio periodístico. Veamos por qué.

VOCACIÓN DE EDITOR

¿Siente que la experiencia como educador le ha servido en su trabajo como editor?

Yo te lo resumo en una particularidad: la mayoría de los editores actuales de sección del periódico El Espectador empezaron en el periódico como practicantes, entonces hicieron todo ese proceso de formación en el periódico. Fueron practicantes, fueron redac-

1 Entrevistado por la autora el 8 de abril de 2017.

tores, y poco a poco llegaron a la condición actual de editores. El editor económico, la editora comercial, la editora judicial, el editor de vivir o tendencias, el editor de Bogotá, todos empezaron como practicantes. Entonces obviamente eso te muestra, por lo menos particularmente en *El Espectador*, que la apuesta siempre ha sido por las nuevas generaciones. Y que la premisa número uno en el periódico para contratar a alguna persona es que primero hay que mirar hacia adentro, primero hay que mirar si hay alguien adentro que se merece una oportunidad; y si no, pues se busca afuera. Por eso a veces es un poco difícil que personas externas entren. Casi todo se provee internamente.

¿Cómo suele empezar su trabajo con ellos en el diario?

Primero, obviamente, hay que irlo acompañando en ciertas labores de texto. Es decir, uno mira cómo va escribiendo, cómo va mejorando su redacción, cuáles son los estándares mínimos para escribir para prensa escrita y obviamente poco a poco se va probando. Y uno mira cuáles son sus principales habilidades. Hay gente que tiene muy buena capacidad para ser reportero, entonces es importante desarrollar esa parte; y hay otros que más bien contextualizan mejor. Tú sabes perfectamente que no todos los periodistas tienen las mismas condiciones ni las mismas habilidades, y el arte de crear una buena redacción es un poco encontrar en cada persona cuál es su principal virtud, cuál es su principal capacidad. Y en esa medida uno ya va entrando en una interacción permanente con ellos, y va explotando lo que mejor saben hacer.

Al buen reportero, el que uno nota que es “metelón”, que es espontáneo, que sabe, pues hay que mandarlo a la calle; y hay otros que no son tan reporteros, pero sí son muy buenos contextualizando. Yo creo que es el arte de saber entender, primero, al ser humano. Porque antes que editores, que redactores,

que periodistas, antes hay seres humanos con los cuales hay que interactuar. Y de esa interacción es que uno va asumiendo la confianza, la retroalimentación profesional.

El mexicano Daniel Lizárraga² complementa la visión de Jorge Cardona. Ambos tienen algo en común: la vocación de maestro. Lizárraga es profesor de carrera y cuenta con una especialización en investigación docente; en 2014, un trabajo coordinado por él dio la vuelta a toda Latinoamérica. Fue el estratega detrás de la investigación La Casa Blanca de Enrique Peña Nieto, que reveló que la lujosa casa donde residía el presidente de México y su familia había sido construida por un importante contratista del gobierno.

Desde su análisis, su vocación de maestro también le ha sido de ayuda en su labor como editor. «Sobre todo porque lo que tienes que hacer [como editor] es sistematizar el conocimiento del periodista», dijo con seguridad. Y explicó:

Me ha dado siempre la impresión de que muy pocas veces nos detenemos a ver cómo le hicimos para llegar a ese punto [de la investigación], o a leer o escuchar cómo un compañero le hizo para llegar a algo. A lo mejor no te das cuenta, pero esa es una forma de aprendizaje. Un aprendizaje, si quieres, muy empírico. Y me parece que una muy buena manera de profundizar y de hacerlo tuyo es cuando le sacas la columna vertebral a los textos y logras estructurarlos de tal manera que te queda un aprendizaje. Para eso es interesante aplicar técnicas docentes y de análisis. Y en lo personal, solamente de esa manera me ha funcionado la coordinación equipos de investigación.

Cuando hablas de técnicas docentes, ¿te refieres a aplicar

2 Entrevistado por la autora el 16 de mayo de 2017.

estas técnicas en la investigación misma o en cómo involucras a los reporteros en la investigación?

En las dos cosas. Es decir, primero cómo haces para coordinar un equipo. Es básicamente enseñarles la ruta que se va a seguir. Tú tienes que tener la hoja de ruta, tu responsabilidad es cómo se va a llevar la investigación. Y en ese sentido, trazar los caminos para llegar hasta la comprobación de cierta hipótesis. Me parece que saber conducir el equipo a veces es parte del éxito. Y para eso se necesita de técnicas de enseñanza-aprendizaje con los propios compañeros. Porque si tú le estás diciendo cuál es la ruta a seguir, cuál estructura, cuál es el camino, cuál es desarrollo de una hipótesis, ellos también van aportando para saber cómo se va a consolidando la hipótesis o cambiándola por otra, quizá, más importante o que quizá no se había visto. Si lo ves así, en esos términos, pareciera como un trabajo de aula. Solo que nosotros nos divertimos un poquito más.

No es extraño que al iniciar la coordinación de una investigación, Lizárraga le asigne una arista de la historia y también un número a cada uno de los reporteros. Lo que suele seguir son reuniones continuas para que todos compartan sus avances, pero sobre todo para que analicen cómo lo que uno averiguó guarda relación con las aristas asignadas a los otros miembros del equipo. Es lo que él llama teoría de conjuntos, uno de sus métodos investigativos.

Para Lizárraga, es clave cerciorarse de que el reportero sepa realmente qué fue lo que pasó, cómo operó la corrupción y que lo pueda resumir con soltura. De lo contrario, dijo, esa falta de claridad le impedirá escribir con fluidez y lograr que el lector entienda el meollo de la historia, el hallazgo. Sostuvo que insistir en esto lo aprendió

del también mexicano Ignacio Rodríguez Reyna.

Me parece que a veces los reporteros tenemos una conclusión de toda la investigación y la desperdigamos a lo largo del texto. Entonces él [Rodríguez Reyna] se da cuenta de cómo tu principal revelación está esparcida y que hay que concretarla y después explicarla. Pero a veces eso te lleva a rehacer varias veces el texto. Un poco en broma, yo a veces les digo a los muchachos que trabajan conmigo que les voy a aplicar la “nachiña” que consiste en una técnica de regresarte los textos cuantas veces sea necesario no solamente por encontrar eso que te acabo de contar, sino también para alcanzar el máximo rigor posible.

Este asunto de regresar los textos se convierte también en un proceso de aprendizaje, tanto para quien lee el texto como para quien lo está haciendo. Cuando vas trazando las rutas que se derivan o que no están claras en el texto, yo creo que se vuelve hasta un asunto motivacional, más allá de la carga del trabajo. Buena parte de esto es que no se vea como una imposición de «yo editor o coordinador, te devuelvo el texto porque yo creo no lo estás haciendo bien», como el maestro enojado. Más bien el tema es motivarlo y decirle cómo puede quedar mejor su trabajo. O incluso entre los dos, que es lo más importante, encontrar una manera de que quede mejor. Y eso se convierte en serio, más que en la monserga de volverlo a hacer, en algo motivacional.

TRABAJO EN EQUIPO

Lizárraga está convencido de que la base para una investigación exitosa es el trabajo en equipo. Buscó durante mucho tiempo la oportunidad para aplicar esa fórmula, contraria a la tradicional unidad de investigación, en la que cada reportero va por su lado con temas individuales. Fue así que en el caso de La Casa Blanca tuvo a su cargo a tres reporteros: Rafael Cabrera, Irving Huerta y Sebas-

tián Barragán. El primero fue quien trajo entre dedos la semilla de la hoy largamente premiada investigación; Lizárraga fue el estratega que le ayudó a estructurarla en función a un equipo. «Me parece que fue ahí donde todos terminamos aprendiendo», dijo.

¿Cómo logró estructurarla? Primero, conociendo las características de su equipo:

Creo que funcionó muy bien el tema de tener muy claro hacia dónde vamos (sic) y sobre todo aprovechar el perfil de todos ellos, que fue el cuidado que tuve, en la medida de las posibilidades. (...) El tema es que cada uno de estos muchachos tiene sus propias características. Entonces, cuando yo le pedí, por ejemplo, a Sebastián Barragán que se dedicara a elaborar los datos para nuestro reportaje, a crear nuestros propios datos, fue algo que a él no solamente no le costaba trabajo, sino que yo sabía que esa vertiente de la investigación a él le iba a gustar mucho, porque es su vocación [el trabajo con] los datos. Creo esa fue una buena experiencia, porque era muy complicado que ellos mismos se detuvieran en su trabajo. Su propia vocación y su ánimo de equipo los hacía escarbar hasta donde fuese posible.

Hoy, el periodista mexicano ha conformado un nuevo equipo, una nueva unidad de investigación, desde la ONG Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad.

¿Qué es lo más desafiante de volver a arrancar con un grupo nuevo?

Son varias cosas. La primera es permear el ámbito de equipo, que cada reportero sienta que trabaja en un equipo y que se trata de explotar de la mejor manera las habilidades que cada uno tiene. Y también es hacer entender en donde trabajamos que somos un cuerpo. Y que la mejor manera de romper cosas como las que pasan en México es de esa manera, como equipo.

Volvamos a Bogotá, a *El Espectador* y a ese editor que en 2016 ganó el Premio Clemente Manuel Zabala va un editor colombiano ejemplar: Jorge Cardona. Él explicó que si bien mapea el trabajo de todas las secciones del periódico, le hace un especial seguimiento a la sección de Judiciales y la de Investigación.

Con ellos trabajo permanentemente desde el principio, desde la escogencia de tema, desde el seguimiento del tema, desde la revisión de la documentación que se va consiguiendo, desde la búsqueda de información con fuentes personales o documentales, desde la hechura de los textos.

Muchos de los textos judiciales del periódico son hechos a cuatro manos y participo directamente en ellos. Estoy permanentemente haciendo acompañamiento desde el nacimiento del tema, hasta del producto final (...).

El editor colombiano contó también cómo es su trabajo directo con el reportero:

Yo me reúno con el periodista y le digo: bueno, te doy [coordino] una entrevista. Entonces le doy preguntas. Le digo: le puedes preguntar esto, esto, más las preguntas que tiene el periodista, que también está empapado del tema. Por eso yo creo que es importante ayudar a buscar los contrastes. Sabes que en estas áreas necesitas contraste, necesitas fuentes contrastadas, mirar puntos de vista, mirar al experto que te puede analizar el tema de otra manera, el testigo que es diferente al entrevistado normal: una buena cantidad de cosas.

Es algo que no suele realizar solo en dúo con el reportero. A través de la investigación “Carrusel de la contratación” (2010), que involucró a la administración del entonces alcalde de Bogotá, Samuel Moreno Rojas, explicó cómo suele organizar el trabajo en equipo. Este caso

tuvo en su centro un proceso de licitación irregular y los sobrecostos de una obra pública: la tercera fase del sistema de transporte público TransMilenio. El alcalde, otros tres funcionarios públicos y los contratistas fueron declarados responsables de detrimento patrimonial. ¿Cómo articuló Cardona ese trabajo?

Con el editor de investigaciones, con el editor judicial, con redactores judiciales, con el apoyo del editor de política, con reuniones permanentes, con revisión de documentación permanente, con todo lo que se necesita hacer en el periodismo. Y yo creo que en esos ámbitos es donde continuó observando que la figura del editor sigue siendo muy importante para el ejercicio del periodismo. Parto de un principio: nosotros tenemos la convicción de que el periodismo que se hace en equipo es mucho mejor que el periodismo que se hace individualmente. Entre más personas miren un texto y lo blinden, pues hay la plena seguridad de que esto va a salir mucho mejor. Entonces esa es la dinámica, entre más personas participen con profesionalismo en la confección de un trabajo, estamos seguros de que se va a blindar mejor.

AIRES DE FAMILIA (EN LA REDACCIÓN)

¿Ustedes recuerdan en este momento un editor que se haya ganado un puesto en su memoria?, recuerda Javier Darío Restrepo haberles preguntado a sus alumnos en un taller para editores:

Me dijeron varios nombres, y no se limitaban a dar el nombre: fulano de tal, porque fulano de tal no le temblaba la voz para decirme: «Cometiste un error grandísimo». O también me estimulaba diciendo: «Estuviste formidable en esto», pero todo eso seguido de un razonamiento; es decir, utilizando una pedagogía del afecto, y desde luego de la posición más noble, más digna que

puede tener un editor, que es compartir lo que él sabe y aprender junto con sus periodistas. Porque el editor no únicamente está enseñando, él está aprendiendo. Es que esta es una profesión que tiene como uno de sus factores más apasionantes que uno nunca termina de aprenderla. Siempre hay algo que aprender. Y el editor que entiende eso, es un editor que está muy cercano a los periodistas, y está aprendiendo con ellos también. Ese editor es un éxito.

En 2011 los periodistas Mely Arellano³ y Ernesto Aroche fundaron Lado B, un medio dedicado al periodismo de profundidad y de investigación en Puebla de Zaragoza. El medio cuenta con tres reporteras de entre 26 y 38 años, y una red estable de colaboradores. Es un emprendimiento periodístico que poco a poco está posicionándose en la región latinoamericana; y que, con un estilo particular, ha logrado conectar con su público. La forma en que manejan la retroalimentación profesional al interior del equipo periodístico ha sido muy posiblemente la base de aquel logro.

Mely Arellano no empezó su carrera periodística como reportera, sino como editora. «Me costó mucho trabajo reconocermé periodista. Yo solía decir que era editora, no periodista». Sentía la necesidad de haber hecho reportería en campo para considerarse periodista. Estudió la carrera de Lingüística y Literatura, e ingresó, en 2001, a *El Universal*, uno de los diarios de mayor circulación en México, como correctora de estilo. Pero no mucho tiempo después le propusieron asumir el rol de editora de una sección. En ese periódico descubrió su gusto por discutir los enfoques de los reportajes y los contrastes necesarios

3 Entrevistada por la autora el 12 de mayo de 2017.

con los reporteros. Hoy cree, además, que es importante estar alerta al ámbito personal de los reporteros a su cargo, pues solo así puede entender cómo le impacta un determinado tema o cómo le estaría afectando en su día a día. «Sé que no es muy común, pero sí creo que es importante preguntarse por ese ámbito más personal», dijo y compartió un recuerdo:

Nosotras llevamos dos años investigando el tema de feminicidios y nos reuníamos todos los viernes a trabajar en la redacción. Y con tal de apurarnos, de pronto pedíamos comida y estábamos ahí comiendo pizza, discutiendo si en un caso había sido o no feminicidio y describiendo las heridas. O sea, no nos dimos cuenta de que habíamos normalizado por completo el tema y podíamos discutirlo mientras comíamos. En un momento de una de esas reuniones, a todas nos tocó escuchar el testimonio de una madre cuya hija había sido víctima de un feminicidio, y a todas nos conmovió mucho. Nos dimos cuenta de que necesitábamos contención, estábamos agotadas. Y también el tema nos estaba provocando otras cosas; a las chicas incluso les estaba provocando un poco de ansiedad, un poco de temor en las noches, y ya era una cosa que afectaba pero en la vida personal. Entonces, por ejemplo el año pasado fuimos a hacer un temazcal [terapia ritual], con las chicas, y fue una manera de sacar cosas y hacer algo entre nosotras. Dejamos de tener esas reuniones, ese tipo de trabajo, de hacerlo por hacerlo. Entonces ahora sí somos muy cuidadosos. Y también, por ejemplo, conseguimos que un amigo nos diera unas clases de yoga muy baratas, y entonces las que quieren se apuntan a las clases de yoga. Igual hacer ejercicio yo siento que nos ayuda. Ahora somos más conscientes de que necesitamos hacer ese trabajo de contención.

Es un aprender juntas, como proponía el maestro

Restrepo, para quien fue mi siguiente pregunta.

Yo le he escuchado a usted decir que uno de los factores o el factor que más educa es el afecto. ¿Eso tiene algún punto de encuentro con la relación editor-reportero?

Claro, porque un editor puede erguirse ante el reportero como una autoridad. Entonces: «Yo soy la autoridad que decide si su trabajo de hoy sirvió o no sirvió». Y eso desgraciadamente se da, ahí no hay ninguna clase de afecto, salvo que se llame así el amor de sí mismo. El tipo se ama a sí mismo y encuentra que es un objetivo de su amor el que la gente le tenga miedo o le tenga ese respeto reverencial frente a un peligro posible.

En cambio, recuerdo varios textos que hablan mucho de cuál debe ser la relación del editor con el periodista, y tal vez la imagen más frecuente tiene que ser la de un maestro que sabe que tiene que estar enseñando, compartiendo su propia experiencia, haciéndole caer en la cuenta al periodista de sus errores, estimulándolo cuando tiene aciertos. Y todo eso se tiene que hacer con un gran afecto, el afecto de un maestro por su alumno. Yo no diría que es como el afecto de un padre con un hijo; no, más bien es uno de maestro con su alumno. Y ese maestro es alguien que vive en función de su alumno. Su gran satisfacción son los triunfos del alumno, y su gran preocupación y sufrimiento es ver el fracaso del alumno. Y allí interviene el afecto, claro.

EL MEJOR REGALO DE UN EDITOR

El objetivo de la relación editor-reportero es que su trabajo conjunto eleve la calidad del proceso investigativo, que a su vez tiene como fin último llegar a la verdad. El desafío es cómo dirigir este trabajo. Jorge Cardona ha identificado una manera. Se trata de la aplicación de lo que él llama un "debido proceso":

Ese es un tema mío, de obsesión personal. Yo siempre en las conferencias, y en lo que hablo, digo que el derecho más importante que se ha consagrado en la historia de la democracia (después del derecho a la vida), es el debido proceso. Digo que el gran logro de la humanidad del paso del sistema monárquico al sistema democrático fue la conservación del debido proceso, que es el que garantiza que un ciudadano que es investigado por algún hecho tenga unas mínimas garantías para que esa investigación tenga unos procedimientos correctos; por lo menos, ajustados a la verdad.

Colombia es un país con muchos conflictos –el tema del paramilitarismo, la guerrilla, el narcotráfico, la corrupción–, entonces suceden muchos escándalos permanentemente. Los periodistas nos estamos viendo enfrentados a la documentación de múltiples escándalos de connotación judicial. Entonces la gran directriz siempre es la misma. Yo siempre insisto mucho en eso, que hay que entender que los escándalos judiciales tienen un altísimo grado de componente político. Entonces hay que tener mucho cuidado con lo puramente fáctico, lo puramente judicial, la prueba (la prueba reina, como llamarían los abogados), frente a la conjetura, al comentario, al prejuicio. Entonces yo no digo que sea fácil, no en todas las veces acertamos.

El entorno colombiano es un entorno de periodismo de denuncia. Es muy común verlo, y yo trato casi siempre de advertirles, decirles: «Mire, cualquier persona que está sometida a la ley, que está sometida a la justicia, tiene derecho a la defensa». Entonces tiene que existir la forma de contrastar, para que la persona haga uso de un principio universal que es el principio de la presunción de inocencia. Evidentemente, la tendencia mayoritaria del periodismo –no solamente colombiano, seguramente en Perú también lo debe haber– es que cuando una persona cae en desgracia, todos [van] a una como Fuenteovejuna. Todo el mun-

do va a sacarle cosas y nadie le da la oportunidad de defenderse. Yo peleo mucho contra eso. Yo digo que la gente tiene derecho a defenderse y, en muchos casos, se ha probado que hay muchas sentencias que terminan con chivos expiatorios que nada tienen que ver con el tema. Pero ese es un trabajo diario, de cotidianidad, para que la gente [los reporteros] le copie a uno un poquito de esa tendencia. Yo no digo que siempre acierto, pero trato siempre de inculcarlo. Y esa es una cosa muy mía, personal. Y yo insisto, soy obsesionado con el tema del "debido proceso". Y por eso me leo los expedientes, para evitar cometer injusticias.

Es genial que plantee la complejidad que esto tiene, porque por más que uno tenga la certeza y la convicción de que debe funcionar así, pues usted decía que no siempre resulta, ¿verdad? Uno lo intenta, pero es complejo.

Claro, es complejísimo por una razón: la cotidianidad, la tradición de las sociedades, la tuya, la mía. Por eso es que prevalecen casi siempre los prejuicios. Uno dice, por decir algo: Congreso igual bandidos. La sociedad parte de prejuicios. Entonces, ¿qué le ayuda a uno a superar el prejuicio? Si uno se pone a mirar cómo evolucionó la historia de la humanidad, toda la vida estuvo rodeada de prejuicios. La gente no podía navegar hacia occidente porque los barcos llegaron a un punto donde la tierra era cuadrada y se iban a un abismo y aparecía un monstruo que se llamaba Leviatán que se comía los barcos. Hasta que un tipo dudó, empezó a leer cosas y dijo: «No, se puede navegar hacia occidente». Y terminaron descubriendo que el mundo era redondo. Pero cómo supieron eso, a partir de la investigación. Si no hay investigación, pues nunca se va a superar el prejuicio.

Entonces el desafío no es solo encontrar la respuesta a nuestra pregunta de investigación, sino hacerlo derribando los juicios previos que tenemos (de manera cons-

ciente o inconsciente). Es complejo no solo para el reportero, también el editor...

ERRORES DE EQUIPO: CASO *ROLLING STONE*

Es cierto que dos cabezas piensan mejor que una, pero no que tengan garantizado un «debido proceso». Lograrlo es «complejísimo», como confirmaba Jorge Cardona. Los juicios de valor previos que tenemos sobre los temas que investigamos pueden hacernos dar pasos en falso. Esto fue lo que sucedió durante una investigación de la edición americana de la revista *Rolling Stone* (RS) en 2014.

La historia de “Jackie”, una estudiante que denunciaba haber sufrido una violación grupal en la fiesta de una fraternidad de la Universidad de Virginia (UVA, por sus siglas en inglés), fue narrada en la edición de noviembre de aquel año. RS afirmó que a inicios de su primer año en la UVA, Jackie asistió a una fiesta organizada por la fraternidad Phi Kappa Psi, invitada por un estudiante de tercer año, miembro de dicha fraternidad y, al igual que ella, salvavidas en la piscina de la universidad. La revista le asignó a este sujeto un seudónimo, “Drew”, e informó que había sucedido lo siguiente:

◆ Que al llegar a la fiesta, Drew le preguntó a Jackie si deseaba ir arriba. Ella aceptó y él la condujo a una habitación que estaba totalmente oscura. Allí, Jackie detectó movimiento, sintió que alguien chocó contra ella y empezó a gritar. Durante tres horas, siete hombres se turnaron para violarla, mientras Drew y otro más daban instrucciones y ánimos. En medio de ello, ella perdió el conocimiento.

◆ Que cuando volvió en sí, Jackie estaba sola y eran más de las tres de la madrugada. Corrió sin zapatos fuera

de la habitación y vio que la fiesta continuaba. Una vez afuera, llamó a un amigo diciéndole que algo malo había pasado y que debía venir. Acudieron él y otros dos compañeros, un chico y una chica. Uno sugirió llevarla al hospital, pero sus otros dos amigos no estaban muy convencidos. Los tres –identificados con seudónimos en el artículo– empezaron a discutir sobre el precio social de reportar la violación, mientras ella permanecía a su lado, callada, con el vestido ensangrentado. «Ella será la chica que gritó “violación” y nunca se nos permitirá entrar a ninguna fiesta de fraternidad de nuevo». Fue la frase atribuida a la amiga de Jackie.

A pocos días de la publicación, diferentes medios encontraron inconsistencias en la historia, lo que obligó a *Rolling Stone* a retractarse. Detrás de ello, se encontraba una seguidilla de decisiones erradas de parte de la autora del artículo y de sus editores, al no saber lidiar con una fuente que aducía haber sido víctima de violación.

La revista decidió solicitarle a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia que hiciera una auditoría del proceso de reportería y edición: una investigación de cómo otra se llevó a cabo. Y el 5 de abril de 2015, Sheila Coronel, decana de asuntos académicos y directora del Stabile Center for Investigative Journalism; Steve Coll, decano de la escuela; y Derek Kravitz, hoy instructor del Stabile Center, presentaron su informe titulado “La investigación de *Rolling Stone*: Un fracaso que era evitable”⁴, tras tres meses y medio de trabajo. En él se lee lo siguiente:

4 Ver la traducción de la auditoría de la Universidad de Columbia: “La investigación de *Rolling Stone*: ‘Un fracaso que era evitable’” [30/04/2017] en www.somosperiodismo.com.

Jackie demostró ser un desafío como fuente. A veces no respondía las llamadas, mensajes de texto o correos electrónicos de Erdely. En dos momentos, la reportera temió que dejará de cooperar. Además, Jackie rehusó darle a Erdely el nombre del salvavidas que había organizado el ataque en su contra. Ella dijo que aún le tenía miedo. Eso llevó a tensos intercambios entre Erdely y Jackie, pero la confrontación terminó cuando los editores de Rolling Stone decidieron seguir adelante sin saber el nombre del salvavidas o verificar su existencia. Después de esa concesión, Jackie cooperó totalmente hasta la publicación.

Erdely creyó firmemente que la historia de Jackie era fiable. También sus editores y la verificadora de datos de la historia, quien pasó más de cuatro horas al teléfono con Jackie, repasando cada detalle de su experiencia.

(Coll, 2015)

Una semana después de la publicación, Erdely habló con Jackie por teléfono. Ella le agradeció muchas veces por el artículo, cargada de adrenalina. Entonces, la reportera aprovechó para repreguntarle por el verdadero nombre de Drew. Jackie le dio el nombre pero no estuvo segura de cómo deletrear el apellido del salvavidas, y especuló en voz alta acerca de las posibles variaciones. Las dudas de Erdely se acrecentaron con las averiguaciones adicionales que hizo y con el pasar de los días. El 4 de diciembre, luego de otra comunicación con Jackie, Erdely le contó a su editor directo, Sean Woods, que no estaba segura de la descripción de los hechos ya publicada. Lo que siguió fue una nota de la revista, retractándose de la historia.

Los profesores de Columbia analizaron cuál fue el problema de fondo en la investigación, y subrayaron que

su conclusión era diferente a la de *Rolling Stone*:

En retrospectiva, Dana, el editor en jefe, quien ha trabajado en *Rolling Stone* desde 1996, dijo que el colapso de la historia reflejó tanto «una falla individual» como «un error en el procedimiento, un fallo institucional... Cada una de las personas en todos los niveles tuvo oportunidades de mover los hilos un poco más fuerte, cuestionar las cosas con mayor profundidad, y eso no se hizo».

Sin embargo, los editores y Erdely han concluido que su principal falta fue ser demasiado complacientes con Jackie, porque ella se describió a sí misma como sobreviviente de una terrible agresión sexual. Científicos sociales, psicólogos y especialistas en traumas que apoyan a sobrevivientes de violaciones, han inculcado en los periodistas la necesidad de respetar la autonomía de las víctimas, evitar traumatizarlas otra vez y entender que los sobrevivientes de violaciones son tan fiables en sus testimonios como otras víctimas de crímenes. Estas percepciones influyeron claramente a Erdely, Woods y Dana. «Al final, fuimos demasiado deferentes con la víctima; accedimos a muchas de sus peticiones en nuestra reportería», dijo Woods. «Debimos ser mucho más duros. Y al no serlo, tal vez le hicimos un daño».

Erdely añadió: «Dado que la historia era sobre Jackie, no imagino muchas cosas que podríamos haber hecho diferente... quizás la discusión no debió ser sobre cómo acomodarnos a ella, sino sobre si ella estaría en esta historia en absoluto». Su reportería la llevó a casos ya juzgados de violación en la Universidad de Virginia, que podrían haber ilustrado su historia. Aunque ninguno era tan impactante y dramático como el de Jackie.

Pero el argumento de que *Rolling Stone* falló porque se sometió a la víctima no puede explicar adecuadamente lo que salió mal. El registro de la reportería de Erdely y las entrevistas con los participantes dejan claro que la revista ignoró importantes caminos en la investigación, incluso cuando Jackie no había solicitado que lo hicieran. Los editores tomaron de-

cisiones sobre atribución, comprobación de datos y verificación, que incrementaron en gran medida los riesgos de error, pero que tuvieron poco o nada que ver con proteger la posición de Jackie.

(Ídem)

El no haber contactado a los tres amigos de Jackie es, para los autores de la auditoría, el error clave, ya que esta búsqueda hubiera podido provocar un golpe de timón en la publicación. Muy posiblemente esta no hubiera incluido la historia de Jackie. Y justo sobre este punto, la reportera y su editor directo tuvieron recuerdos distintos:

Erdely dijo que mientras se preparaba para escribir su primer borrador, habló con Woods sobre los tres amigos. «Sean me aconsejó que por ahora solo pusiéramos esto de lado», dijo ella. «En realidad, él me sugirió cambiar sus nombres por ahora». Woods dijo que él tenía la intención de que esa decisión fuera temporal, a la espera de mayor investigación y revisión.

En este primer borrador Erdely usó seudónimos, y describió la conversación de los tres afuera de la fraternidad solo en base a lo relatado por Jackie. Colocó además una nota en negrita que precisaba que la única fuente de ese relato era la protagonista. Y dijo, luego, que le hubiese gustado que sus editores la presionaran más para que los localizara.

Woods recordó la secuencia de forma diferente. Según él, después de leer el primer borrador, «pedí a Sabrina que buscara a los tres amigos. Ella dijo que no podía... Repetidamente le pregunté ¿podemos localizar a esas personas? ¿Podemos? Y me dijo que no». Él aceptó esto porque «sentí que teníamos suficiente». La evidencia documentaria provista por Rolling Stone no arroja luz sobre qué recuerdo –el de Erdely o el de Woods– es correcto.

Como vemos, el convencimiento de que los intentos

han sido suficientes y que se puede prescindir de una parte del proceso investigativo no solo puede generarse en el reportero, sino también en el editor. No parece lógico pensar que lo hicieran conscientes del peligro que estaban corriendo; uno que los llevaría, además, a enfrentar judicialmente cargos por difamación.

Woods dijo que finalmente aprobó los seudónimos porque no quería avergonzar a los tres estudiantes con el relato de Jackie sobre su charla, al ser visto por todos sus amigos y compañeros. «Quería protegerlos», dijo él. Por su parte, el editor en jefe de la revista no recuerda haber conversado con Woods o Erdely sobre los tres amigos en absoluto.

Uno de los autores de la auditoría, Steve Coll, recordó en conversación con la revista *Columbia Journalism Review*, que el trabajo investigativo implica sobreponerse a una inclinación humana natural: alejarnos de lo que nos contradice. En este caso, una errada metodología de investigación se sumó al prejuicio del equipo periodístico de creer que la víctima siempre tiene la razón. Les fue difícil sobreponerse a él y buscar pruebas allí donde aparentemente iban a ser contradichos (Spayd 2015).

EL PRIVILEGIO DE SER EDITOR

«Me gusta ser editora, no me molesta que sea un trabajo en silencio. Cuando ellas [sus reporteras] ganan un premio, siento que yo también lo gané, me alegra mucho». A la sinceridad de las palabras de Mely Arellano, fundadora de Lado B, se sumó esta afirmación de Jorge Cardona:

Yo siempre he dicho que tal vez si la vida no me hubiera dejado el privilegio de ser editor, creo que ya no sería periodista.

¿Por qué?

Porque yo siempre he considerado la condición de editor como

un privilegio, algo por lo que yo no tengo sino que dar agradecimiento. Porque que un medio de comunicación y los mismos periodistas me otorguen la responsabilidad de que yo mire un texto y que yo sea capaz de decir: mire, por acá quítele esto y póngale esto... Me siento muy bien.

Muchas veces en el plano de la reportería uno tiene que dar competencia. Y yo qué hago si me van a reventar también, si me van a insidiar, yo tengo que reaccionar. Entonces muchas veces se pierden los cánones propios de la ética profesional, tengo que decirlo. Por eso yo defiendo tanto al editor, porque el editor me ayuda a pensar, me ayuda a blindar, me ayuda a no equivocarme. A uno muchas veces la emoción lo mueve y tiene una información y sale, la informa y no calcula el impacto que causó con esa información. Entonces yo sentiría que entre más blindada está la información, más probada, mucho más advertida; [mejor].

Es que cuando yo saco a una persona en un medio de comunicación esa persona tiene una familia, esa persona tiene un grupo social, tiene un entorno que está pendiente de cuando uno expone una persona. Es una responsabilidad que tiene el ser periodista. Yo no puedo tener como argumento de que termino y puedo sacar lo que se me da la gana con todo el mundo. No. Yo tengo que ser responsable, y la responsabilidad pasa por un tema de conciencia, más que por un tema de que yo tenga el poder o la autoridad para hacerlo.

Debe gustarle porque la tarea de editor le da el privilegio de vigilar el debido proceso.

Yo creo que sí. De pronto, si me hubiera quedado solamente en el plano de la reportería estuviera un poco agotado. A mí me gusta mucho mi labor, creo que me presto un servicio a mí mismo, a mi propia conciencia y a la de los periodistas al tratar

de inculcarles de que hay que parar un minuto, que hay que mirar con calma. Porque eso que estás diciendo del escándalo... eso puede tener algunos intereses políticos, eso tiene un interés según quién lo dice. Mira, cuando a uno le filtran una información, uno sabe que el que filtra la información tiene un interés. Uno no puede ser un tonto que recibe la información y va y la entrega igual. Uno tiene que dudar, y el principio de la duda fue el que creó a la humanidad, el que creó las posibilidades de la epistemología y de la teoría de la investigación científica. Entonces yo no puedo argumentar que yo recibo y yo tengo que entregar de la misma forma. Yo tengo que leer, yo tengo que dudar de lo que me están diciendo porque muchas veces yo estoy siendo un idiota útil. Entonces por eso debo tener mucha conciencia de lo que estoy haciendo. Por eso insisto en el debido proceso. Es que con el debido proceso respeto la intimidad de una persona. Así sea el peor criminal, tiene un entorno que hay que preservar y que de alguna manera hay que respetar.

Al final de cuentas, el editor es un vigía de la justicia a lo largo del proceso investigativo. Es quien mira más fijamente y con mayor convicción ese horizonte que le da el norte al reportero, y quien le ayuda a caminar en dicha dirección. Muy posiblemente, es también el más idealista del equipo periodístico.

EPÍLOGO

**IDEAS FINALES PARA
SUBSISTIR A LAS DUDAS**

Como en cualquier relación humana, la nuestra con una fuente se funda en lazos de confianza, de reciprocidad. ¿De qué depende que subsistan o se rompan?

De un lado, de nuestro sentido de justicia, soportado en todo momento por nuestra consciencia (nuestra dimensión ética). Y de otro lado, de que su subsistencia no implique la ruptura de los lazos de confianza entre el lector y el periodista. Una relación que debería prevalecer ante todo, pues al fin y al cabo todas las otras relaciones generadas a raíz de nuestro quehacer periodístico están supeditadas al hecho de que tratamos con un bien público, la información periodística. Algo que no es del reportero ni de la fuente, sino de una colectividad, cuya calidad de vida es afectada por dicha información.

¿Dudas en medio de ello? Por supuesto que sí. Ya es suficientemente complejo llegar a estas ideas, interiorizarlas y hacer de ellas convicciones, como para pensar que la absoluta seguridad nos embargará en cada situación que las ponga a prueba. El que manejamos es un poder muy delicado y complejo de conducir. Por ello resulta clave evitar las generalizaciones y decidir a partir de los detalles de cada situación, sin caer en el relativismo y haciendo uso de criterios que podemos forjar no solo a través de la práctica y de los errores (aunque suele ser lo

más efectivo), sino a través de la discusión de experiencias.

Aquí un *check list* de algunos de esos criterios:

1. Las personas que se convierten en nuestras fuentes adquieren derechos al asumir este rol. Derechos que podrían resumirse a uno solo: recibir un trato justo por parte del periodista, de manera constante.
2. Este tipo de trato con nuestras fuentes da una mayor probabilidad de llegar a la verdad al final de la investigación, pues el periodista es capaz de poner a prueba su hipótesis en cada momento, procurando brindar a todas las partes las oportunidades necesarias para dar su versión o explicaciones. Se preserva, así, la dignidad de las fuentes y la verdad, como sostuvo el maestro Javier Darío Restrepo.
3. Una vía para confrontarnos y comprobar si dimos un trato justo y equilibrado a nuestras fuentes, es ver si somos capaces de volver a ellas para alcanzarle lo publicado. Con mucha más razón a aquellas que formaban parte del lado investigado. Un ejercicio muy complejo, pero que otorga la sensación de haber logrado una investigación redonda. Lograrlo merece un abrazo de gol. Y ojalá podamos hacerlo más de una vez a lo largo de nuestra carrera.

Que estas ideas nos ayuden a tomar decisiones en nuestros momentos de duda; con seguridad, los casos que investigamos y sus circunstancias desbordan lo que aquí se ha expuesto, pero los criterios compartidos generosamente por estos veinte reporteros nos quedan como valiosas herramientas. Cabe advertir que aunque

coincidamos totalmente con estos criterios, aquello no nos librá de los errores. Pero si vivimos el periodismo como una pasión, siempre sentiremos el impulso de intentar de nuevo. Es lo desafiante de nuestro oficio, y lo que en buena parte concentra su complejidad y valor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BORRAT, HÉCTOR

1989 *El periódico: el actor político*. Primera edición. España: Editorial: Gustavo Gili.

CAMINOS, José María

1968 *Periodismo de investigación*. Teoría y práctica. Primera edición. Madrid: Editorial Síntesis.

CANAL 13 (CHILE)

2005 «Yo estuve ahí: La captura de Paul Schäfer». Portal web de Canal 13. Consultado: 02 mayo de 2014.
<<http://www.13.cl/programas/sabado-de-reportajes/yo-estuve-ahi/yo-estuve-ahi-la-captura-de-paul-shafer>>

CHIHU, Alejandro y Gonzalo LÓPEZ

2000 «El enfoque dramático de Erving Goffman». Revista Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial. México, N°2000, pp. 239-255. Consultado: 02 mayo de 2014.
<<http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25784/25618>>.

COLL, Steve, CORONEL, Sheila y Derek KRAVITZ

1983 «Rolling Stone's investigation: 'A failure that was avoidable'». Portal de la revista Columbia Journalism Review. Consulta: 02 de enero de 2017.
<<http://www.academiaperiodismo.org.ar/etica/unesco1.html>>.

D'ALESSANDRO, Andrés y Santiago O'DONELL

1994 «Claves metodológicas para una investigación de largo aliento». Portal del Foro de Periodismo Argentino. Consulta: 30 de junio de 2014.
<<http://www.fopea.org/Recursos/Bibliote>>

ca_Virtual/Articulos/Claves_metodologicas_para_una_investigacion_de_largo_aliento>

GOODWIN, Eugene

1994 Por un periodismo independiente. Cómo defender la ética. Traducción de Fernando Arbeláez. Primera edición en español. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

GONZÁLEZ, Miguel

2001 Los fundamentos de la ética periodística. Primera edición. Santiago de Chile: Fondo Editorial de Universidad Diego Portales.

GONZÁLEZ, Silvia

1994 Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación. Tercera edición. México D.F.: Editorial Trillas.

HERRÁN, María Teresa y Javier RESTREPO

2005 Ética para periodistas. Cuarta edición. Bogotá: Norma.

HERRERA, Manuel y Rosa María SORIANO

2004 «La teoría de la acción social en Erving Goffman». Revista Papers. Granada, N° 73, pp. 59-79. Consultado: 04 mayo de 2014. <<http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25784/25618>>

HUMAN RIGHTS WATCH

2015 «Informe Mundial 2015». Portal de Human Rights Watch. Consulta: 02 de marzo de 2015. <<http://www.hrw.org/es/news/2015/01/29/informe-mundial-2015-los-derechos-valen-aun-en-epocas-dificiles>>

KANT, Immanuel

1968 Crítica de la razón práctica. Traducción de J. Rovira Armengol. Segunda edición. Buenos Aires: Losada.

2004 Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Traducción de Manuel García Morente. Sexta edición. Madrid: Espasa-Calpe.

- LEE, Hunter
2013 La investigación a partir de historias. Manual para periodistas de investigación. Primera edición. Uruguay: UNESCO.
- LÓPEZ, Manuel
1995 Cómo se fabrican las noticias. Fuentes, selección y planificación. Primera edición. Barcelona: Paidós.
- MARTÍNEZ, Felipe
2004 «Lo ético y la “mera” lógica». En Isegorías, N° 30, 2004, pp. 55-66.
- QUESADA, Monserrat
1987 La investigación periodística. El caso español. Primera edición. Barcelona: Editorial Ariel.
- PENA DE OLIVEIRA, Felipe
2009 Teoría del periodismo. Primera edición. México D.F.: Alfaomega Grupo Editor.
- REPORTEROS SIN FRONTERAS
2013 «The Press Freedom Index». Portal de Reporteros Sin Fronteras. Consulta: 20 de marzo de 2015.
<[>](https://index.rsf.org/#!/)
- REYES, Gerardo
2008 Periodismo de investigación. Primera edición. España: Editorial Trillas.
- RESTREPO, Javier Darío
2004 El zumbido y el moscardón. Primera edición. México: Fondo de Cultura Económica.
2014 «El otro periodismo después de Gabo». Portal Revista Digital. Consulta: 12 de marzo de 2015.
<http://www.revistacriterio.com.ar/bloginst_new/2014/06/11/el-otro-periodismo-despues-de-gabo/>
- RIVADENEIRA, Raúl
1994 Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación. Tercera edición. México D.F.: Editorial Trillas.

RODRIGO, Miquel

1996 La construcción de la noticia. Primera edición.
Barcelona: Paidós.

SORIA, Carlos

1997 El laberinto informativo: una salida ética.
Primera edición. España: Ediciones
Universidad de Navarra.

SPAYD, Elizabeth

2015 «What was the single point of failure at
Rolling Stone? The authors of Columbia's
investigative report answer that and more».
Portal de Columbia Journalism Review.
Consulta: 05 de marzo de 2017.
<[https://www.cjr.org/q_and_a/columbia_ journal_ school_ interview. php](https://www.cjr.org/q_and_a/columbia_journalism_school_interview.php)>

UNESCO

1983 «Código Internacional de Ética Periodística».
Portal de Academia Nacional de Periodismo.
Consulta: 02 de junio de 2014.
<<http://www.academiaperiodismo.org.ar/etica/unesco1.html>>

UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

2006 «¿Periodistas o policías? CONTACTO
y la búsqueda de Paul Schaefer». Portal Knight
Case Studies Initiative, The Journalism
School. Consulta: 02 de junio de 2016.
<http://ccnmtl.columbia.edu/projects/caseconsortium/casestudies/50/casestudy/www/layout/case_id_50.html>

VON BERTRAB, Alejandra Xanic

2014 «¿Aprendizajes? ¡Pensar a más no poder!».
Bogotá: Consejo de Redacción. Consulta: 01
de abril de 2015.
<https://www.youtube.com/watch?v=V_ik7IzQrBk&index=5&list=PLD0H QkA1XkfdF2NT69zYxFprhsDoWqW3M>

Háblame de tus fuentes. Aprendizajes de veinte reporteros de investigación iberoamericanos se terminó de imprimir en los talleres de GRAMBS Corporación gráfica
Av. Augusto Salazar Bondy 1317-1321
Kilómetro 14, Panamericana Sur - Lima 29
Perú, en diciembre de 2017.

Camino al cierre de edición, pocas veces reflexionamos sobre el lado más humano de nuestras investigaciones: la relación con nuestras fuentes. Este libro propone una parada no solo para repensar nuestras experiencias sino para conocer los criterios con que veinte periodistas de investigación iberoamericanos resuelven día a día situaciones de duda durante dicha relación. A través de entrevistas en profundidad, los reporteros relataron, por ejemplo, cómo intentan construir lazos de confianza, cómo lidian con las expectativas sobre el impacto de la investigación, cómo el lugar de reunión puede influir en el resultado de una entrevista, cómo se mueven frente al límite que los separa de convertirse en amigos de sus fuentes, cómo responden ante un pedido de pago a cambio de información, y cómo conducen tanto la etapa de la contrastación con la parte investigada como la relación después de la publicación.

Los relatos de los reporteros apuntaron a una conclusión: la constancia en el trato ético de las fuentes es la gran garantía para lograr una investigación con resultados redondos. ¿Por qué? Al interior, la respuesta.

ISBN: 978-612-47099-1-3



Departamento Académico de Comunicaciones
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, San Miguel, Lima 32 - Perú
Teléfono: 626 2000 anexo 5438 - 5407

www.pucp.edu.pe/departamento/comunicaciones